

AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

REVISTA  
DE LA BIBLIOTECA  
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VII.—ABRIL, 1930.—NÚMERO XXVI

Ayuntamiento de Madrid

[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

Administrador: ANGEL ANDARIAS

## SUMARIO

JOSÉ SUBIRÁ. — *La participación musical en las comedias madrileñas durante el siglo XVIII.*

F. CASTRO GUIASOLA. — *Una laguna del «libro de buen amor».*

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO. — *El doctor Juan Solano de Figueroa (1610-1684)*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA. — *La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

VARIEDADES: MARÍA DEL PILAR LAMARQUE: *Nota sobre Juan Meléndez Valdés.* — AMALIO HUARTE: *Orígenes del Archivo de protocolos de Madrid.*

RESEÑAS: Boix, Félix. — *El Prado de San Jerónimo. Un cuadro costumbrista del siglo XVII* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ). — *Zabala y Lera, Pío. Historia de España y de la civilización española: Edad contemporánea* (LUIS DE SOSA). — *Ayuntamiento de Madrid. Información sobre la ciudad* (S. DE R.). — *San José, Diego. La corte del rey galán* (J. DELEITO Y PIÑUELA). — *Esopo. Fábulas de...*, reproducción en facsimile de la primera edición de 1489 (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA). — *Castro, Américo. Santa Teresa y otros ensayos* (ANGEL VALBUENA PRAT). — *Sánchez Albornoz, Claudio, y Viñas, Aurelio. Lecturas de Historia de España* (J. D. B.). — *Sosa, Luis de. Don Francisco Martínez de la Rosa* (S. DE R.). — *Cartillas de arquitectura española* (RAFAEL MARTÍNEZ). — *Villa-Urrutia, marqués de. Madame de Stael* (J. DELEITO Y PIÑUELA).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

**Esta REVISTA se publicará cada tres meses**

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VII

ABRIL, 1930

NÚMERO 26

LA PARTICIPACIÓN MUSICAL EN LAS COMEDIAS MADRILEÑAS DURANTE EL SIGLO XVIII

En esta misma REVISTA publicamos un estudio consagrado a la participación musical en los sainetes madrileños durante el siglo XVIII, el cual se insertó en el número 13 (enero de 1927). Prosiguiendo el mismo tema, y refiriéndolo a producciones escénicas de mayor importancia (comedias y dramas), expondremos aquí lo relacionado con este asunto. Lo mismo que entonces, ahora nos ha servido para nuestra investigación el caudal inédito y manuscrito que conserva la Biblioteca Municipal de Madrid. No había sido explorado hasta el presente, y revela aspectos muy curiosos, que de ningún modo pueden omitirse cuando se aspira a conocer la historia de nuestra música patria.

El plan adoptado en mi anterior estudio sobre el sainete lírico tiene aquí su aplicación, con las modificaciones impuestas por las circunstancias.

Conviene añadir que el trabajo presente abarca la música con que se ilustraban dramas, comedias y autos sacramentales, todo lo cual puede incluirse bajo la denominación común «comedias armónicas», puesto que esta rotulación englobaba generalmente todas esas variedades, sin que quepa aplicarla a las óperas cómicas representadas por aquel tiempo en las escenas madrileñas. En cambio, como es natural, se excluye todo cuanto afecta a la tonadilla, la zarzuela, el «drama en música», el melólogo, la pantomima musical y otras manifestaciones cultivadas a la sazón en nuestro país.

\* \* \*

La participación musical en las comedias madrileñas, tal como la muestran los referidos manuscritos, está representada por un número casi igual al de sainetes líricos, pues abarca 490 obras (en los sainetes era de 480); pero cronológicamente es algo más extensa, pues empieza en 1734

y se extiende hasta 1810 (los límites establecidos en los sainetes se encierran entre 1752 y 1804). Incluimos aquí las obras correspondientes al primer decenio del siglo XIX, porque, si bien rebasan el momento cronológico expresado en el título de este estudio, ideológica y estéticamente son una continuación de las imperantes en el postrer decenio del siglo XVIII, salvo contadísimas excepciones.

Los compositores que contribuyeron a formar esa producción musical son en buen número los mismos a quienes debemos el copioso caudal tonadillesco y casi todo el repertorio existente del sainete lírico. Y como gran parte de las comedias representadas pertenecían al teatro clásico (singularmente Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina), aparecen utilizados los textos literarios de estos escritores para revestirlos con una música que suplió a la escrita cuando se produjeron las respectivas obras, y que se puede considerar perdida para siempre, salvo en casos contadísimos.

El siguiente cuadro muestra los autores musicales de comedias, con el número de obras de esta especie que cada uno ilustró musicalmente, y que se conservan hoy en la Biblioteca Municipal de Madrid:

AUTORES	Número de comedias	AUTORES	Número de comedias
Laserna, Blas de.....	113	<i>Suma anterior....</i>	328
Esteve, Pablo.....	75	Rosales, Antonio.....	2
Guerrero, Antonio.....	44	Brunetti, Cayetano.....	1
Ferreira, Manuel.....	36	Ferrer, Guillermo.....	1
Moral, Pablo del.....	28	Herrando, José.....	1
Cristiani, Eugenio.....	7	Ibarro.....	1
Misón, Luis.....	5	León.....	1
Plá, Manuel.....	4	Maestres.....	1
Acero, Bernardo Alvarez de.....	3	Nebra, José.....	1
Bustos, Mariano de.....	3	Palomino.....	1
Castel, José.....	2	Rodríguez de Hita, Antonio.....	1
Coradini, Francisco.....	2	Tudela.....	1
Ferandiere, Fernando.....	2	Valledor, Jacinto.....	1
García Pacheco, Fabián...	2	Anónimas.....	149
Marcolini, Juan.....	2		
<i>Suma y sigue....</i>	328	<i>TOTAL.....</i>	490

También aquí, como en los sainetes, resalta al punto la alta cifra de producciones anónimas. Las comedias que se hallan en este caso ascienden a un total de 149 sobre el de 490 obras, o sea un 30 por 100. Y lo mismo que en los sainetes, los autores de esas comedias, cuya música ocultó la paternidad, eran en su mayor parte, a buen seguro, aquellos que en el anterior cuadro están representados por mayor número de obras. En algún caso el autógrafo musical de la producción anónima constituye un indicio que confirma tan lógica suposición.

Varios músicos no figuran sino como colaboradores ocasionales en determinadas obras por adición de nuevos números o por haberse cambiado el texto musical a alguno de los ya existentes, y en tales casos los apellidos de estos colaboradores no figuran en las portadas respectivas, pero sí a la cabeza del manuscrito musical añadido o reemplazado. También a veces falta en las portadas, mas no en el interior, el nombre del compositor, por lo cual se registraron como anónimas, y de esta suerte venían figurando, hasta que yo restablecí su legítima paternidad, varias obras de Coradini, Moral y León. No era insólito que algunos números se trasladasen de una producción a otra. Tal, por ejemplo, parece ser el caso que nos suministra la segunda parte de *Giges* (Laserna), entre cuyas piezas se incluye el aria que cantó la Cortinas.

La paternidad se consignaba en algún caso por el apodo con que venía siendo conocido comúnmente el respectivo autor; así el «Tudela» mencionado en la anterior lista de compositores encubre el nombre de D. Pedro Aranaz Vides, y se refiere al lugar donde nació este ilustre músico. En otros casos el apodo, por su índole, resulta hoy enigmático; tal ocurre con *Engañar con buenas cartas y Tutor enamorado*, cuyos dos números de música están escritos por «Monsieur La Pringue», según reza la portada correspondiente.

Lo mismo que sucede con las tonadillas, cuando una obra constaba de dos partes y sólo una de estas partes consignaba el nombre del compositor que la ilustró musicalmente, debe admitirse lógicamente que el mismo autor puso música a la otra parte. En tal caso se halla *La Cecilia*, con música declarada de Laserna en su segunda parte, mas anónima en la primera.

Una misma comedia podía ser puesta en música por autores diferentes. Así, a la titulada *El Austria en Jerusalem* la exornó musicalmente Esteve en 1778, y otro tanto hizo Laserna en un año que no aparece declarado en el correspondiente manuscrito musical.

La colaboración de varios autores, por acumulación de piezas escritas en distintos años y para diferentes obras, tiene una manifestación ostensible en *La toma de Buda* o *La restauración de Buda*, donde se acomodaron a la comedia de este último título varios «cuatros» de loas, apareciendo unidas —por haberse destinado a dicha producción— las siguientes piezas: «Música de la loa de empezar temporada. Año 1768.» (En la respectiva cubierta se consignó con letra más pequeña: «Primera jornada: el primer cuarto, obertura; contradanza el otro cuatro. Segunda jornada: la princesa. Tercera jornada: el otro cuarto. Fin».) «Música para la loa de 1768.» (Dentro de dicho manuscrito se consignó: «Este cuarto no se dice por la bulla de tiros y voces»; y al final se lee: «Aquí se canta la princesa con la letra que tiene la comedia, que es: *Yo no entiendo los efectos, etc.*») «Loa para empezar temporada. Año 1764.» «Loa con violines, oboes y clarines, del señor Esteve, 1767.»

Como complemento de las noticias relacionadas con la paternidad de

la música manuscrita de comedias y dramas existentes en la Biblioteca Municipal, diremos que se eleva a un centenar el número de producciones de tal índole fechadas después de 1810, siendo sus autores los maestros Quijano, Moreno, Carnicer, Basili, Spuntoni, Saldoni y Gaztambide.

\* \* \*

En cuanto a la antigüedad de la música de comedias existentes en la Biblioteca Municipal, observaremos que de las 490 examinadas hay seis cuyos manuscritos pertenecen a la primera mitad del siglo XVIII. He aquí sus títulos y autores, con expresión del año:

*Eco y Narciso*, por Francisco Coradini, 1734; *El espíritu foletto* (primera parte), por Antonio Guerrero, 1739; *Espina*, por Francisco Coradini, 1740; *La fingida Arcadia*, por Antonio Guerrero, 1744; *Dicha y desdicha del nombre*, por Antonio Guerrero, 1746; *El domine Lucas*, por José Nebra, 1747.

Las obras pertenecientes a la segunda mitad del siglo XVIII y primer decenio del XIX se distribuyen como sigue:

AÑOS	Número de obras	AÑOS	Número de obras
1752.....	1	<i>Suma anterior....</i>	104
1754.....	1	1782.....	3
1755.....	1	1783.....	7
1756.....	2	1784.....	8
1757.....	7	1785.....	8
1759.....	1	1786.....	8
1760.....	3	1787.....	4
1761.....	3	1788.....	4
1762.....	7	1789.....	4
1763.....	6	1790.....	4
1764.....	5	1791.....	3
1765.....	7	1793.....	1
1766.....	5	1794.....	1
1767.....	6	1795.....	1
1768.....	5	1796.....	1
1769.....	8	1797.....	1
1770.....	3	1800.....	1
1773.....	1	1801.....	2
1774.....	1	1802.....	2
1775.....	5	1803.....	1
1776.....	4	1804.....	1
1777.....	5	1807.....	1
1778.....	3	1808.....	1
1779.....	6	1810.....	2
1780.....	1	Sin año.....	317
1781.....	7		
<i>Suma y sigue.....</i>	104	<i>TOTAL.....</i>	490

En la precedente enumeración se observan lagunas importantes, pues transcurren a veces uno o más años durante los cuales faltan obras nuevas. Tan posible es que varias de las compuestas en esos años deficitarios hayan sufrido extravío, como seguro que en la mayor parte de los casos pertenezcan a esas anualidades algunas de las numerosísimas obras privadas de la correspondiente mención cronológica; porque de las 490 comedias registradas se hallan sin este dato 317, o sea el 60 por 100 en números redondos. (A 321 se eleva el número de los sainetes que se encuentran en análoga situación entre los 480 examinados.)

El número de las comedias donde se omitió el año es doble que el de aquellas en que se omitió el autor; es decir, que por cada dos obras sin dato cronológico, sólo hay una anónima. Aunque predominan los casos en que se omite el año, mas no el autor, también se ve lo contrario, si bien con poca frecuencia. Lo seguro es que la inmensa mayoría de las obras privadas de toda mención cronológica pertenecen a la segunda mitad del siglo XVIII, corroborándolo así el nombre de sus autores respectivos en bastantes casos, y testimoniándolo la caligrafía cuando ese dato falta.

A título de curiosidad anotamos el detalle con que se revistió la mención cronológica de *El echizado por fuerza* (Anónima), la cual dice así: «1798. Ave María purísima. Lloviendo». Muy excepcionalmente se declara el día y mes de la representación, como pasa con *El traidor en la apariencia* (Esteve), pues ahí leemos: «9 de noviembre de 1779».

La mención cronológica no siempre constituye una prueba indiscutible y fehaciente de antigüedad, porque más de una vez, al representarse de nuevo una obra que llevaba en el archivo algún tiempo, se sacaron nuevas copias de la parte musical, consignándose en las mismas el año de la «reprise». Típico es a tal respecto lo que sucede con los manuscritos de *El anillo de Gíges* (Laserna). La obra consta de dos partes, datando la primera de 1779 y la segunda de 1810, lo cual acusa una distancia de treinta y un años. Aunque esta segunda parte fué, sin duda, contemporánea de la primera, se debieron de copiar los textos musicales al representársela nuevamente en 1810; por eso —como ya queda expuesto— se incluyó en ella un «aria» cantada por la Cortinas, y debe advertirse que a la sazón las artistas de este apellido —que eran tres hermanas— llevaban ya varios lustros alejadas de la escena.

\* \* \*

¿De cuantas piezas musicales constaban las comedias? Es absolutamente inútil fijar un promedio al respecto, dada la versatilidad reinante. Hay obras con un solo número, o a lo sumo dos; las hay con tres o cuatro; las hay con una cifra mayor, que se eleva a doce o más.

En cuanto a la índole de estas piezas falta toda homogeneidad, aun relativa. Mientras bastantes obras sólo tienen «cuatros» o «coros», otras

conceden una participación importante a los solistas, exigiéndoles con relativa frecuencia curiosas vocalizaciones, tan acomodadas al gusto por lo italiano como impropias del espíritu netamente español imperante en las correspondientes comedias. Recuérdese, a este respecto que, según declara Carmena y Millán, «no sólo los dramas armónicos y las zarzuelas, sino las tonadillas, presentaban dificultades de ejecución imposible de vencer sin un perfecto conocimiento del arte de cantar».

La misma versatilidad reina en lo referente al reparto de piezas por jornadas. Mientras cierta jornada tiene varios números, otras jornadas de la misma obra no tienen ni uno solo. Por otra parte, la frecuencia con que se suprimían en unos casos o se aumentaban en otros esas piezas musicales alteraría la cifra del promedio.

Las piezas predominantes son «cuatros» o «a cuatros»—cuyo número se cifra en unos 400— y «coros» —con otros 400 aproximadamente—. Siguen en importancia numérica las «coplas» (unas 150) y las «arias» (otras 40), precedidas, especialmente estas últimas, de los correspondientes «recitados» (a medio centenar se elevan los «recitados» existentes). Pasan del medio centenar los «dúos», «duetos» y piezas vocales dialogadas. También rebasan con creces esa cifra las «marchas», escritas expresamente para las diversas comedias, descontando las piezas de análoga índole que podemos denominar «ambulantes», porque pasaban de una obra teatral a otra, evitándose con ello los compositores el trabajo de componer algunas piezas más. «Pastorales», «pastorelas» y «pastorellas» —que estas formas ortográficas aparecen en los manuscritos musicales, si bien predomina la primera, y sólo muy excepcionalmente se ve la última— presentan un total que también rebasa el medio centenar con creces. Existen otros tantos «bailetes» y «bailes», excluidos, como es lógico, aquellos de carácter pastoral.

Las piezas cuyo número no alcanza la media centena figuran señaladas a continuación:

Denominación de las piezas	Número de las registradas	Denominación de las piezas	Número de las registradas
Seguidillas....	32	Juguetes y juguetillos ..	3
Minuetos.....	16	Oberturas.....	3
Rondós .....	13	Finales.....	2
Cantilenas y canzonettas	9	Alemandas.....	1
Cavatinas.....	8	Cánones .....	1
Pregones.....	8	Contradanzas .....	1
Batallas.....	7	Marchas fúnebres. ....	1
Princesas.....	7	Padedús .....	1
Preludios.....	6	Polacas .....	1
Tercetos, cuartetos y quintetos.....	5	Sinfonías.....	1
Gaitas.....	4	Tiranas.....	1
		Villancicos.....	1

La rotulación de las diversas piezas—cuando existe, pues muchas veces se omitía esta mención—revela indecisiones o vaguedades con frecuencia. Ya hemos visto las tres formas que tomaba la palabra «pastoral». A veces las fluctuaciones se refieren a la denominación española, y por añadidura se hacen también extensivas en cierto modo a vocablos extranjeros, como sucede con las palabras «cantinela», «cantilena» y «canzonetta». Mal definidos otras veces los límites entre piezas con cierto aspecto común, se las identificaba sin escrúpulos para salir rápidamente del paso. Pocos ejemplos de tal índole son tan curiosos como el suministrado por una pieza anónima puesta, ya entrado el siglo xix, a *La juventud de Enrique V*, con el título «Aria o rondó polaco», la cual va precedida de un recitado que prodiga las florituras hacia la cadencia por obra del influjo italiano, a la sazón imperante en Madrid.

La identificación de las palabras «aria» y «copla» permitió que junto a los numerosos «recitados y arias» hubiera en algunos casos «recitado y copla», como sucede en *Hallazgo, paz y privanza* (Esteve, 1773), producción a la que se superpuso el título *La paz en la mayor guerra*, y que debió de representarse nuevamente diez años después; pues en 1773 había puesto Esteve a dicha obra un «juguete» que enlaza con una «pastoral», dos «cantinelas», dos «a cuatros», un «bailete», una «marcha», un «pregón» y una «batalla», y en 1783 aquel mismo compositor añade a esta comedia varios números, entre ellos el referido «recitado y copla».

La denominación genérica «solo» o «a solo» era frecuentísima, recae- yendo sobre piezas de muy diverso carácter y longitud. Estos «solos» formaban por sí todo un número en ocasiones; pero también solían alternar con «a duos» y «a cuatros».

Las denominaciones «terceto», «cuarteto» y «quinteto» son escasísimas, porque representaban lo italiano en tipo de concertante, que no debemos confundir, cuando se trata de cuartetos, con el clásico «a cuatro» castizamente ibérico, y tal influjo sólo se hizo sentir con avasalladora fuerza en los últimos años del período a que se contrae el presente estudio.

Abundan los casos en que no se escribían todas las piezas destinadas a intercalarse en una determinada comedia, pues también ésta se nutría musicalmente con ciertos números tomados del repertorio ambulante. Tal omisión se observa reiteradamente tratándose de «marchas», y la hemos registrado en obras de muy diversos autores, desde Ferreira hasta Moral, pasando por Esteve y Laserna, sin contar las anónimas. Dos producciones de Esteve exigían «marcha fúnebre», cuyas notas no aparecen escritas en la correspondiente música. Preludios, minués, contradanzas, princesas, arias y cavatinas se hallan en igual caso. *El carbonero de Londres* (anónimo y sin año) reclama un «preludio con sonaxas». *El parecido de Rusia* (anónima, probablemente de Ferreira, 1763) reclama una «obertura». *El rico avariento* (Ferandière, sin año) reclama una «sinfonía». En ninguno de estos casos aparece el respectivo texto musical, aunque sí el de otras piezas incluídas en esas mismas obras. Igual sucede, por ejemplo, con el

«baile de dulzaina» y con la «copla, adentro, de guitarra sola», que exigía Esteve en la comedia *El guapo Baltasar* el año 1786. A veces, sin duda para facilitar la tarea del músico, o para dar menos molestias a determinados intérpretes, se sustituía un número vocal ya escrito por otro instrumental que se tomaba del repertorio ambulante. Así, por ejemplo, Moral, en su *Temístocles* (1802), puso debajo de un coro la frase textual: «Una marcha en lugar del coro.»

La incorporación de números no escritos a una determinada comedia se hacía con frecuencia por partida doble o triple, lo cual se explica al recordar las abrumadoras cargas que sobre los compositores de los teatros madrileños pesaban en los últimos decenios del siglo XVIII. Laserna omite la composición del «preludio, marcha y contradanza» exigidos para *El mágico de Estívan* (sin año). De igual suerte se conduce Esteve al componer la música para *La inocencia en la mujer* (sin año), donde había de incluirse «preludio, minuet y contradanza»; para *El católico Recaredo* (1785), donde habían de incluirse «preludio, marcha y contradanza», y para *Las matronas catalanas defensoras de Tortosa* (1783), donde los números no escritos son «una marcha de instrumentos de boca, y luego allegro de batalla» para la jornada segunda, y una «marcha y preludio» para la jornada tercera.

Debemos advertir que a veces esos números ambulantes se copiaban más o menos modificados al incluirse en ciertas obras. Citemos tan sólo el ejemplo suministrado por cierta «marcha de oboes y trompas», escrita para «la comedia de teatro» titulada *La esclava del negro Ponto* (anónima, 1776), la cual aparece reproducida, mas ahora con adición de instrumentos de cuerda, en «la comedia de teatro» titulada *El ateniense* (sin año).

\* \* \*

El aspecto vocal en la música de comedias se caracteriza por el predominio de los «cuatros» y los «coros». El «a cuatro», «a quatro» y «aquatro» —que de todos estos modos, y aun de alguno más, como consecuencia de arbitrarios empleos ortográficos, aparece mencionado en los correspondientes manuscritos—se ve, sobre todo, durante los períodos de juventud y crecimiento de la tonadilla. Posteriormente, es decir, cuando se acercan las postrimerías del siglo XVIII, esa castiza expresión musical va cediendo el puesto a la palabra «coro». «Cuatros» y «coros» vienen constituyendo, en suma, denominaciones genéricas bajo las cuales se agruparon piezas muy distintas, tanto por su carácter como por su longitud y espíritu.

El «cuatro» no podía pasarse sin cuatro partes efectivas de canto, si quería mantener la realidad musical que le dió nombre. A este número ascendían efectivamente las partes reales de canto en los «cuatros» de comedia compuestos por Guerrero y Ferreira (es decir, los compositores

contemporáneos de la tonadilla escénica durante su período de crecimiento y juventud). Después el «cuatro» sufre una evolución decadente o una degeneración visible, disminuyendo el número efectivo de voces reales, que se reducen a tres o a dos, aunque mantiene aquella secular denominación, sin preocuparse de su absoluto desacuerdo con la realidad.

Algunas comedias muestran un número considerable de «cuatros»; otras, especialmente las de Guerrero y Ferreira, están integradas por «cuatros» de un modo exclusivo. Siete números tiene *No hay arte contra el amor y antes que todo es mi sangre* (anónima, sin año), y todos ellos son «cuatros», con la particularidad de que dos de esos números se titulan respectivamente «pastoral» y «marcha», y otro lleva la indicación expresa «para bailar».

Muy frecuentemente alternaba el «cuatro» con el «solo» o el «dúo». Un ejemplo de esta índole nos ofrece la tercera parte de *Vayalarde* (Guerrero, sin año). En su primera jornada hay unas «coplas» que enlazan con un «cuatro», un «minué» que enlaza con otro «cuatro», y otras tres piezas tituladas «a cuatro». En su segunda jornada hay tres «a solo» (uno de los cuales se suprimió en las representaciones) y cinco «a cuatro». En su tercera jornada hay tres números «a solo», titulándose uno de ellos «coplas», cinco números «a cuatro» y uno más escrito «a cuatro y a solo». Si la oportunidad lo aconsejaba, se escribía el «a cuatro» dialogado y con ecos.

«4 vs.», como sinónimo de «cuatro» y abreviatura de «cuatro voces», es una expresión gráfica de *La inclinación española* (Ferreira, 1762). En época posterior, dentro del siglo, no es raro suprimir la denominación «a cuatro» cuando se siguen escribiendo piezas para cuatro voces reales. Así, por ejemplo, falta esa denominación, figurando tan sólo la de índole agógica («allegro») en tres piezas de *El precepto obedecido* (Esteve, sin año).

Curiosas son algunas expresiones donde aquella denominación aparece alternando con la palabra «todos», dentro de una misma obra, como vemos en aquella, escrita por Esteve el año 1769, cuyo título, bilingüe en el correspondiente manuscrito musical, dice: «Musica en la comedia de Theatro la segunda parte de *Marta la Remorantina* y *Musique de la Comedie de grand theatre qui a pour titre Marta la Romarentin* (sic).

Cuando los «cuatros» fueron compuestos para cuatro voces reales, las partes vocales solían ponerse en otros tantos pentagramas; tres de ellos se armaban con clave de *do* en primera línea, y el restante con clave de *do* en cuarta línea. Guerrero, Ferreira y Misón, entre otros compositores, suministran variados ejemplos de piezas donde se mantiene esta costumbre.

Los «a cuatros» con tres voces reales, en vez de las cuatro que lógicamente deberían existir, abundan en Esteve, Laserna y Moral; es decir, en los músicos de una o dos generaciones posteriores, pero también en algunos cuya plenitud se manifestó antes que en estos músicos, como el italiano Marcolini, ejecutante de la capilla real y autor de numerosas tonadillas. Asímismo aparecen excepcionalmente en algunas obras de Guerrero, como en *Los Tellos de Meneses* (sin año).

Se daban con relativa frecuencia los «a cuatros» que sólo tienen dos voces reales, o sea la mitad de las anunciadas en el título. Fué tal vez Esteve quien inauguró esta costumbre; no la introdujo cuando llevaba ya varios años sirviendo a las compañías madrileñas en calidad de compositor, sino muy joven aún. Dos obras suyas de 1769 ofrecen, en efecto, esa anomalía: la «comedia nueva» titulada *Constante amor perseguido* y la segunda parte — ya mencionada en este estudio — de *María la Remorantina*, aproximándose en esta última a la media docena los números de tal índole.

Más de una vez los «cuatros» con esta cifra de voces reales fueron modificados en época posterior a aquellas en que se los había compuesto, reduciéndose el número de voces reales, sin duda para adaptarlos a los elementos de canto disponibles o a las aptitudes de los intérpretes. Entre los diversos casos de esta clase ninguno es tan curioso como el de *La lindona de Galicia* (Guerrero, 1762), pues tiene un «a cuatro» en molde melódico-rítmico de «pastoral» que se compuso originariamente para cuatro voces; en un manuscrito de época posterior aparece arreglado para tres voces, y en otro manuscrito más moderno aún está nuevamente alterado, exigiendo dos partes de canto ahora.

Los «cuatros» no se interpretaban siempre a la vista de los espectadores. De aquellos compuestos para la segunda parte de la comedia *Vaya tarde*—todos los cuales aparecen escritos para dos voces reales por cierto—, dícese con referencia a uno en «allegro»: «Se canta en el foro»; adviértese con referencia a otro (que es un «minué andante»): «Afuera se canta este 4.º», y se expone con referencia al postrero (que es un «despacio»): «En el foro se canta este 4.º.»

A veces se insinuaba o declaraba la sinonimia de los vocablos «cuatro» y «coro». En la «comedia de teatro» titulada *La Etreá* (Esteve, 1778) hay dos números con el epígrafe «coro», y tras el segundo se consignó la frase: «Jornada 2.ª Una marcha, y se repite este 4.º con ritornelo.» Tampoco aquí se vaciló en denominar «cuatro» a un «coro» escrito para dos voces reales. Análogas denominaciones y circunstancias pueden notarse en otra «comedia de teatro» representada dos años antes con el título de *Los esclavos del negro Ponto* (anónima). En ciertos casos una misma obra admite alternativamente la doble rotulación «coros» y «cuatros» para diversos números musicales, como sucede con *Rui Díaz en las Malucas* (anónima, 1767). En otros casos la denominación «cuatro» fué tachada y sustituida por «coro», como nos muestra repetidamente la primera parte de *Pedro Vayalarde* (anónima, sin año). Más curioso es el caso de *La ventura por el sueño* (Ferrer, sin año), donde, además del guión musical que denomina «coros» a diversas piezas, existe una partichela titulada «Quatros de la comedia *La ventura por el sueño*.» La pieza en un acto *Siquis y Cupido* (anónima y sin año, con la arbitraria ortografía «Siquis», en vez de «Psiquis») tiene un «cuatro de empezar» y además otro «quatro», que se suprimieron; por otra parte existe una hoja suelta con unos «cuatros», que llevan el epígrafe bilingüe «Quartetti en *Siquis y Cupido*.»

Manteniéndose el rótulo «a cuatro» cuando el número de voces reales era menor de esa cifra, no se cometía en realidad un contrasentido absoluto, puesto que si eso parecía hallarse en desacuerdo con la realidad musical, estaba en consonancia con la realidad escénica cuando eran cuatro los personajes a cuyo cargo correspondía la interpretación vocal del respectivo número. En tales casos aquella denominación equívoca no debía considerarse en el sentido de «a cuatro partes de canto», sino más bien en el de «a cuatro partes de cantado», aunque algunas de estas partes duplicasen la voz confiada a sus compañeras.

\* \* \*

La designación «coro» es frecuentísima durante los últimos lustros del siglo XVIII, en sustitución de la voz, ya por entonces anticuada, «cuatro». Usábase a veces la denominación abstracta «Todos» o «Todos y todas». A veces una y otra aparecían asociadas en una misma producción teatral. *El error y el honor* (anónima, sin año) tiene un solo número, encabezado con las frases «Coro pastoral. Todos y todas.» *La viuda indiferente y Esquileo de Castilla* (Esteve, 1781) tiene otra pastoral con el epígrafe «Coro», y la frase subsiguiente «Todas y todos bailando.» *El dichoso arrepentido* (Moral, 1790) declara en un número «Coro. Todos y todas.»

Aunque es frecuente la denominación genérica «Coro», también abundan otras específicas como, por ejemplo, «Coro de ángeles», «Coro de ninfas», «Coro de zagalas y zagales», «Coro de labradores y labradoras», «Coro de segadores», «Coro de serranas», «Coro de pescadores», «Coro de marineros», «Coro de presos», «Coro de soldados», «Coro de inválidos» y varias más que hemos recogido al examinar ese vasto repertorio manuscrito. Si intervenían personas de un solo sexo en esas agrupaciones vocales, no era raro anotar sencillamente «Coro de hombres» o «Coro de mujeres». Los bailetes y pastorales, abundantísimos en la música escénica de la segunda mitad del siglo XVIII, solían ser coreados. En algunos bailetes pastorales cantados por el coro el título asociaba esas tres palabras, para fijar de antemano el carácter campestre, el aspecto danzarín y la interpretación vocal. Tiene un «coro bailando» *Los pardos de Aragón* (Laserna, 1780), y un «coro de rondó» o «Coro. Rondó» (que de ambas formas aparece rotulado en las distintas partichelas) *El dichoso arrepentimiento* (Moral, 1790).

En ciertas obras la palabra «coro» también solía aplicarse al grupo de solistas que cantaban juntos. En comprobación de lo dicho mencionaremos un «choro» (*sic*) cantado por Segura, Paca y Joaquina en la tragedia *Necepsis, buena esposa y mejor hija* (Esteve, 1763), así como un «coro 1.º» y un «coro 2.º», cuyos respectivos intérpretes — entre ellos «el tenor de las Descalzas» — se especifican en la comedia *Lot* (Moral, 1801), de la cual ha-

blaremos después con más detalle. Sin embargo, lo usual es que ese vocablo tuviese análogo sentido al actual, considerándose que incluía un número indeterminado de cantores.

Si al principio compusieron Ferreira y Guerrero diversas piezas donde alternaban el «cuatro» y el «solo» o el «dúo», más tarde, con Esteve y Laserna, no es raro ver alternar en una misma pieza el «coro» con el «dúo» o la «copla».

Cuando la situación lo exige, la intervención coral es episódica y aun brevísima, como en la primera parte de *Pedro Vayalarde*, en donde hay un coro de un solo acorde sobre el adverbio «sí», cantado por los intérpretes para sostener una afirmación. También a veces, por imposición del asunto, la intervención coral venía a complementar una idea, proclamar una moraleja o repetir una frase. Hallamos los más curiosos ejemplos de esta índole en *El mejor representante* (Laserna, sin año). Uno de sus números constituye una glosa, pues al final de cada verso declamado (final que se denomina «pie» en el manuscrito) respondía un breve «coro». El correspondiente texto literario dice así:

PIE. «Nombre de cristiano, mira.  
CORO. No hagas mal que en ello estriba  
el bien que ignorando estás.  
PIE. Con ira ciega y altiva.  
CORO. No hagas mal, que en ello estriba  
el bien que ignorando estás.  
PIE. Del cristiano, que con él.  
CORO. Los cielos has de alcanzar.  
PIE. Has de morir de esta suerte.  
CORO. Espera. No des la muerte  
a quien te ha de dar la vida.»

En otro número de la misma obra se entabla el siguiente diálogo entre los ángeles y el coro:

ANGEL 1.º «Dios.  
CORO. Dios.  
ANGEL 2.º María.  
CORO. María.  
ANGEL 1.º Gloria.  
CORO. Gloria.  
ANGEL 1.º Vida.  
CORO. Vida.»

Una vez que los compositores Esteve y Laserna contribuyeron a generalizar la entronización del «coro» en sustitución del «cuatro», con frecuencia contrasta el aspecto en cierto modo objetivo de los «cuatros» —por

lo que a la situación escénica se refiere — con el realismo de los «coros», pues mientras en aquéllos la acción se ilustraba o comentaba con frecuencia, en éstos la acción solía contribuir al desarrollo teatral.

Esos dos compositores y sus colegas contemporáneos escribieron «coros», ya para varias voces, ya para ser cantados unisonalmente; si unas veces los reservaban a individuos de un solo sexo, otras veces exigían que los cantasen conjuntamente mujeres y hombres.

Aunque sin prodigarse demasiado, aparecen «coros» escritos para cuatro partes reales de canto. Ya hemos dicho que los «cuatro» solían estar puestos en cuatro pentagramas, armándose tres de ellos con clave de *do* en primera línea y el restante con clave de *do* en cuarta línea. Cuando los «coros» tienen cuatro voces reales, o se adoptan estas mismas claves en el orden referido, o se hacen otras combinaciones. Laserna puso dos pentagramas en clave de *do* en primera línea para «tiples primeras y tiples segundas», uno en *do* en tercera línea para «tenores» y uno en *fa* en cuarta línea para «bajo» en *La venerable Mariona*, obra que figura como anónima en el guión de apuntar, pero que declara su paternidad legítima en varias partichelas. Esté mismo compositor puso un «coro» para cuatro voces, escritas todas ellas en otros tantos pentagramas, todos con clave de *do* en primera, al escribir la música de *Ecto triunfante en Roma*. El primero de esos dos moldes especiales que hemos señalado en Laserna fué adoptado por Moral sin variaciones — con la indicación expresa «tiples», «tenor» y «bajo» — en *El juicio de Salomón*, y con variaciones en *Demetrio*, pues aquí los «tenores» aparecen escritos en clave de *do* en cuarta línea.

Mucho más frecuentes que los «coros» a cuatro partes son los «coros» para tres partes reales de canto. En tres pentagramas los puso Laserna al escribir *Las burlas del amor* (1807). Un pentagrama en *do* en primera se reservaba a las «tiples primeras»; otro en la misma clave se destinaba a «tiples segundas y tenores»; el tercero, en *fa* en cuarta, se destinaba a los «bajos». Además de esta combinación, era usual escribir dos pentagramas con claves de *do* en primera, y el postrero con clave de *do* en cuarta, aplicándose aquéllas a las mujeres y esta última a los hombres. En alguna obra, como *Faraón* (anónima, sin año), las voces masculinas del «coro» aparecen agrupadas bajo la denominación italiana «basso». Tiene un «coro» para voces femeninas (textualmente «para 3 tiples») *La Azelina* (Moral, s. a.), y tiene otro número para voces masculinas a tres partes (cantado por los «hombres», como declara el manuscrito) *La princesa espigadora* (Laserna, s. a.).

Constituye un caso especial por lo curioso el «coro» en aire marcial que ilustró la comedia *Catalina Segunda* (Moral, s. a.), pues figuran en él tres pentagramas con el reparto de los actores que debían cantar esas partes respectivas. El primer pentagrama se confió a las señoras Laureana (la célebre Laureana Correa), Orozco y Galino; el segundo a Camas y Ramos, y el tercero a «un bajo de fuera». Reservábase el primer pentagrama, como se ve, a intérpretes femeninos, y el segundo a intérpretes

masculinos, estando ambos armados con claves de *do* en primera. El tercer pentagrama lleva la clave de *fa* en cuarta línea.

Son frequentísimos los coros a dos voces reales. Por docenas podríamos señalar tales casos, a los cuales no sólo contribuyeron Esteve y Laserna, sino Ferandiere, Bustos, Moral y otros productores de la época. En estos coros era corriente que tomasen parte personas de uno y otro sexo; pero también, siempre que la situación lo requiera, se confiaban exclusivamente a la de un sexo determinado, como cuando, verbigracia, intervenía un «coro de zagalas» o un «coro de pastores». A veces estos coros dialogaban con los solistas. Algunos coros, que primitivamente se habían escrito a cuatro voces reales, aparecen reducidos a dos voces efectivas en copias manuscritas más modernas, como cierto «a cuatro» de *Con belleza no hay venganzas* (Marcolini, 1770). Otras veces aparece la denominación «cuatro» siendo contemporánea de la obra y teniendo el correspondiente número escrito a dos partes reales, como un «coro» de *La joven isleña* (Esteve, 1779), con referencia al cual se consignó esta orden en el correspondiente manuscrito musical: «Se empieza con el a 4.»

El canto unisonal en los coros se usaba también en más de una ocasión, tanto si todos los intérpretes eran del mismo sexo como si se daba participación colectiva a mujeres y hombres. La indicación correspondiente presenta variadas formas, que en ciertos casos motivaba incongruencias análogas a las que se acaban de mencionar. Unas veces se consigna, con referencia al canto unisonal, «Todos y todas». En *Cueva y castillo de amor* (anónima, 1777) hay una «copla» con las siguientes indicaciones complementarias: «Todas unisonus dentro y con la guitarra solo. Esta música se está repitiendo todo el tiempo que dura el paso»; otro papel de la misma obra advierte, con referencia a este número: «Se repite al signo muy piano todo lo que dure el paso.» Una producción anterior, cuya portada reza «Musica con B.» (*sic*, abreviatura de «violines») en la comedia nueva *Cómo se comunican dos estrellas contrarias* (Guerrero, 1760), tiene tres números, a saber: «A 4.º bailete», «copla» cantada por la graciosa sola y «a 4.º uniss».

Lo mismo que sucede con los «cuatros» se ve algunas veces con los «coros», por lo que respecta a su presentación en voces divididas o dialogadas. Tal es el caso de un «bailete» en *El conde de Alarcón* (Laserna, s. a.), donde dos voces superiores cantan la melodía en terceras y otras tres voces inferiores la refuerzan con acordes. Este fácil artificio hacía más cómodas las tareas del compositor, y contribuía a satisfacer el gusto de los auditorios. No vacilaban los músicos, sin embargo, en dar muestras de su habilidad contrapuntística, aunque solamente lo hacían de un modo excepcional, al escribir algunos coros. *El perseguido* (Laserna, s. a.) tiene un coro en terceras que después ofrece un canon. Una pieza a solo tenía ecos del coro si la situación lo recomendaba, como se ve en algún caso excepcional. A veces la alternación se efectuaba entre el texto declamado y un coro que sólo decía dos sílabas; en tal caso se halla un fragmento del ya citado *Lot*, donde el coro cantaba en acordes las palabras «sí, sí» y «aquí». En esta

misma obra abundaba la intervención coral, que exigía en algunos trozos un doble coró, tomando parte en su representación la Laureana, la Briones, la Prado, Camas, Eusebio y otros actores de la compañía, así como también el «tenor de las Descalzas» y un «contralto de fuera». Algunos números requerían la actuación simultánea del «coro 1.º» y del «coro 2.º». Un coro femenino va encabezado con el rótulo «Las tres virtudes», y en él actuaban las tres artistas citadas. Es curioso el modo de armar los pentagramas, pues se puso la clave de *do* en primera para las voces femeninas y la del tenor, la clave de *do* en tercera para la voz de contralto, la de *do* en cuarta para el papel de Camas y la de *fa* en cuarta para el papel de Eusebio.

Como faltaba un criterio uniforme en lo referente al uso de las claves, una «marcha» coreada de *La Antígona* (Laserna, s. a.) hace alternar hombres y mujeres, y lo mismo cuando cantan ellas que ellos aparece el correspondiente texto vocal (distribuido en tres pentagramas) con clave de *do* en primera línea.

Así como a mediados del siglo XVIII predominaban los «cuatros» en algunas comedias, más adelante predominan los «coros». *La Atalia* (Laserna, s. a.) tiene seis «coros», y la primera parte de *El anillo de Giges* (Laserna, 1779) tiene nueve «coros», además de una «marcha, la orquesta oboes y trompas» y «una contradanza». Esas piezas corales no se cantaban siempre ante el público. Entre los números de *El mejor representante* (Laserna, s. a.) hay un «coro fuera», así como también otros más que se decían a la vista de los espectadores.

Ocasionalmente aparece la palabra «coro» empleada en diminutivo. Así, por ejemplo, tras el penúltimo número de *El arca de Noé* (Laserna, 1803), se lee: «Sigue corito final».

Aunque la denominación «princesa» se había aplicado para designar canciones entonadas por solistas con acompañamiento guitarrístico, existen excepcionalmente algunas piezas bajo este epígrafe genérico que requieren la intervención coral. Con el título «princesa», en la comedia *Para vencer amor querer vencerle* (Moral, s. a.), hallamos un «coro» escrito para dos voces reales. *La niña de plata y para vencer amar* (anónima, s. a.) tiene dos números, a saber: una «copla» y una «princesa», estando esta última escrita para tres voces con acompañamiento orquestal. Aquí subsiste un vocablo que, desviándose de la significación primitiva, se aplica a un producto distinto del evocado por esa voz, si bien guarda ciertos puntos de semejanza con el concepto asignado en tiempos anteriores a la palabra correspondiente. Sucede, por tanto, una cosa análoga a lo acaecido con la denominación «cuatro» cuando recaía sobre piezas que sólo tenían tres o dos o aun una sola parte real de canto, por lo cual implica una incongruencia más explicable que defendible.

JOSÉ SUBIRÁ.

(Concluirá.)

## UNA LAGUNA DEL «LIBRO DE BUEN AMOR»

A mi excelente amigo D. Angel González Palencia.

Se trata de la que hay entre las coplas 765 y 766, por efecto del extravío de una hoja (el folio XLIX) del códice S.

Según el cálculo de Ducamin que ha suplido con el códice G lo que ha podido, en el pasaje en cuestión se han perdido seis cuartetas.

¿Es posible establecer el contenido de ellas? Tal es el tema de los siguientes renglones.

Por lo pronto hay que tener presente que la laguna ocurre dentro de una digresión que hace Juan Ruiz en su paráfrasis de la comedia de Pánfilo, es decir, en el episodio de D. Melón, la vieja y doña Endrina, cuando, estando aconsejando a doña Endrina la trotaconventos para que tome a don Melón «por ome e por velado» (copla 761), le responde la viudita entre otras frases (copla 764-5):

«Non me digas, agora, más desa ledania;  
non me afines tanto, luego el primero día.

.....

Sy agora tú me sacas de buen entendimiento  
[cobraré mala fama, avré arrepentimiento]» (1).

Aquí sobreviene la laguna y comienza la estrofa siguiente (copla 766) con una fábula, a la que falta el principio:

«Assentóse el lobo; estuvo atendiendo;  
los carneros valyentes vinieron bien corriendo»;

fábula hasta hoy creo (2) que desconocida, titulada por algunos «el lobo y la puérca» (Amador de los Ríos, *Historia crítica de la Literatura española*, tomo IV, pág. 183, nota) y por otros «el lobo metido a abad».

El Sr. Cejador, en su edición del *Arcipreste de Hita* (Madrid, 1913, tomo I, pág. 265 nota) conjeturaba que en los versos perdidos «diría la due-

(1) Suplemento de D. Tomás Antonio Sánchez.

(2) No he logrado ver el folleto de O. Tacke, *Die Fabeln des Arcipresters von Hita in Rahmen der mittelalterlichen Fabeln literatur nebs einer analyse des Libro de buen amor*. (Breslau, 1911, 32 págs., y en *Romanische Forschungen*, 1912.)

ña (doña Endrina a la vieja alcahueta) que bien se hallaba en su casa con la manda del difunto (es decir, de su primer esposo), y que aconsejarle buscar otro marido era como el consejo que le dieron a un lobo, que, teniendo torrezno que comer, le persuadió alguno a que fuese por los ganados haciendo el papel de abad o cura, y así se daría buena vida. Saliendo a estas aventuras vió estornudar a alguien y lo tuvo a mal agüero».

Pero hay en esto varias inexactitudes, y es la primera que quien propone la fábula no es doña Endrina, sino la vieja tercera, la cual, ahincando a aquélla a que no se resistiese a casarse de nuevo, cosa de que a cien leguas se traslucía que estaba deseosa, trataría de amedrentarla diciéndole que a los que ponen reparos a aquello que les agrada les ocurre lo que al lobo con el tocino y el torrezno.

En efecto, de la finalidad de la fábula no cabe duda, pues en la copla 780 se expone su moraleja:

«Ome cuerdo non quiera el oficio dañoso;  
non deseche la cosa *de que está deseoso*.»

Ahora bien, habiéndose insinuado doña Endrina en las coplas 764-5, como deseosa del casamiento que le proponía la vieja, aunque rogando melindrosamente que «no se le afincase tanto, luego el primero día», a ella va visiblemente encaminado el apólogo.

No me parece en cambio verosímil lo que el Sr. Sánchez Cantón, en sus *Siete versos inéditos del Libro de buen amor* (*Revista de Filología Española*, 1918, pág. 43-5), aventuraba, estimando que una de las seis cuartetas que faltan sería la 796 bis, o sea la del fragmento hallado en el manuscrito de Alvar Gómez de Castro, que reza de esta manera:

«No avedes, amiga, de carne el corazón,  
sino de hueso duro, más fuerte que de león;  
por mucho que vos digo, siempre dezides «non»:  
¡ya muger tan dura, cuál fuérades para varón!»

Y la razón de no creerlo es la siguiente:

Seguramente la primera estrofa de las seis hoy perdidas contendría cómo la vieja respondería a doña Endrina, arguyéndole con la fábula del lobo metido a agorero.

El apólogo luego comprendería una cuarteta en que se relatara el estornudo que se le escapó a un lobo y que le pareció cumplirse en la copla 768, del cual dedujo el necio del animal un «buen agüero», o, como más adelante se formula, un «buen» adevino (coplas 767 y 774).

Seguiría otra copla en que el lobo se encontraba un torrezno, con el que bueno le fuera haberse pagado (copla 779), «prezno» que perdió suspirando por cosas de mayor cuantía.

En una estrofa cuarta iría el hallazgo de un tocino (copla 767), tocino

sin gallinas (copla 781), que, aspirando a mejor vianda, tampoco quiso comer.

Finalmente, el encuentro del lobo con los carneros, el pleito que hemos de ver le plantearon, el rogarle hiciese de juez, la aceptación del lobo y la propuesta del modo de resolver el litigio, ¿qué menos ocuparía que las dos cuartetos que faltan?

No cabe, pues, ni viene tampoco a cuento el contenido de la 796 bis.

¿Cómo, pues, era el principio de la conseja alegada por la vieja? He aquí lo que resta por exponer en estas mal hilvanadas líneas.

Pero antes anotemos que no es la tal conseja, como pensaba Amador de los Ríos (lugar arriba citado), «irreverente, aunque chistosa, alusión a los oficios sagrados...», lo cual señala entre los eruditos la influencia de la sátira de los trovadores».

Tampoco la estimo episodio que «en las aventuras del *Roman de Renart* parece estar inspirado..., tratado con la libertad que Juan Ruiz trata todas las imitaciones de asunto francés», como imaginaba recientemente el P. José María Aguado en su *Glosario de Juan Ruiz*, 1929, pág. 197.

Y menos aún «es un cuento grosero (!) que parece tomado de algún *fabliau* francés», según últimamente acaba de afirmar del apólogo en cuestión el Sr. Cotarelo, *Fábulas de Esopo*, reimpresión de 1929, pág. XV.

Trátase de una fábula compleja, uno de cuyos componentes es el conocido apólogo del asno de la espina y el lobo (*Afzonio*, número 9; *Gabrias* [*O Babrio*], *Tetrásticos*, 38, etc.) Atribuyóse a Esopo, y como suya, aunque de las llamadas extravagantes (o sea conservadas fuera de las colecciones de más autenticidad), corrió muchísimo tiempo (1).

He aquí cómo la refiere el *Ysopete Ystoriado* de 1489, fol. LXXXI (cuyo comienzo, con palabras parecidas, referiría Juan Ruiz en las coplas hoy perdidas):

«Del lobo que aventó torpemente.

»... El lobo, levantándose de mañana e extendiéndose, lanzó un sonido detrás (2), e dize: Esta buena señal es; gracias fago a los dioses que oy este día seré farto e complido de dignidades, segund que me ha mostrado el rabo que me ha sonado.

»E assí, partiendo por sus aventuras, falló en un camino una exundia de puerco que cayó a unos mulateros, e, como lo olió, bolviólo de una parte a otra, e dixo: Non comeré oy de ti, porque me sueles mover todo el mi vientre; e cierto soy que yo he de ser farto de dignidades, segunda que la mañana me figuró mi trasero.

---

(1) Hállase también en el *Romulus Monacensis* y de aquí se tradujo al español con el título *El día feliz del lobo* para los *Cuentos de la Edad Media* (Madrid, Revista de Occidente, 1927), número V.

(2) Los que tienen al arcipreste de Hita por un hombre montaraz poco accesible a las delicadezas, adviertan cómo ha sustituido en su *Libro de buen amor* este «sonido detrás» por un más limpio «estornudo».

»E yendo más adelante falló un tocino salado e seco, el qual, bolviendo, dixo: Non comeré de ti, pues soy cierto que he de ser farto oy de buenas viandas, segund que me denunció mi rabo.»

(Sigue el tropiezo del lobo con una yegua que le propinó la cox del apólogo del asno de la espina con el lobo. Creo que este episodio faltaría en Juan Ruiz, porque, a más de no aludirse a él en adelante, no habría espacio para referirlo con todo lo demás en las solas seis coplas que nos faltan. Continúa luego la fábula):

«E fuese (el lobo) por su camino adelante, donde falló dos carneros que reñían en un prado. E dize entre sí: Agora es cosa cierta que he de ser farto, a Dios gracias. Y llegando a los carneros él los saluda e dize: Hermanos, aparejadvos, que el uno de vosotros me ha de convidar a comer. Responde el un carnero: Fágase como te plazera, mas rogamos que juzgues entre nos derechamente, e da una sentencia sobre este prado que fué de nuestros padres, sobre el qual, como non sabemos nin havemos usado de pleytos e juyzios, reñimos e contendemos; por ende faz entre nos partición derecha dél, e después manda a tu voluntad libre de nosotros.

»Responde el lobo: Yo faré de buen grado eso; mas querría que me diessess en qué manera querréys que parta. Entonces dize el otro carnero: Señor, pues demandas el modo, a mí paresce que debes partir desta manera: tú debes estar en medio del prado, e nosotros yremos cada uno a su cabo del prado e correremos ambos para donde tú estarás, e aquel que primero llegare a ti, aya el prado, e al otro que lo comas tú. Dixo el lobo: Fágase assí, que es buen modo.»

(Desde aquí ya el relato está en Juan Ruiz, con un ligero cambio de lugar de dos episodios, el de la puerca y el de las cabras. Cotéjense entrambos textos):

*(El Esopo historiado)*

«E assi se van los carneros cada uno a su cabo, e corrieron con gran quexa e impetu para donde estaba el lobo en medio del prado, e juntamente llegando ferieron al lobo: el golpe doblado fue tan grande que el lobo cayó en el suelo quebrantadas las costillas e medio muerto, ensuciándose en su estiercol.

Mas dende a poco retornándose en sí dixo: Ni haun me curo por esta otra injuria; ca, yo he de ser farto, segund esta mañana me figuró el rabo.

*(Juan Ruiz)*

766. Asentose el lobo,  
estudo atendiendo;  
los carneros valyentes  
vinieron bien corriendo;  
cogieronle al lobo  
enmedio en él feriendo;  
él cayó quebrantado,  
ellos fueron fuyendo.

767. A cabo de grand pieça levan-  
[tóse estordido,  
dixo: Dióme el diablo el ageno royo,  
yo ove buen agtierro, Dios aviamelo  
[conplido,  
non quise comer tozino, agora soy  
[escarnido.

E partiéndose dende él, falló en una ribera una puerca con sus fijos pasciendo en un prado, e dixo: Gloria tibi, Domine; yo sabía que oy havía de ser farto de buenas viandas delicadas.

E dixo a la puerca: Hermana, comeré de tus fijos. Responde ella: Señor, como tú mandarás.

Mas non están haun lavados, segund que manda nuestro rito e secta; por ende te ruego que, pues la buena ventura te traxo aquí, que tú mesmo seas sacerdote e los laves segund nuestra ley.

E después escoge dellos los que más te agradarán. El lobo dixo: que le mostrasse la fuente, e ella le mostró una canal de molino diziendo: He aquí la fuente santificada.

E estando en lo más alto de la canal, el lobo, presumiendo de sacerdote, tomó un lechón de aquellos para meter en el agua e lavar segund aquella cirimonia. La puerca se llegó a él e dióle un grand golpe con el oçico, gruñiendo con furia, e lançólo en la canal dentro.

E la fuerça de la agua, que era corriente, rebatando levó al lobo fasta que cayó en el rodezno del molino, donde anduvo alderredor dan-

774. Fuése más adelante cerca de  
[un molino,  
falló una puerca con mucho buen  
[cochino.  
Ea, diz, ya desta tan buen día me  
[vino,  
que agora se cunple el mi buen ade-  
[vino..

775. Dixo luego el lobo a la puerca  
[byen así:  
Dios vos dé paz, comadre, que por  
[vos vine yo aquí;  
vos e vuestros fijuelos ¿qué fazedes  
[por ay?  
Mandad vos e faré yo, despues go-  
[vernad a mi.

776. La puerca, que se estava so los  
[sauzes loçanos,  
fabló contra el lobo, dixo dichos non  
[vanos;  
diz: Señor abbad compadre, con esas  
[santas manos  
bautizat a mis fijuelos, por que mue-  
[ran xristianos.

777. Después que vos aya[y]s fecho  
[este sacrificio,  
ofreçérvoslos he yo en graçias e ser-  
[viçio,  
e vos faredes por ellos un salto syn  
[bolliçio,  
conbredes e folgaredes a la sonbra,  
[al viçio..

778. Abaxóse el lobo  
ally so aquel sabze  
por tomar el cochino  
que so la puerca yaze;  
dióle la puerca del rrostro,  
echóle en el cabçe;  
en la canal del molino  
entró, que mal le plaçe.

779. T[r]óxolo en deredor  
a mal andar el rrodezno;  
salyó mal quebrantado,  
parescía pescadezno;

çando un poco, en que padesció asaz  
mal en su cuerpo.

bueno le fuera al lobo pagarse con  
[torrezno,  
non oviera tantos males, nin perdie-  
[ra su prezno.

E escapando de aquello... pas-  
sando cerca de un lugar vió unas  
cabras que estavan encima de un  
forno, dixo: Gracias sean a Dios;  
agora veo vianda que mucho cubdi-  
cio. E començó yr a ellas.

E como ellas vieron al lobo, as-  
condiéronse dentro en el forno; e el  
lobo estando ante el forno las saluda  
diziendo: Hermanas, salud ayays;  
yo soy llegado a vos visitar e comer  
alguna de vosotras. Dizen ellas: se-  
ñor, seamos oydas, e faz de nos lo  
que te plazerá.

Nosotras non venimos aqui por  
ál, salvo por oyr los officios: rogá-  
moste que tú los cantes.

E fecho el officio e sacrificio de  
alavança, farás lo que te agradará.

El lobo, presumiendo de grand  
sacerdote, començó de ahullar e dar  
bozes altas. Los aldeanos, oyendo  
bozes e ahullidos del lobo, salieron  
con armas e perros.

768. Ssalió de aquel plado,  
corrió lo más que pudo,  
vyó en unos fornachos  
rretoçar a menudo  
cabritos con las cabras,  
mucho cabrón cornudo.  
A la fe, diz, agora  
se cumple el estornudo.

769. Quando vyeron al lobo,  
fueron mal espandados,  
salieron a rresçebirle  
los más adelantados:  
¡Ay, señor guardiano!  
dixieron los barbados,  
¡byen venido seades  
a los vuestros criados!

770. Quatro de nos queríamos  
yrvos a conbydar  
que nuestra santa fiesta  
veníésedes a onrrar,  
dezirnos buena missa  
e tomar buena yantar;  
pues que Dios vos aduxo,  
queredla oy cantar.

771. Fiestas de seys capas  
e de grandes clamores  
fazemos byen grande  
syn perros e syn pastores;  
vos cantad en boz alta,  
rresponderán los cantores;  
ofreçeremos cabritos,  
los más e los mejores.

772. Creóselos el neçio,  
començó de auallar,  
los cabrones e las cabras  
en alta boz balar,  
oyéronlo los pastores  
aquel grand apellidar,  
con palos e con mastines  
viniéronlos a buscar.

E le dieron tantos golpes e feridas, fasta que él quasi medio muerto escapó bien mordido de los perros.»

773. Salyó más que de passo  
fizo ende rretorno,  
pastores e mastines  
troxiéronlo en torno,  
de palos e de pedradas  
ovo un mal sojorno,  
dixo: Dióme el diablo  
cantar missa en forno.»

Aquí acaba el apólogo en Juan Ruiz. El Isopete historiado sigue contando lamentaciones del lobo, un percance más que le sobrevino, y el arrepentimiento que al fin tuvo de haber sido ambicioso en un principio. Juan Ruiz y el Isopete deducen cada cual su moraleja, pero aun cuando en el fondo coincidan, no tienen el menor parecido en la expresión. Renuncio por eso a transcribirlas aquí. Y doy ya punto final a estas cuartillas, cuya intención fué tan sólo completar una fábula acéfala del Libro de buen amor, la que se podría titular: «El lobo que estornudó e imaginó un buen agüero».

F. CASTRO GUIASOLA.

# EL DOCTOR JUAN SOLANO DE FIGUEROA

(1610-1684)

## INTRODUCCIÓN

La figura del doctor D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano es sin disputa una de las más interesantes e inestudiadas de la literatura extremeña. Multiplícanse las citas de sus escritos históricos, pero nadie se detiene a delinear los acusados rasgos de su personalidad biográfica y científica. Es entre nosotros una autoridad que se acata, sin pararse a ver quién es.

Apenas si desde la fecha de su muerte hasta nuestros días ha tratado algún historiador de poner en claro los sucesos de su larga y fecunda vida.

Contentóse Nicolás Antonio, en un brevísimo artículo de la *Bibliotheca Nova* (1), con indicar como patria de nuestro autor a Trujillo y reseñar ligeramente los *Santos de Medellín* (2). En lo primero erró, como ha errado al seguirle, tres siglos más tarde, Clodoaldo Naranjo, y parco en verdad anduvo de noticias, pues por aquella época cosas interesantes había para decir de su vida.

Salazar y Castro, el admirable autor de la *Historia genealógica*, alaba la *Historia y Santos de Medellín*. Esto mismo hacen durante el siglo xvii varios autores más, de probidad no tan patentizada como la del historiador de la casa de los Lara.

Fray Pedro de San Cecilio le cita alguna vez con grandes encomios, de los que se hace eco fray Pedro de Alba y Astorga, y posteriormente el benedictino padre Gregorio Argáiz, principalmente en su *Soledad laureada*, impresa en 1667.

Léese alguna vez el nombre de Solano autorizando textos difíciles en partidarios de los falsos cronicones, pero ni Segura en su *Norte crítico*, ni Godoy Alcántara en la *Historia*, tienen la más leve noticia del autor.

En el siglo xviii encuentra Solano de Figueroa su más amplio comen-

---

(1) Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Vetust et Nova*. Matriti, Ibarra, 1783; cuatro volúmenes en gran folio; tomo III, pág. 780. «Ioannes Solano de Figueroa et Altamirano. Truxiliensis, doctor theologus atque ecclesiastes frugi, ecclesiae metellinensis archipresbyter, ellerencensium que violatæ fidei iudicum a commissiõibus minister, edidit. *Historia y Santos de Medellín*... [etc.]. Editurum se alia promittit.»

(2) *Historia y Santos de Medellín: culto y veneración a San Eusebio, San Palatino y compañeros martyres*. Madrid, Francisco García y Arroyo, 1650, en 4.º

tarista. En efecto, D. Ascensio de Morales, cultísimo y experimentado investigador, viene a Badajoz en misión oficial para elevar al rey Fernando VI un informe, que él titula *Crisis histórica*, sobre las antigüedades de dicha población (1).

Como no podía menos de suceder, necesita servirse constantemente de los *Discursos patrios* de Rodrigo Dosma Pacheco y de la *Historia eclesiástica* de Solano, siguiendo a ésta paso a paso para rebatirla o para apoyarla hasta el episcopado de Rois y Mendoza. Pero como su probidad histórica le obliga a refutar lo que Solano tomó de los falsos cronicones, resulta realmente su obra un suplemento y fe de errores al tomo primero de la *Historia eclesiástica*. Aunque no se detiene a trazar la biografía del docto penitenciario, aporta, sin embargo, algún dato, alguna noticia curiosa para la bibliografía, deslizados al correr de la pluma.

Desde entonces, y salvo la mención del anónimo historiador (2) pacense de una *Historia de Mérida* y su partido, fantástica a todas luces, no vuelve a aparecer Solano de Figueroa (3) hasta 1852, en que apenas concede interés D. Tomás Muñoz y Romero a las tres obras de nuestro canónigo, de que se ocupa en su *Diccionario bibliográfico* (4), *Santos de Cáceres*, *Historia de Medellín* e *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*.

D. Vicente Barrantes y Moreno, cronista de Extremadura, trató ya (5) en 1875 un poco más ampliamente de la persona de Solano de Figueroa; pero puntos hay en que más valiera al erudito cronista no haber puesto los de su pluma, pues no hace sino amontonar yerros sobre yerros. Como en efecto, dice que debió de morir sobre 1671, adelantando la fecha casi tres lustros, y que conocía y aun escribía el portugués a la perfección, basándose en una lastimosa equivocación suya, que más adelante analizaremos.

Sin embargo, echa ya las bases para una bibliografía del autor, que aunque escasísima y errónea, es la única a que han podido atenerse los investigadores posteriores para juzgar la producción del ilustre canónigo.

---

(1) Ascensio de Morales, que tanto se aprovechó de la *Historia eclesiástica*, de Solano de Figueroa, para componer su *Crisis histórica de la ciudad y obispado de Badajoz*, apenas si cita a nuestro escritor en una breve nota del *Catalogo de los varones ilustres, militares, políticos y eclesiásticos de Badajoz y lugares de su obispado*, manuscrito que se conserva en la sección de códices del Archivo Histórico Nacional, fol. 28: «59. Dr. Dn. Juan Solano de Figueroa, Canonigo Penitenciario, Visitador Gral. de este Obpado. y Familiar del Sto. oficio de la Inqon., escribió los *Santos de Medellín y Cáceres*, la *Historia Eccca. de Badajoz y su Obpado*. y otros libros.» Véase nuestro estudio *Don Ascensio de Morales, cronista de Badajoz (1754)*. Badajoz, 1930, 4.º

(2) Anónimo [*Historia de Badajoz*]. Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid, pág. 158, en la *Biblioteca de Escritores naturales de Badajoz*, artículo correspondiente a Cristóbal Suárez de Figueroa.

(3) No es que no vuelva a citarle nadie, sino que no se aportan datos nuevos.

(4) Tomás Muñoz y Romero, *Diccionario bibliográfico de los antiguos reinos, provincias y ciudades de España*. Madrid, 1852; págs. 45, 62 y 187. Conoce únicamente las *Historias de Badajoz, Cáceres y Medellín*.

(5) Vicente Barrantes, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*. Madrid, 1875 a 1877; tres vols., en 4.º; tomo I, págs. 123 y sigs.

Hay que sentar que las equivocaciones suyas no son de mala fe, sino defecto de datos o carencia de crítica bibliográfica (1).

No ocurre así con D. Nicolás Díaz y Pérez, escritor—si tal nombre puede dársele—que no merece la mínima consideración por parte de los investigadores, pues con su proverbial ignorancia y acreditada osadía, allí en donde exista una laguna o punto sobre el que no haya escrito nadie y sea imposible, por tanto, la copia, da rienda suelta a su disparatada fantasía e inventa extremos más o menos verosímiles, pero generalmente desprovistos de todo fundamento. Duda si la patria de Solano fué Medellín o Badajoz, cuando en ninguna de las dos ciudades vió la luz. Afirma que en 1660 alcanzó la canonjía penitenciaria de Badajoz, sin tener en cuenta que aquel puesto lo había obtenido siete años antes (2).

No son sólo estos extremos los que falsifica, sino que, basándose en la suposición de Barrantes, afirma que murió en 1671, y que imprimió—ya con el detalle tipográfico—en Sevilla, 1683, la *Vida de la madre Isabel de la Cruz*, no faltando tampoco la peregrina cita de los *Sermones panegíricos*, que, según él, le acreditan de orador distinguido. En este caso, como en todos los demás, y cuenta que son tantos como artículos tiene el malhadado *Diccionario de extremeños ilustres*, sólo hace Díaz Pérez colmar el vaso de la indignación del estudioso, que se encuentra desorientado al seguir tan erróneos senderos.

D. Publio Hurtado, en una colección de artículos publicados en la *Revista de Extremadura* (3), reunidos más tarde en un folleto con el título de *Tribunales y abogados cacereños*, confunde lastimosamente a nuestro biografiado con su padre, a quien llama docto historiador, confusión explicable por la idoneidad de nombres y apellidos, pero nunca por la ordenación cronológica, pues el año en que su padre era alcalde de Cáceres y abogado de su Colegio, Solano hijo aún no había nacido.

A finales de 1917 publicóse en Badajoz el volumen I—y único—del *Memorial oliventino* (4) por Jesús Rincón Jiménez, en cuyos apéndices se incluye un estudio sobre los manuscritos de la *Historia eclesiástica*. Cetero y atinado el autor en sus noticias, suscita un curioso problema bibliográfico y enjuicia con sobrios comentarios, aunque no da, desgraciadamente, una descripción técnica de los manuscritos de que habla.

Y ya, salvo unas líneas sin valor alguno y casi sin contenido de Clo-

---

(1) He aquí las obras que vió: *Historia eclesiástica de Badajoz*, *Historia de Medellín*, *Santos de Cáceres* e *Historia de Fregenal de la Sierra*, y las que no alcanzó a manejar y supuso que existiesen: *Sermones panegíricos*, *Historia de San Fulgencio* y *Santa Florentina*, *Vida de la madre Isabel de la Cruz*, *Historia de Mérida* e *Historia de Trujillo*.

(2) Nicolás Díaz Pérez, *Diccionario de extremeños ilustres*. Madrid, dos tomos, uno adicional de láminas, en folio, 1884 a 1888; tomo II, artículo «Juan Solano de Figueroa y Altamirano».

(3) Publio Hurtado, *Tribunales y abogados cacereños*, in *Revista de Extremadura*, 1910; tomo XII, pág. 117, año 1608.

(4) Jesús Rincón Jiménez, *Memorial oliventino*, volumen primero y único publicado. Badajoz, Imp. Arqueros, 1917; un vol., 8.º, ap. III.

doaldo Naranjo en *Trujillo y su tierra* (1), nadie se ocupa de Solano de Figueroa hasta que Antonio del Solar y Taboada imprime en 1927 su trabajo sobre el *Expediente de limpieza de sangre* del docto canónigo (2). El mérito de ese estudio es desigual, pues al lado de datos interesantes y bien seleccionados, vemos otros de todo punto inútiles para nuestro objeto. Justo es reconocer, desde luego, que ha sido el primero en fijar las fechas de nacimiento y muerte de Solano y en darnos el nombre de sus padres.

En el mismo año vieron la luz pública unas notas nuestras, que eran apenas el esquema de una bibliografía, y que no merecen la pena de consultarse hoy. Entre los impresores y las deficiencias del original (que no era tal, sino notas y apuntes sueltos que teníamos), lo que podía haber sido un instrumento de consulta útil, se transformó en un ligero y erróneo artículo. Las numerosas erratas hacen que sea aún de menos valor. Nosotros ninguno le concedemos (3).

He aquí, pues, en breve espacio lo que de Solano se ha escrito desde su tiempo. Reducidísimo es el caudal informativo que nos arrojan estas publicaciones, y más reducido aún si tenemos en cuenta el restringido campo bibliográfico que nos presentan, limitado a diez volúmenes, de los que salvo cuatro nadie había logrado ver los demás.

Nosotros hemos logrado tener noticia de cerca de cuarenta impresos de Solano de Figueroa, la mayor parte absolutamente desconocidos para todos los bibliófilos, y muchos de ellos considerados como únicos, que honran nuestra biblioteca.

---

(1) Clodoaldo Naranjo, *Trujillo y su tierra*. Trujillo, 1922; dos vols., 8.º

(2) Antonio del Solar y Taboada, *Del pasado extremeño. Notas que tomó en los Archivos*. Badajoz, 1927; un vol., 8.º, pág. 69.

(3) Antonio R. Rodríguez Moñino, *Avance para la bibliografía del doctor don Juan Solano de Figueroa y Altamirano* (1610-1684), in *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, Badajoz, 1927; tomo I, fasc. III, págs. 374 a 410.



Facsimile del manuscrito de la *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, considerado como auténtico, que se conserva en el Archivo de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz.

## BIOGRAFÍA

---

### I

#### NACIMIENTO, ASCENDENCIA Y BLASONES

Nació el doctor D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano en la villa de Jaraicejo, provincia de Cáceres, el día 29 de mayo del año 1610. Con la publicación de la partida bautismal (1) en los apéndices al presente ensayo quedan disipadas completamente las dudas que sobre la fecha y lugar de nacimiento habían tenido distintos historiadores (2).

Fueron sus padres D. Juan Solano de Figueroa y su mujer doña Catalina de Soto (3). Ejerció D. Juan la profesión de la abogacía en Cáceres durante muchos años, trasladándose en 1609 o 1610 a Jaraicejo, de donde era natural. Fué alcalde mayor de Cáceres (4), y descendía de noble familia extremeña, cuyo abolengo se remontaba a los Durán de Figueroa, conquistadores de la ciudad. Su esposa también pertenecía a generación limpia e hidalga, como se probó al hacer el expediente de origen de su hijo el canónigo D. Juan.

Tomó nuestro biografiado los blasones de su padre, siendo su escudo —según figura en la portada de la *Historia eclesiástica*— partido y medio cortado, y ostentando en el primer cuartel diez roeles, colocados: I, 2, I, 2, I, 2 y 1; en el segundo, un sol, y en el tercero las cinco hojas de higuera de los Figueroa, puestas en sotuer, bordura cargada de ocho sotueres (5).

---

(1) A pesar de escribirle diversas veces con este motivo no hemos obtenido respuesta del señor cura párroco de Jaraicejo a las interrogaciones que acerca de la existencia de la partida de bautismo le hemos dirigido. Podemos ofrecerla a los lectores tomándola de una copia que se encuentra en el «Expediente de limpieza de sangre». No es la primera ni, por desgracia, será la última vez que los estudiosos tengan que renegar de la escasa y deficiente colaboración que prestan los señores curas párrocos. Hay, sin embargo, contadas y honrosas excepciones, que somos los primeros en agradecer.

(2) Barrantes no dice nada; Díaz Pérez vacila entre Badajoz y Medellín; Naranjo y Nicolás Antonio dicen que es Trujillo, etc.

(3) Nacida el 24 de agosto de 1575. Publicamos la partida bautismal, tomándola del «Expediente de limpieza de sangre» de su hijo.

(4) Cfr. Publio Hurtado, *Tribunales y abogados cacerenses*, in *Revista de Extremadura*, 1910, pág. 117.

(5) Cfr. Antonio del Solar y Taboada, *Del pasado extremeño*. Badajoz, 1927, pág. 69.

## II

### PRIMEROS AÑOS Y ESTUDIOS

Apenas si conservamos algún dato suelto de su infancia y primeros años. A los diez o doce recibió —según él mismo dice (1)— el sacramento de la confirmación de manos de fray Pedro Pacheco, obispo de Murs, en Armenia —antes de 1622—, siendo auxiliar de fray Enrique Enríquez, que lo era de Plasencia (2). Debió, pues, pasar su infancia entre esta ciudad y Jaraicejo hasta alrededor de 1625 o 1630, en que quizás comenzase a cursar sus estudios mayores, dedicándose a la carrera del sacerdocio, que terminó a los veinticuatro años, puesto que fué ordenado de misa por el obispo de Plasencia, D. Plácido Pacheco, en 11 de junio de 1634 (3).

Probablemente recién terminada la carrera destinósele a Trujillo, en donde debió permanecer bastante tiempo, pues siempre que a esta ciudad se refiere habla con extremos tan cariñosos que en alguna ocasión la llama su antigua patria (4). En Trujillo comenzó la historia de la población,

---

(1) Juan Solano de Figueroa, *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, Badajoz, Arqueros, 1910; tomo I, pág. 152: «Escribe y solemniza este viaje el *Breviario Armentio*, y de él se hace eficaz argumento para la comprobación de nuestro parecer, porque, según la traducción que de él hizo el Rev. D. Pedro Pacheco, obispo de Murs, en Armenia (a quien alcancé a conocer, y recibí de su mano el santo sacramento de la confirmación siendo auxiliar del ilustrísimo Fr. Enrique Enríquez, obispo de Plasencia...)»

(2) Juan Tamayo de Salazar, *San Eptacio, apóstol y pastor de Tui; ciudadano, obispo y mártir de Ambracia, oy Plasencia; su vida y martirio*. Madrid, Díaz de la Carrera, 1646, pág. 426: «XXXVII. D. Fr. Enríque Enríquez, de los ermitaños de San Agustín. Solicitó el pleito que tuvo su Iglesia de las tercias con el Conuento de Guadalupe, y consiguió executoria en su fauor. Murió en XII de Enero de M.DC.XXII. A su Iglesia le dió vn dedo de San Roque engastado en plata, y vna espina de la Corona de Christo Señor nuestro, y vn pedaço de su santíssima cruz, que auian sido de la señora doña Ana de Austria, nieta del Señor Emperador Carlos V, Abadesa en las Huelgas de Burgos.»

(3) «... hallaron que el Doctor Don Juan solano de Figueroa se ordenó de missa por el Señor Don Fray Plácido Pacheco, Obispo de Plasencia, en 11 de Junio de mil seiscientos y treinta y quatro...» Libro segundo de actas del Cabildo Canónico de la S. I. C. de Badajoz. Acta del día 12 de noviembre de 1652. Juan Tamayo de Salazar, *Op. cit.*, pág. 248: «XLI. D. Fr. Plácido Pacheco, de la Orden del glorioso Padre y Patriarca San Benito, I deste nombre, Obispo de Plasencia, auiendo sido sugeto lucido en su Religión, fué sacado della para Obispo de Cádiz, de allí a Plasencia; y lleno de días y virtudes murió en 5 de Octubre de 1639. Está depositado en la Sacristía de San Vicente de aquella ciudad.»

(4) Juan Solano de Figueroa y Altamirano, *Historia y Santos de Medellín*. Madrid, 1650. Advertencia *Al que leyere*: «Con la misma condición de salud y vida ofrezco Historia y santos de la muy Noble Ciudad de Truxillo, mi antigua patria.»

y allí dejó por primera vez oír su voz en el púlpito (1), predicando numerosos sermones, que por desgracia no han llegado a nosotros, pero cuya noticia ha quedado consignada en otras obras del mismo Solano, como, por ejemplo, el que pronunció de la Asunción de Nuestra Señora en el octavario que por las paces mandó hacer en abril de 1642 en la iglesia mayor D. Diego de Arce y Reynoso, obispo de Plasencia (2), y varios otros más.

Poco después de 1643 debió pasar a Medellín con el cargo de arcipreste, transformado más tarde en el de vicario, y donde permaneció hasta su traslado a Badajoz, dedicándose sobre todo a la predicación y a la investigación histórica; pero tuvo realmente una mala suerte extraordinaria al publicar sus escritos. El día 4 de octubre de 1646 firmaba el licenciado don Juan Tamayo de Salazar, en Madrid, la dedicatoria de su *Vida de San Epitacio* (3), y veinte días después terminaba Solano su *Historia y Santos de Medellín* (4). En los puntos de hagiografía y de investigación profana coinciden muchas veces, y prueban las mismas cosas ambos con idénticas razones. Pero Solano no pudo conseguir que su obra viera la luz pública hasta 1650, mientras que Tamayo, bajo la protección del obispo Arce, la dio a la estampa aquel mismo año, 1646.

La historia de Medellín, con la publicación del San Epitacio, perdía enormemente interés; pero por otra parte era trabajo hecho —e improbo, por cierto— que no convenía perder. Para solucionar este problema ocurriósele a Solano aumentar su texto y trazar, al mismo tiempo que la de Medellín, la historia de los Portocarrero, señores del pueblo desde tiempo inmemorial, y dedicándola a ellos, procurar su publicación. De todos modos al aparecer en 1650 habían envejecido casi todas las opiniones que en 1645 y 1646 eran originales del docto canónigo, y para obviar esta grave dificultad no tuvo más remedio que poner tras la mayor parte de los capítulos la nota de: «y después desto escrito véase el licenciado Tamayo en su *Epitacio*». A pesar de todo la *Historia de Medellín* tuvo una excelente acogida entre los eruditos, aunque no por los condes del pueblo, a quienes

---

(1) Juan Solano de Figueroa, [*Sermón predicado con ocasión de trasladarse la imagen de San Roque desde la iglesia catedral hasta su ermita propia*], 1674. *Censura*, de Fr. Francisco Moreno de Robles: «Todos [los escritos] que V. Merced ha sacado a luz he leído; en lo histórico, desde lo noticioso de los Santos de Medellín, hasta el desta Santa Iglesia y Ciudad, que tan ansiosamente desean todos verle en la imprenta; en lo Predicable, desde el primero que celebró la insigne ciudad de Trujillo.»

(2) Consta su noticia en el folio 13, columna segunda, del [*Sermón predicado con ocasión de haber concedido la Virgen de la Piedad agua y haberse retirado el enemigo portugués de las fronteras de Extremadura*], por Solano.

(3) Juan Tamayo de Salazar, *San Epitacio, Apostol y Pastor de Tui; ciudadano, Obispo y mártir de Ambracia, oy Plasencia; su vida y martirio. Escrivielo a la devoción y mandato del Ilustrissimo y Reverendissimo Sr. D. Diego de Arce y Reinoso, Obispo de Plasencia, Inquisidor General del Consejo de S. M., el licenciado..... su secretario; dedicado al glorioso Santo martir placentino*. Madrid, por Diego Diaz de la Carrera, 1646; un tomo 4.º m., [XX]-432-[XL] págs.

(4) Ya citada anteriormente. La fecha va al final del libro, en esta forma: «De mi Estudio en Medellín, 24 Octubre, 1646.»

iba dirigida (1), porque, por lo visto, no recompensaron a Solano como esperaba (2).

Además de este libro trabajó Solano en otros que se han perdido— si han existido alguna vez — o que no llegó a terminar, pues aunque los cita en la advertencia *Al que leyere*, ni él vuelve a hacer más mención de ellos, ni ningún bibliógrafo posterior los reseña. Son la *Historia de los cuerpos de San Fulgencio y Santa Florentina*, un tomo de *Sermones panegyricos* y un *Tratado de Purgatorio* «con nuevo rumbo de la Sagrada Escritura». Fuera de sus títulos respectivos ninguna otra noticia nos ha quedado de ellos (3).

Si los comenzó debió abandonarlos al dar a su vida un nuevo giro con la obtención de la canonjía penitenciaria de la Catedral de Badajoz, que, satisfaciendo sus aspiraciones, le colocó en un terreno propicio para dedicarse a una empresa gigante —la *Historia eclesiástica*— que había de ocuparle hasta la muerte (4).

### III

#### VACA LA PENITENCIARÍA.—LAS OPOSICIONES

El día 25 de octubre de 1651 (5) los canónigos de la S. I. C. de Badajoz, reunidos en cabildo canónico, acordaron dar por vaca la canonjía penitenciaria, en vista de que el propietario, D. Antonio Pérez Nieto, había ascendido a deán de Coria. Poco después pusieron los edictos, que fueron prorrogados para dar tiempo a que se presentaran opositores.

---

(1) La dedicatoria se hace a D. Pedro Portocarrero de Meneses y Noroña, primogénito del conde de Medellín. Era hijo de D. Pedro Portocarrero Córdoba Aragón y Cardona y de su segunda mujer doña María Beatriz de Meneses y Noroña. Heredó los títulos de su padre por muerte de su único hermano D. Juan, octavo conde de Medellín, marqués de Villareal, duque de Camiña, conde de Alcuytín de Valencia, conde de Valladares, señor de las Siete Villas de Cadecouse y de las Reñadas, Honras de Sabroso, Llanos de Orellán y Almeida. Sobre este extremo confróntese Joaquín de Entrambasaguas y Peña, *El Doctor Cristóbal Lozano*, Madrid, 1927; 4.º, pág. 9, nota.

(2) Esta noticia de la escasez de recompensa la da Barrantes de un modo algo confuso y sin citar el sitio de donde la ha tomado. Cfr. *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, Madrid, 1875, tomo II, pág. 393: «De la protección de los condes de Medellín no debió [de] quedar muy satisfecho, pues dos años después de publicado, en 6 de marzo de 1652, le escribía desde Guadalupe el general de los jerónimos, Fr. Juan de Toledo, que iba a decir (a los condes) lo mucho que al autor por aquella obra debían, señal indudable de que no habría sido muy buena la paga.»

(3) En la advertencia *Al que leyere* cita una historia de Trujillo, un tomo de varios sermones panegíricos, un tratado del Purgatorio con nuevo rumbo de la Sagrada Escritura, y en el folio 34, al número 42, una historia de los cuerpos de los gloriosos santos San Fulgencio y Santa Florentina.

(4) Comenzada al acabar la primera residencia del coro, en el año 1654, y que ha quedado inconclusa.

(5) Con objeto de no multiplicar las citas, entiéndase que siempre que hacemos referencia a una fecha determinada indicamos implícitamente la remisión al acta del Cabildo canónico de igual día, mes y año.

Solano apresuróse a obtener en la Universidad de Sigüenza los grados de bachiller, licenciado y doctor (cuyos estudios ya tenía hechos) para ponerse en condiciones de opositar a la canonjía, grados que alcanzó, respectivamente, en los días 5, 6 y 7 de noviembre del mismo año, y presentó al Cabildo su solicitud para ser admitido en las pruebas (1).

Pero no era él el único aspirante a la prebenda, sino que iban también D. Francisco de Xaramillo, cura de San Pedro del Almendral, y D. Francisco de Isla y Mena, con quien quedó solo por haber renunciado el doctor Xaramillo a tomar parte.

Ultimados los requisitos avisóse a ambos que vinieran, presentándose en Badajoz el día 8 de noviembre de 1652. El 12 examináronse en Cabildo canónico los grados y títulos respectivos, y quedaron en que al día siguiente, por la tarde, se verificaran los ejercicios.

Todo estaba ya preparado para el acto solemne el día 13, y los futuros prebendados disponíanse a turnar en la lectura de los respectivos temas, cuando sobrevino a Solano impensadamente un ataque de hipocondría, teniendo que llevarle a la casa del presbítero Benito Joseph, en donde se hospedaba, y suspender los ejercicios hasta otro día. El día 14 escribió nuestro biografiado al Cabildo notificándole el estado en que se hallaba, la imposibilidad física suya de leer por la tarde, y «que si leiese a dicha ora Se ponía su vida en conocido peligro», suplicando, por tanto, «que se sirviese el Cabildo de sobreseer y dilatar los actos por dicho accidente».

Cometieron los canónigos a D. Diego de Olmedo y Alonso Ruiz del Alamo para que fuesen, en compañía de los médicos D. Matías de Paredes y D. Miguel Sevillano Camacho, a visitar al enfermo e informasen de su estado, y habiendo visto la certificación técnica de los últimos, firmada de sus nombres, acordaron que se avisase a Isla y Mena para que el día 15, a las dos de la tarde, acudiese a tomar puntos para leer el sábado.

Bueno ya Solano hiciéronse los ejercicios de oposición, del día 16 al 19.

Sólo faltaban, pues, las votaciones para decidir el resultado final. En reunión del 20 acordaron llamar para el 22 con objeto de determinar el modo que ha de tenerse en la votación, y el día anterior—21—ambos opositores manifestaron su conformidad acerca de que de los frutos de la prebenda se saquen ochenta reales para que se repartan entre ambos para ayuda de gastos de camino antes de proveerla.

Acordada el 22 la forma en que había de practicarse la votación, el día siguiente «... el señor Prouisor dijo misa de spiritu sancto y alabado sentándose en su lugar hicieron todos Juramento de elegir el mas Idoneo y mas a proposito para el servicio de nuestro Señor Y auriendosele dado cedulas [a todos los canónigos] con los nombres de dichos dos oppositores fueron cada vno de por si a echarlas en vna caxa que estaua sobre dicho altar, la qual con dichos votos... [llevó el secretario] ante el señor Prouisor y

---

(1) Véanse en los apéndices las actas de examen de Solano de Figueroa (IV).

Señores licenciado don Phelippe de la plaça Dean y Canónigo y D. Pedro Fernandez Pretel Chantre y canonigo colaterales comissarios nombrados por el Cabildo para regular dichos votos Y auiendolos uisto y regulado ante... el Secretario salio elegido por maior parte de votos por Canonigo Penitenciario en dicha Canongia El Doctor D. Juan Solano de Figueroa presbítero publicada la eleccion entro en el cabildo y hincado de rodillas [ante] su antecessor, [el] Prouisor toma vn bonete en la mano, [y] asido por vna parte en nombre del Señor obispo, y el señor Dean asido por otra en nombre del cabildo le dieron la collación de dicha canongia Y auiendo abraçado a los señores Prouisor y prebendados salio de Cabildo dicho Doctor D. Juan Solano de Figueroa y iendo [con]... el secretario al choro desta Santa Iglesia le señaló silla en donde comience a seruir Con manteeo vna de las quatro altas del choro del Señor Dean de las que estan entre la puerta grande del choro y la pequeña y auiendo salido de Cabildo dicho señor prouisor acompañandole quatro Señores prebendados de los mas modernos Y auiendo buuelto a Cabildo dichos sseñores prebendados canonigos...» (1) acordaron avisar a Solano para que cuando quisiere diera noticia de sus ascendientes.

En elecciones que con tanta sencillez se habían llevado a cabo hubo, sin embargo, una tendenciosa protesta. El 10 de enero de 1653 entró—cuando estaba reunido el Cabildo canónico—el notario Juan Sebastián, y notificó la demanda del Dr. Francisco de Isla y Mena para que se anulasen las votaciones y ejercicios. En vista de esta protesta los canónigos ordenaron que el procurador Melchor Fernández Almagro pidiera un traslado de los autos y los entregase al doctoral y al letrado del Cabildo para que ellos respondieran lo que conviniese. No debió llegar más adelante la cosa, por cuanto ningún acuerdo más relativo a ello figura en los libros de actas.

#### IV

##### LAS INFORMACIONES DE LIMPIEZA DE SANGRE.—EL EXPEDIENTE

Ya hemos visto líneas más arriba que el Cabildo indicó a Solano que cuando quisiere podía dar memoria de sus padres y abuelos para proceder a practicar las informaciones de limpieza de sangre. Cumplió este requisito el 25 de noviembre de 1652, y el mismo día personóse ante el notario apostólico Juan Alonso Carámbano otorgando un poder a favor de D. Pedro Fernández Pretel, para que pudiera examinar testigos y hacer las diligencias necesarias en los lugares que se le indicase.

Con posterioridad a este poder—6 de diciembre—el Cabildo nombra

---

(1) *Acta del Cabildo canónico* de 23 de noviembre de 1652.

informante al mismo Pretel, cometiendo a los canónigos D. Juan Benítez Montero y D. Diego de Olmedo para que le entreguen—una vez examinada por ellos—la memoria de padres y abuelos que Solano de Figueroa dió al Cabildo.

Las informaciones, según la instrucción entregada a Pretel, debían practicarse «en la villa de Cáceres y otras partes que sea necesario». Además de las cuatro preguntas generales hay otra concreta, que consta de nueve puntos, en los cuales debía preguntarse a los testigos si conocieron:

1.º Al doctor Juan Solano de Figueroa y doña Catalina de Soto, vecinos y naturales *que fueron* de Jaraicejo.

2.º A Francisco Solano Altamirano y doña Catalina de Figueroa, abuelos paternos, el primero natural de Jaraicejo, la segunda de Cáceres.

3.º A Francisco Altamirano Solano y doña N. [sic] Muñana, bisabuelos paternos.

4.º A García de Altamirano y Rodrigo de Altamirano, ascendientes de Francisco, bisabuelo paterno.

5.º A Francisco de León y a Leonor de Figueroa, padres de Catalina de Figueroa, abuela paterna.

6.º A Juan Durán de Figueroa, padre de doña Leonor de Figueroa y nieta de Catalina de Figueroa, descendientes de los Durán de Figueroa, conquistadores de Cáceres.

7.º Al licenciado Juan Pulido de Soto y Francisca Fernández Cortijo, abuelos del pretendiente.

8.º Si saben quién fué la madre del Pulido y los padres de Francisca, dónde vivieron y cómo se llamaron.

9.º Si saben algo más.

Con estas instrucciones concretas púsose en camino Pretel, dirigiéndose primero a Jaraicejo, en donde permaneció desde el 31 de diciembre de 1652, hasta el 14 de enero del año siguiente, trasladándose el 15 a Deleytosa hasta el 22, pasando por Cabañas, Roturas, Torrejón, Nabayuelas y Robledo, para llegar a Cáceres el 8 de enero.

El total de testigos examinados fué cuarenta y tres, de los cuales nueve fueron mujeres, y los treinta y cuatro restantes caballeros principales, familiares del Santo Oficio y gente de viso, cuando no ancianos que pudiesen testificar de hechos bien antiguos.

El día 28 de enero reúnen los canónigos de Badajoz, llamados *ante diem* «para ver las informaciones de limpieza de sangre del señor Doctor Don Juan solano de figueroa Canonigo electo penitenciario de esta santa Santa [sic] Yglesia Y auiendolas visto las aprobaron y dieron por buenas segun el estatuto de esta santa Yglesia. Y mandose dar posesion de dicha canongia al Doctor D. Juan solano estando en esta ciudad o a persona que su poder tenga para ello».

El acta de Cabildo canónico de 1 de julio de 1653—fecha de la posesión—es más expresiva de lo que nosotros pudiéramos decir, y tanto por ser la única fuente utilizable como porque consigna todos los detalles necesarios,

nos limitaremos a copiarla: «Este dicho día y Cabildo Juntos y congregados capitularmente dichos señores, entro en la sala del Cabildo el señor Doctor Don Juan solano de figueroa, y puesto de rrodillas ante el señor Licenciado D. Phelippe de la plaça Dean y canonigo hizo el Juramento que acostumbran hazer los señores prebendados antes de tomar possession auriendose hecho salio acompañado del D<sup>or</sup> D. Juan de la Guerra Canonigo a quien toco dar la possession Y entrando en el choro desta Santa iglesia en vna silla de las altas del dicho coro del señor Dean donde se sientan los señores prebendados, dicho señor Doctor D. Juan de la Guerra en nombre del Cabildo canonico desta santa yglesia y por ante mi el infrascrito nottario Secretario dio al dicho señor Doctor Don Juan solano de figueroa la possession de la canongia penitenciaria desta dicha santa Yglesia y el la tomo actual y realmente y aprehendió quieta y pacíficamente sin contradiccion alguna sentado en la silla quarta en orden, contando desde las menos antiguas y derramo monedas sobre las cabeças de muchas personas que se hallaron presentes, en señal de que tomaba dicha possession Y auiendo buuelto a la sala de Cabildo tomó en el asiento asimismo de todo lo qual pidio se le dicesse el testimonio.»

## V

### PRIMEROS SERVICIOS Y ENCARGOS DEL CABILDO.—INFORMACIONES DE ALONSO XIMÉNEZ

Una vez posesionado de la prebenda quiso cumplir exactamente sus obligaciones, y en 10 de octubre anunció al Cabildo que había hablado con el obispo —y a éste le satisfizo la pretensión— para leer la materia de *orís canonicis* por la tarde, después de completas. «El cabildo —dice el acta— estimó este cuydado y acordó que la Licion sea en la capilla de nuestra señora de Botoa, a la hora referida, en el interin que viene el señor Doctor D. Juan Benítez Montero, Canónigo de lectura de Sagrada Escripura más antiguo, que se halla fuera de esta ciudad.»

Al año siguiente el Cabildo encarga a Benítez Montero y a Solano —10 de febrero— que hagan un interrogatorio para las probanzas en los expedientes de limpieza de sangre, y poco después —3 de marzo— le comisiona para que examine las cuentas que ha presentado el canónigo señor Viguría de los gastos hechos por él para practicar las informaciones del electo Sr. Buitrago. Juró Viguría ante Solano, y aprobáronse las cuentas sin otro incidente.

El Cabildo continúa honrándole con nuevos encargos y comisiones. El día 11 de mayo eligiéronle en votación secreta para que sea juez informante de las pruebas del licenciado Alonso Ximénez, concediéndole una gracia que antes no había alcanzado nadie, y era que pudiese llevar con-

sigo a un ministro de la Iglesia en calidad de ayudante, y que el puntador no le punte desde el día en que saliere.

El viaje duró desde el día 14 de mayo hasta el 1 de junio, y las informaciones fueron aprobadas entre este día y el siguiente. Aquí hubo un leve incidente, que por lo visto se subsanó con facilidad, y es que mientras el doctor Solano aseguraba que había tardado diez y seis días en el viaje, el doctor Benítez Montero porfiaba que eran sólo catorce y medio. Y ya durante este año no vuelve a hacerse mención en los libros de actas de nuestro canónigo, caso raro por los graves acaecimientos que ocurrieron, como en el párrafo siguiente podrá apreciar el lector.

## VI

### DEL CORO A LA CÁRCEL.—PROCESO Y PRISIÓN DE SOLANO DE FIGUEROA

Corría el mes de diciembre de 1654. D. Juan Solano de Figueroa, lograda sus aspiraciones y tocando el envidiable puesto que tanto había deseado, distribuía las horas entre los asuntos religiosos, la predicación y el ameno, honesto y recreable trato con las musas. Bienquisto con sus compañeros de Cabildo, con abundante material inédito para poder hundir las manos hasta los codos en la historiografía y en la erudición, reposaba, plácidamente divertido en sus tareas cotidianas, los años de estudio e intranquilidad que le costó alcanzar la prebenda.

Ese ambiente de sosiego y quietud vino a romperse súbitamente por un ruidoso asunto que dió bastante que hablar en aquellos años, y que guarda gran semejanza con el célebre parto de los montes. En efecto, de una parte la ridícula tozudez del fiscal eclesiástico, y de otra la necesidad de un obispo vanidoso e inconstante, hicieron el más grande y ridículo aparato de una tontería realmente intrascendental.

Es el caso que predicando Solano y Benítez Montero (1) dos sermones de Adviento del año 1654, sin estar presente el obispo dieron salutación verbal al Cabildo diciendo «ilustrísimo señor». Interpretó el fiscal eclesiástico este título como mal aplicado, y denunció a los presuntos culpables

---

(1) D. Juan Benítez Montero, hombre que unía a sus muchas letras un talento nada común y una religiosidad ejemplar, fué natural de Cabeza de Buey (Badajoz); cursó estudios en Salamanca, en donde fué colegial teólogo de la Universidad, mayor del de Cuenca, catedrático de Artes en la misma Universidad, canónigo de Badajoz, deán de Granada, predicador de S. M., calificador del Consejo del Santo Oficio de la Inquisición, obispo electo de Gaeta y otros diversos títulos y dignidades que acreditan su suficiencia y cordura. Escribió unas *Ordenanzas eclesiásticas y militares, en que se proponen las más principales obligaciones de los capellanes que en este real ejército de Extremadura sirven a S. M.*; raro impreso de 14 hojas en folio, s. l. n. a., aunque supongamos sea de Badajoz y 1659, y unos *Tratados militares que contienen la jurisdicción eclesiástica que tienen los vicarios generales de los ejércitos de mar y tierra de S. M.*, etc., impresos en Madrid por Melchor Alvarez, 1679, y otras varias obras.

por haber incurrido —según él— en crimen de lesa dignidad episcopal. Si la cosa no hubiera pasado de aquí, quedaría tan sólo la impresión de una ridiculez necia del fiscal; pero, desgraciadamente, patentizóse la mala fe, producto tal vez de la envidia, que animaba los actos del «celoso» defensor del fuero jerárquico.

Al tercer día de pronunciarse los malhadados sermones convocó el obispo López de la Vega (1) a todos los prelados de las ordenes religiosas que a la sazón había en Badajoz para ponerles en autos de lo que ocurría y aconsejarse de ellos. Un poco preocupados ya Solano y Benítez Montero acudieron para evitar torcidas interpretaciones que pudieran darse a sus palabras al ver al señor obispo, y «ofreciéronse con rendimiento, escusáronse con humildad, protestaron y juraron no auerlo hecho con intención torcida, sino por vrbanidad voluntaria». Pues, a pesar de esto, López de la Vega despachó de su misma mano mandamiento de prisión para ambos, y allá los tuvo veinte días: los doce primeros con dos guardas a la puerta, y los ocho últimos sin poder ir a otra parte más que a la iglesia, *viarecta*, con censuras de *lata sententie*.

No contento aún con esto, les prohibió que durante tres meses salieran de Badajoz. Más aún: dieron fianzas que, a juicio del notario, bastaban y sobraban para su abono; pues el obispo no consintió en soltarles hasta que dieron otras, ya de las que no se podía dudar.

El pleito, que debió de comenzar a mediados de diciembre de 1654, fué dilatándose y creciendo. Pasó el invierno, pasó la primavera y pasaron el otoño y el verano de 1655, sin que se resolviese. Antes al contrario, cada vez crecía más el fuego, alimentado en julio por el licenciado Pedro del Alamo con la publicación de un libelo infamatorio (2) que pretendía ser un razonado extracto de las acusaciones contra el penitenciario y el magistral, y no resultaba más que una grosera invectiva contra hombres de la talla

---

(1) «D. Diego López de la Vega, penitenciario de Cuenca, natural de la villa de Tortuera, obispado de Sigüenza, hijo de D. Diego López y doña Magdalena de la Vega, familia noble de aquel país. Estudió Filosofía y Teología en Alcalá, donde obtuvo grados de licenciado y doctor, con cátedra de Artes; fué colegial del Mayor de San Ildefonso, y de allí salió a cura de Romanzón, y después a Abarca, del arzobispado de Toledo, de donde pasó a penitenciario de una de las iglesias de Galicia. Tomó posesión de esta silla, a 12 de noviembre de 1649, en su nombre el deán D. Felipe de la Plaza, y entró en la ciudad el 26 de marzo del [16]50. Y después de haber hecho la visita de su obispado y gobernádole a satisfacción de sus súbditos hasta 1657, le promovió S. M. al de Coria, del que tomó posesión en 2 de junio de 1658, y al año siguiente, estando en Cáceres, murió en 5 de junio, y fué enterrado en la capilla de D. Juan Velázquez, en la parroquial de Santa María.» Ascenso de Morales, *Crisis histórica de la ciudad de Badajoz*. Badajoz, Imp. Arqueros, 1908, pág. 273.

(2) «† Diligite iustitiam, qui iudicatis terram. Sapient. cap. I. | Por | El fiscal eclesiástico | de la Audiencia Episcopal de la | ciudad de Badajoz. | Con | Los Doctores Don Ivan Benítez | Montero, Canonigo Magistral de Escritura, y Don | Juan Solano de Figueroa, Canonigo Penitenciario | de la Catedral de dicha Iglesia, que salieron | a la causa.»

Está fechado el texto en Badajoz, a 28 de julio de 1655, firmado por el licenciado Pedro del Alamo. En folio, 22 hojas, s. l. n. a.

No hemos podido encontrar de este rarísimo papel más que dos ejemplares, uno — que no hemos visto — puesto a la venta en 1916 por la casa García Rico y Compañía de Madrid, y otro existente en el Archivo Diocesano de Badajoz.

intelectual de ambos, cada uno de los cuales valía más que el ridículo fiscal y el necio obispo juntos.

Como se ve, la idea no podía ser más ruin. Ninguna ventaja traía al pleito la publicación del opúsculo, y sí sólo ofensa para los interesados y el Cabildo, a quien se suponía veladamente cómplice del desacato.

El folleto está firmado por el licenciado Pedro del Alamo, y fechado en 28 de julio de 1655. Al publicarse, la paciencia de Solano rebosó de sus límites y no pudo esperar más. Tomó la pluma y deshizo materialmente a su adversario en otro opúsculo que intituló *Satisfacción al memorial que ha publicado el fiscal eclesiástico*, escrito en 27 de diciembre del mismo año (1). Ambos opúsculos son tan raros que valía la pena reproducirlos íntegros si su dilatada extensión no embarazase estas notas con el grosor de su volumen.

La defensa de Solano y Benítez Montero está firmada por el primero, y al final se anuncia una que con mejores discursos dará a estampa el magistral D. Juan de la Guerra (2). Ni manuscrita ni de molde hemos podido haberla, cuyo raro desconocimiento, no sólo nuestro, sino general, nos adelanta la sospecha de su inexistencia.

Son esos dos citados opúsculos las únicas fuentes que tenemos para el conocimiento del pleito, porque no se conserva el original ni en el Archivo Diocesano ni en el de la catedral de Badajoz, en cuyos libros de Cabildo no hay tampoco antecedente alguno sobre la cuestión. Extractaremos, pues, brevemente algunas notas del escrito de Solano de Figueroa para que el lector pueda darse más exacta idea del asunto, entresacando, no las notas de doctrina, sino las que prestan principalmente un interés biográfico:

«Con ocasión de haber dado venia verbal al Cabildo diciendo ilustrísimo señor en dos sermones del Adviento del año de 1654 en ausencia del Sr. D. Diego López de la Vega, obispo de Badajoz, se dió principio a este pleito, pretendiendo el fiscal haber incurrido los dos predicadores en crimen de lesa dignidad, y que como tales habían de ser castigados e inhibidos ellos y los demás predicadores de poderla dar a los señores deán y Cabildo en ningún tiempo. Y porque las razones de una y otra parte están deducidas al fuero contencioso y a él reservadas las alegaciones de justicia, no se pretende en este memorial esforzar ni disminuir el derecho de cada una, sino solamente satisfacer al impreso que sobre esta-

---

(1) «† Non respondes quicquam? vide, in quantis te accusant. Marc. 15. Satisfacion | al | Memorial que ha publicado el Fiscal Ecclesiastico de la Audiencia Episcopal | de Badajoz. | contra | Los Doctores Don Iuan Benítez Monte ro, Canonigo de Escritura, y Don Iuan | Solano de Figueroa, Canonigo Peniten- | ciario, y el Dean, y Cabildo de la | Santa Iglesia de dicha Ciudad.»

En folio, 40 hojas, s. l. n. a. de impresión. Fechado en Badajoz, 27 de diciembre de 1655,

Papel tan extraordinariamente raro como el anterior. Sólo conocemos dos ejemplares, uno en el Archivo Diocesano de Badajoz y otro que enriquece nuestra modesta biblioteca.

(2) «A cuya defensa [de Solano y Benítez] saldrá con mejores discursos, y fundamentos, otra respuesta del Doctor don Iuan de la Guerra, Canonigo Magistral de esta Santa; y Calificada Iglesia...», § 83.

causa ha divulgado el fiscal en este mes de noviembre, firmado del licenciado Pedro del Alamo en 28 de julio de 1655. Y aunque sea cierto que es más difícil el responder que el acusar (como de sentencia de Cicerón decía Quintiliano, lib. 5, *Institut. orat., cap. 13. Difficilius semper est creditum, quod Cicero saepe testatur, defendere, quam accusare*), tiene, empero, la razón tantas fuerzas que sabrá ella sola deshacer numerosas tropas de calumnias. Y para que se proceda con claridad se pondrán los cargos y doctrinas más principales que el fiscal alega para que entre unas y otras se atienda la verdad con lisura y se mire la razón sin antojos. Introduce, pues, y propone el caso con las palabras siguientes:

Predicando el doctor D. Juan Benítez Montero el segundo domingo de Adviento y el doctor D. Juan Solano de Figueroa el tercero del año pasado de 1654 en la catedral, en ausencia del señor obispo, a la introducción del sermón, dieron al Cabildo, que asistía, la salutación verbal diciendo «ilustrísimo señor», que se da sólo a los señores obispos cuando se hallan presentes.

Este es el caso, o como los juristas hablan, la especie del hecho. Pero antes que le ajustemos con lo sucedido y sus circunstancias es reparable que se haya dado a la estampa el memorial para repartirle entre los ilustrísimos señores arzobispos y obispos de las santas iglesias de estos reinos, sólo a fin de que tengan noticia de lo que ha sucedido en Badajoz, y por este camino intentar el deslucimiento de esta santa y calificada iglesia y sus prebendados. Porque cuando se imprimen memoriales de pleitos es cuando el proceso está sustanciado y en estado de sentencia, y éste por quien el fiscal alega está por ahora diminuto por no haber llegado a hacer su probanza el Cabildo ni los llamados reos.

Lo otro, porque cuando papeles semejantes se imprimen y reparten es con ocasión de que el juez que ha de sentenciar la causa se halle más asistido de razones, doctrinas y adminículos que le motiven e inclinen a la justicia de la parte que los ofrece. Habiéndole, pues, de sentenciar el ordinario de Badajoz (como juzga que le pertenece), ¿para qué ha permitido a su fiscal que se gaste en discursos y prensas? Porque para inclinarle son ociosos y para advertirle no son nuevos, pues son las mismas doctrinas que para este fin tiene, días ha, vistas y premeditadas.

Luego el haber impreso y repartido su memorial a Tribunales donde no se ha de sentenciar la causa sólo ha nacido de un buen deseo de que se extienda el hecho y su noticia por los obispados del reino. Y debiera reparar que aunque fuese delito conocido bastaba el ser doméstico para no divulgarle a los extraños, porque, como dijo el abad Ruperto de Joseph, lib. 9, in *Genes.*, cap. II, in medio, *Bene ergo praeceperat, ut egrederentur cunctiforas; ut nullus interesset alienus cognitioni mutuae: non enim alienis iam communicanda erat domestici notitia sceleris*. Conocido, pues, el intento comienza a flaquear el edificio, porque cuando la intención es torcida más destruye que obra.»

Después de este preámbulo comienza ya a rebatir las razones del fiscal

punto por punto y con una copia de erudición asombrosa. Alamo dice que les había oído predicar muchas veces, y que en ninguna habían dado el título de ilustrísimo señor al Cabildo. A lo que responde Solano: «El Doctor don Juan Solano, las veces que había predicado al Cabildo solo, habían sido dos no más. Una en la Catedral, el día de la Concepción de nuestra Señora, a ocho de diciembre del año 1653, y otra el tercero día de las rogaciones o letanías, en San Andrés, del año 1654, y en estas dos veces solas (que al fiscal parecen muchas) dió el mismo Canónigo la misma salutación verbal de ilustrísimo señor al Cabildo, como tiene declarado en su confesión.

Y es muy digno de reparo que el Fiscal no profetice lo que no ha llegado, sino que no vea lo que está escrito en el proceso. Añádese que en el Sermón que predicó dicho Canónigo en la oposición de la Canongía Penitenciaria, que posee, que fué Miércoles 20 de Noviembre del año 1652, y presidiendo estos actos en nombre del dicho Señor Obispo ausente su hermano, el Licenciado Don Lucas López de la Vega, Provisor entonces de este Obispado...», dió idéntica salutación.

Táchalos luego el licenciado Alamo de que no fueron en seguida a ver al obispo y pedirle perdón, y responde nuestro canónigo: «el Domingo 13 de Diciembre se predicó el Sermón de la tan ruidosa venia, y el Martes 15 del mismo ya se examinaban testigos. ¿A qué habían de acudir los canónigos?» Y como dice también que se usó con ambos de gran blandura y que de ella sacaron mayor incentivo para su dureza: «...¿Pero qué reveses serían éstos de los Canónigos, que el Fiscal les tira tantos tajos? Porque ellos no volvieron a Predicar, ni lo han hecho en un año continuado que há que comenzó este pleito, y así, ni han repetido el delito, ni han tenido ocasión para reiterar la venia.

En el suceso no han hablado sino es judicialmente, por descargos; no han sido actores demandantes en esta causa, sino reos demandados. ¿Pues qué sucedió al revés? Que de esta blandura sacaron mayores incentivos para su dureza. Esto sí que es al revés, porque de la misma dureza sacaron mayores incentivos para la blandura. Al tercero día después del Sermón del pleito se llamaron los Prelados, se convocaron los Predicadores, se fulminaban los cargos, se examinaban testigos. Esto llama blandura el memorial.

Veamos la dureza de los Canónigos. Ambos, aunque cada uno de por sí, fueron a besar la mano al señor Obispo; ofreciéronse con rendimiento, escusáronse con humildad, protestaron y juraron no haberlo hecho con intención torcida, sino por urbanidad voluntaria estilada en otras Santas Iglesias, y tolerada en esta de Badajoz. Asseguraron que el Cabildo no era cómplice en el cuidado, ni aun servido en la ceremonia. Promovieron de no volver a dar venia verbal al Cabildo, porque este tan antiguo como ilustre de Badajoz, hace más aprecio del gusto de sus Prelados que de sus propios pundonores. Y, en fin, no les faltó circunstancia para hacer un acto de contrición a lo humano, pues confesaron que les pesaba el hecho solo por el disgusto que el señor Obispo había recibido, y prometieron de no volverlo a hacer...»

«... Antes, como si el rendimiento fuera agravio, despachó de su misma mano mandamiento de prisión, en que estuvieron veinte días, los doce con dos guardas y los ocho sin poder ir a otra parte más que a la Iglesia vía recta, con censuras de lata sententia, y después la ciudad por cárcel más de tres meses, hasta que el Superior dió letras para su soltura, con que diesen fianzas. Y habiéndolas dado a satisfacción del Notario de la causa (a cuyo ricsgo se suelen recibir) no quiso su Señoría pasar por ellas, hasta que dieron otras de mayor abono. Estas fueron las blanduras y estas las durezas; cuyas fuesen, ya lo dijo el Fiscal, pues asegura que sucedió al revés.»

Como puede ver el lector, el caso no hay modo de explicarlo sino como una saña e inquina contra el doctor Solano por parte del fiscal y del obispo. No hay realmente motivo, ni el agravio es tan grande como para tan tenaz persecución. Hemos conjeturado que la sentencia —absolutoria— debió de darse a fines de 1655 o en los primeros días de 1656, porque en 19 de enero aparece en el acta de Cabildo canónico comisionado para que vea ciertos documentos del doctor D. Juan de la Guerra y dé sobre ellos su parecer por escrito si a causa de estar enfermo no pudiera darlo verbalmente (1).

## VII

### NUEVOS ENCARGOS.—PARTIDA DEL OBISPO LÓPEZ DE LA VEGA.—SU CARTA AL CABILDO

A mediados de 1656 falleció el canónigo magistral D. Juan de la Guerra, y el Cabildo puso edictos para proveer la prebenda. No se presentó más que un opositor, D. Gregorio de Pablo, y en 19 de septiembre examinó Solano, con el también canónigo D. Diego de Olmedo, los títulos que presentaba el aspirante. En la misma sesión de Cabildo se le nombró para que,

---

(1) Además de las *Actas del Cabildo canónico* correspondientes, hemos tenido presente al confeccionar estas cuartillas el original del *expediente* que describimos a continuación. Se halla en el Archivo de la S. I. C. de Badajoz, y es un cuaderno en folio, de 136 páginas, sin numerar; letra de mediados del siglo XVII y en buen estado de conservación. En la primera página tiene puesto: «Ynformaciones fechas en la uilla de xaraycejo y las de deleytossa y cazeres de la jenea- lojia, Origen y aszendencia del Doctor Don Juan Solano de figueroa, Comissario del ssanto Oficio de la ynquisicion de Ilerena, A quien sus señorías los señores Canonigos in sacris y cauildo de la ssanta yglesia cathedral de la ziudad de badajoz [han] Electo por canonigo penitenciario de dicha ssanta yglesia. // Iuez Comissario Para ellas Por sus señorías dichas los señores canonigos, El Señor Don Pedro Fernandez Pretel, chantre y canonigo de dicha ssanta yglesia.»

Hay copias de las partidas bautismales de Solano y de su madre, un poder otorgado por éste ante el notario apostólico Juan Alonso Carámbano en 25 de noviembre de 1652 a favor de Pretel, un auto del Cabildo nombrando al mismo juez informante, el texto de las informaciones, la aprobación por el Cabildo en 28 de enero de 1653 y el informe secreto y favorable de Fernández Pretel.

Deponen cuarenta y tres testigos, cuya nota detallada se pondrá en los *apéndices* al presente trabajo.

con D. Juan Benítez Montero, le arguyesen durante media hora cada uno el día 21, a las nueve de la mañana. Por causas que no se expresan en el acta correspondiente mudóse la hora, pues arguyeron de cuatro a cinco de la tarde. Aprobados los ejercicios, dióle posesión de la canonjía el día 8 de febrero de 1657.

Nombrado Benítez Montero para salir a hacer las informaciones de limpieza de sangre del nuevo prebendado, al terminar su misión y aprobar los cánónigos el expediente que formó, fué designado el autor de la *Historia eclesiástica* para que, junto con el canónigo Sr. Olmedo, le tomasen la cuenta de los días invertidos, en 11 de abril.

Debió de permanecer en Badajoz hasta mediados de noviembre — 19 , en que salió comisionado por el Cabildo a hacer las informaciones del nuevo canónigo D. Luis Pérez, en las que probablemente tardó tres o cuatro días, porque al presentarlas el 24 ya hechas las aprobaron sus compañeros.

Por entonces hizo las paces con el obispo D. Diego López de la Vega, que tanto daño le hizo cuando su famoso pleito, y aun quizá no aventurásemos mucho al decir que ambos se hicieron buenos amigos, porque si no se nos haría muy difícil comprender cómo pudo desempeñar bien los cargos que había de encomendarle después el Cabildo.

En 18 de abril de 1658 se leyó allí una carta del canónigo Buitrago, maestrescuela, que se hallaba a la sazón en la corte, comunicando que al actual obispo se habían dignado nombrarle de Coria en 26 de enero último, para que el Cabildo acordara lo que había de hacer. Como la noticia era privada, determinó que hasta la primera reunión después de Pascua no se hablara de sede vacante para nada. Pero como el 25 recibieran noticias oficiales, el 26 no hubo más remedio que comisionar a D. Martín Calderón Hurtado y a Benítez Montero para que fueran a ver al obispo y le notificasen que en el correo pasado llegó a Badajoz el aviso —con testimonio— de que S. M. le había nombrado obispo de Coria, pidiéndole, en nombre de todos, permiso para poner sede vacante, y que aun después de puesta se sirva su ilustrísima, si quiere, de la jurisdicción que tiene el Cabildo.

Esto, que pudo ser formulismo cortés, lo aprovechó el obispo en su favor, e indicó a los comisionados que estaba dispuesto, agradeciéndolo, a hacer uso de la facultad que le conferían los capitulares. Así lo manifestó al enviado D. Gregorio de Pablo, y así lo patentizó éste al Cabildo, el cual ordenó que —precisamente los antiguos enemigos suyos— Solano de Figueroa y Benítez Montero dispusiesen el título con arreglo al cual López de la Vega había de ejercer la jurisdicción ordinaria.

Llevóle el mismo De Pablo en la mañana del 27 el documento, y en la tarde leyóse la contestación del obispo, concebida en los siguientes adula-dores términos:

«Por todos Caminos experimento Las credidas honrras que VS<sup>a</sup> se sirue de haçerme Pues dando exemplo a las demas Santas Yglesias Cathedrales de lo mucho que estima a sus Prelados y del gusto Con que los obe-

deçe (no solo *quando* actualmente lo son sino tambien *quando* se ausentan) ha querido priuarse de la Jurisdiccion hordinaria que por derecho le toca que esta la sede vacante Resignandola toda en mi para *que* como Gouernador del Obispado la administre los dias que estuuire en el.

De que estoi tan reconoçido que me faltan palabras *para* manifestar el aprecio *que* hago de accion tan lustrosa y aunque en este exercicio se me ofrecen algunos reparos (fuera de la Ocupacion) quando necesito del tiempo para aYustar algunas cosas familiares Todos los venço y de todos me oluido por mostrarme agradeçido al fauor que VS<sup>a</sup> me ha hecho en fee de lo cual podrá correr este negoçio en la forma que VS<sup>a</sup> lo tiene dispuesto a *quien* Guarde Dios en su grandeza con las felicidades que deseo. Badajoz y Abril 27 de Abril [*sic*] de 1658.=El Obispo de Coria.»

### VIII

SOLANO, VISITADOR DEL OBISPADO.—NOMBRAMIENTO Y MUERTE DE CASTILLO  
ARTIAGA.—DIVERSOS VIAJES POR LA PROVINCIA

En vista de la carta se aprobó la resolución de López de la Vega, y copiósse en acta el título en virtud del cual ejercía la jurisdicción ordinaria, que correspondía a los canónigos, firmándola «Diego, Obispo de Coria». A los dos días pidió que se le enviase memoria de los oficios que nombra el Cabildo sede vacante, y lleváronse la Solano de Figueroa y D. Gregorio de Pablo. Poco después salía D. Diego López de la Vega a tomar posesión del obispado de Coria, en donde hubo de morir.

Hiciéronse las elecciones para desempeñar los oficios durante sede vacante, y eligieron a nuestro canónigo para «visitador general deste Obispado Con las reseruas *que* El Cabildo a hecho de la visita de monxas desta çuidad Y la de las villas del Ducado de Feria *que* se reseruo para el *señor* Doctor Don Juan Benitez Montero Canonigo *que* la está execiendo.» Aceptó y juró el nombramiento para visitar el convento de la Madre de Dios de Valverde, por haber renunciado a hacerla los canonigos D. Gregorio de Pablo y D. Pedro Fernández Pretel, a quienes se había comisionado con anterioridad para ello, y encomendósele también el examen de la causa de una doña Mariana de Alvarado, monja, que se hallaba depositada en el convento de los Remedios.

Con este cargo permaneció bastantes meşes fuera de Badajoz, recogiendo apuntes, datos, noticias y documentos para la magna historia eclesiástica que preparaba, viendo también los estragos y despoblados que iban dejando tras si las tropas castellanas y portuguesas en sus frecuentes combates.

Volvió a Badajoz en la primera quincena de septiembre, cuando nom-

braron obispo a D. Diego del Castillo y Artiaga (1). Este buen sacerdote no pudo entrar en Badajoz por motivo de la guerra, a la sazón empeñada con los portugueses, y hasta que se apaciguase la contienda permaneció en Zafra, en cuya ciudad le sorprendió la muerte el día 22 de septiembre de 1658.

Procedióse a la elección de cargos —sede vacante—, y otra vez fué nombrado visitador general del obispado, aunque ya sin las restricciones impuesta otras veces. En este año se multiplican las peticiones para ingresar en los conventos de monjas, lo que da lugar a varios incidentes, a pesar de que los canónigos observan gran tiento y cuidado en las elecciones. Uno de los más desagradables fué sin duda el de la abadesa del convento de Santa Lucía, que tuvo que ser excomulgada por el Cabildo, dando—26 de octubre—facultad a Solano para que si a las dos horas de notificado el acuerdo no sale dicha señora del convento se persone en él acompañado de los que crea convenientes y la saque del claustro si opusiere resistencia.

Por el mes de octubre había sido hecha elección de deán, que recayó en D. Alonso García Siliceo, el cual hubo de presentar las bulas y títulos que traía, encomendándose a Solano que las examine y autorice o deniegue con su dictamen. Es éste —31 octubre—favorable.

Días después comenzó los preparativos de su viaje, en visita oficial —obligada, según su cargo— a Jerez de los Caballeros. Comisionóle el Cabildo para que desde Jerez fuese a Fregenal a nombrar monja abadesa en el convento de la Paz. Habiendo por aquellos días—4 de noviembre—escrito a la catedral doña Ana de Maldonado, monja vicaria del convento de la Consolación de Jerez, sobre que su compañera doña Teresa de Manuel había entrado en religión como seglar y con la circunstancia de tener menos de la mitad de votos, en contra de lo decretado diversas veces, acordaron los canónigos que se le responda indicándole como «el Señor Doctor Sola-

---

(1) «Ocupó la silla D. Diego de Castillo y Artiaga, natural de Navarra, hijo de D. Pedro del Castillo y D.<sup>a</sup> Ana de Artiaga, bien conocidos en aquella Ciudad por su nobleza; estudió en ella Filosofía y Theología, y habiendo pasado a Alcalá fué colegial del Colegio de Málaga, cuya beca obtuvo por oposición, y después cátedra de Artes en la Universidad. Fué primero rector de su colegio, y graduado de Licenciado y Doctor, obtuvo la Magistral de Avila, donde fué Vicario, y dando a conocer su ingenio en los dos libros que dió a la prensa, el uno de *Vestibus et ornatu Araonis*, y el otro *Alphabeto Mariano*, le presentó S. M. para el Obispado de Cartagena de Indias, en 1652, que no aceptó. Dióle después, en 53, el de Trujillo en el Perú; y despachadas las bulas, le promovió primero al Arzobispado de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada en 55, y luego al de Badajoz en 57, del que tomó posesión por medio de D. Cristóbal de Mora, Arcediano de Jerez, en 14 de junio del 58. Duraba aún el sitio de la plaza, y no pudo venir a ella, pues a poco de entrar en la diócesis murió en Zafra, en 22 de septiembre, y fué sepultado en la Colegiata.» Ascensio de Morales, *Crisis histórica*, ed. cit., págs. 273-4.

«Año 1658. — Don Diego del Castillo y Artiaga. — Fué Magistral de Avila, electo obispo de Trujillo y arzobispo de Santa Fe en Indias. Le dieron el obispado de Badajoz, cuya posesión tomó por poderes el 14 de junio de 1658. Por estar sitiada la plaza de Badajoz por los portugueses, no pudo entrar en la capital de su diócesis, quedándose en Zafra.» Diego Suárez de Figueroa, *Historia de la ciudad de Badajoz*. Badajoz, 1916, pág. 106.—Sobre este libro y su rareza, cfr. nuestro estudio *Una bibliografía inédita de Cristóbal Suárez de Figueroa*, in *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 1929, II.

no, Visitador lleua comission para informarse y hazer la eleccion. Y dieron comission al dicho Señor Solano para que lo ejecute y componga, y no haga escrupulo de excomunion».

Como puede verse, la confianza que Solano inspiraba al Cabildo era bastante grande. Puede decirse que a él se encomendaban cuantos asuntos difíciles y delicados se llevaban al seno de la catedral. Basta examinar los libros de actas de aquellas fechas para convencerse de ello.

Hasta finales de 1658 debió estar de viaje, pues en 19 de noviembre acuerda el Cabildo que amoneste a los sacerdotes para que cumplan con su obligación de confesar a los muchos soldados enfermos que había, y algo más tarde, por una sesión de 12 de diciembre, consta que se hallaba en Jerez y en Villalba de los Barros todavía.

Por entonces o poco antes debió de estar en Fregenal de la Sierra y en Llerena, puesto que así parece desprenderse de dos pasajes de la *Historia eclesiástica* (1). Lo cierto es que a principios de 1659 se hallaba ya en Badajoz, y que el Cabildo le encargaba, con D. Martín Calderón Hurtado, el examen de los opositores al vacante curato —4 de febrero— de Solana de los Barros. Diez días después cumplieron su misión, y al siguiente nombróse cura de Solana a D. Alonso Pérez de Belmonte.

Volvió a salir de visita en la primavera. El 27 de mayo estaba en Alburquerque, desde donde pide facultad para poder instituir confesores, la cual le fué concedida.

## IX

EL NUEVO OBISPO ESPARZA.—TOMA POSESIÓN SOLANO EN SU NOMBRE.—OPOSICIONES A LA MAGISTRAL.—SE OPONE SOLANO.—RENUNCIA.—PARTIDA DEL OBISPO.—DIVERSOS VIAJES.—OBRAS PUBLICADAS.—LAS CONSTITUCIONES SINODALES

A mediados de 1660 fué nombrado obispo de Badajoz D. Gabriel de Esparza (2), el cual escribió en 9 de mayo al Cabildo para que en su nombre tomasen posesión del obispado los canónigos Buitrago, Benítez Montero y Solano de Figueroa. Las relaciones de Solano con el obispo, origi-

---

(1) *Historia eclesiástica*, edic. Arqueros, pág. 52, hablando de Llerena dice: «Siendo visitador General del Obispado, el año 1659, asisti con este ejercicio en dicha ciudad algunos días...»; y en otro lugar, hablando de Fregenal, hace idéntica referencia. Estuvo en Valencia del Ventoso (pág. 49) y en varios puntos más.

(2) También este obispo era navarro, natural de Iturgoyen, hijo de D. Juan de Esparza y doña María Pérez de Izurdiaga. Morales, en su obra citada, dice que «habiéndolo conocido el señor D. Felipe IV, por haber servido de diácono en una misa pontifical ante S. M., agrado de su buena presencia, por la cual fué llamado el Buey hermoso de España, y constándole su suficiencia, lo presentó para el Obispado de Magoaganga». Como no estaba vacante ordenó S. M. que se le diese el primero que vacase, que fué el de Badajoz. Murió a 8 de enero de 1686 en Calahorra.

nadas tal vez por esta deferencia, fueron cordiales durante el tiempo que éste dirigió la diócesis.

Por entonces expiraba el plazo para la provisión de la canonjía magistral, vacante por muerte de D. Juan de la Guerra, y Solano se inscribió como opositor—«con determinadas circunstancias»—a dicha prebenda. En sesión de 13 de mayo pregunta el Cabildo a los opositores si permiten quedar en lugar y antigüedad inferior al Sr. Solano. Todos están conformes en ello, y los canónigos determinaron comunicar al obispo—14 de mayo—que el Sr. Solano se ha opuesto, y que ellos están «con resolución de que lea y predique, dándole puntos de media hora, assi en el sermón como en la lectura».

En la misma reunión leyóse una carta de la catedral de Sevilla recomendando al opositor D. Juan Jiménez Baroja. Esto quizá—unido a alguna otra circunstancia que desconocemos—fué causa de que se retirase—19 de mayo—Solano, pretextando que si se había presentado era únicamente porque no había opositores.

Durante los años 60 y 61 dedicóse casi exclusivamente a ordenar sus apuntes y escribir bastantes capítulos de la *Historia eclesiástica*, porque estas fechas de referencia a sucesos recientes se multiplican en diversos pasajes de ella. También debió recoger datos para la publicación de otras obras que se imprimieron poco después.

El obispo Esparza se marchó de Badajoz trasladado a Salamanca en los comienzos de 1662, y nombraron los canónigos—en la distribución de oficios sede vacante—a Solano vicario general del obispado, extendiendo su jurisdicción a las villas del ducado de Feria. El 11 de mayo aceptó el nuevo cargo y lo juró. Un mes justo después estaba en Zafra.

En sus viajes y visitas pudo Solano apreciar perfectamente los diversos episodios de la primera campaña de D. Juan de Austria, y aun tan cerca, tan cerca, que tuvo que asistir y confortar con los auxilios espirituales a muchos soldados y gente de guerra, de quienes uno de los más ilustres fué D. Gaspar de la Cueva, duque de Alburquerque, general de la Artillería, el cual—según carta que Solano escribió al Cabildo en 8 de noviembre de 1662—se hallaba en aquella fecha agonizando.

En el mismo año 1662 comenzó a dedicarse con un poco de más intensidad a los estudios eruditos, predilectos suyos. En efecto, en agosto escribió un extenso papel, procurando demostrar que podían rezarse en la santa iglesia catedral de Badajoz a San Próculo e Hilarión, naturales de Serpa, y a San Julián, natural de Mora (1). Si, como inspirado en los falsos cronicones, el folleto no tiene valor alguno, históricamente aporta preciosos datos y copia un interesante documento del siglo XIII, de deslinde de términos en la jurisdicción episcopal.

---

(1) Discurso en que se prueba poderse rezar en la santa iglesia y obispado de Badajoz a los santos mártires Próculo y Hilarión, naturales de Serpa, y a San Julián, natural de Mora. 11 folios en 4.º mayor., s. l. n. a., pero 1662.

Otra de sus publicaciones de aquella fecha fué el estudio genealógico de D. Juan de Figueroa y Vargas (1), fechado en octubre de 1662, del que se ha conservado un ejemplar, primero de nuestra biblioteca y después del *Centro de Estudios Extremeños*, en Badajoz. Por cierto que este ejemplar tiene curiosísimas notas adicionales, autógrafas de Solano. Ya hasta 1664 no publicó más que un *Discurso* para conseguir en Badajoz rezo a los santos mártires Vicencio, Oroncio, Víctor y Sisenando (2), y al siguiente —1665— dió a la estampa una de sus obras principales: la *Historia de San Jonás y otros santos naturales de Cáceres, en el obispado de Coria* (3).

Desde esta fecha en adelante escasean mucho las noticias biográficas de Solano. Apenas si su nombre aparece en las actas del Cabildo para otro asunto que no sea lo corriente. De esta época es precisamente de la que menos se sabe, por la enorme falta de datos que hay.

El 26 de mayo de 1667 el obispo escribió al Cabildo una carta consultándole sobre la conveniencia o no de nombrar un arcediano de Jerez de los Caballeros. Los canónigos acordaron que el Sr. Solano informase, dando éste —27— su opinión negativa, «por los inconvenientes que traería».

Pocos meses después fué trasladado el obispo (4) y el Cabildo nombró —2 de junio, 1668—, sede vacante, a nuestro canónigo visitador de las villas del ducado de Feria. Bien debían tratar en estos pueblos a los visitantes, porque recuérdese que Benítez Montero lo fué de allí hasta su muerte y Solano seguía la misma ruta.

En 1669 organizóse un octavario de San Pedro Alcántara en el convento de San Gabriel de Badajoz, y reputándole como a uno de los mejores predicadores llamaron a Solano, que pronunció una oración panegírica, cuyo texto nos es desconocido. De aquí en adelante no hace otra cosa casi sino sermones de santos y oraciones fúnebres. Auxilió mucho en las tareas eclesiásticas al nuevo obispo (5), que siendo catedrático de Salamanca había informado muy favorablemente una obra suya años antes.

Comprendiendo la gran importancia que para los estudiosos habían de tener forzosamente los libros de acuerdos del Cabildo canónico, fuente cla-

---

(1) Sin título. No tiene más que una cruz, e inmediatamente después el texto, fechado en Badajoz, 22 octubre de 1662. (*Centro de Estudios Extremeños*. Biblioteca. Signat. C., foll. 18 > número 562.)

(2) Consta su impresión, pero no hemos podido verlo, y por tanto dar la cédula bibliográfica.

(3) «San Ionás, Presbítero y Mártir, Apóstol, Predicador y Maestro de la noble y muy leal villa de Cáceres, y otros Santos, sus Hijos, y naturales del Obispado de Coria. Con privilegio. En Madrid. Por Joseph Fernández de Buendía. Año 1665, 8.º [16] + 278 + [10] págs.»

(4) Llamábase D. Fr. Jerónimo Rodríguez Valderas, natural de Ciudad Rodrigo. Tomó el hábito de mercenario en el convento de la Merced e Valladolid, año 1606. Fué arzobispo electo de Santo Domingo y luego de Jaén. Era hombre noticioso, erudito y de muchas letras divinas y humanas, acreditando con sus buenos libros la grandeza de su inteligencia.

(5) D. Fr. Francisco de Rois y Mendoza era natural de Madrid, hijo de D. Diego Rois y doña María Gamiz y Mendoza. Fué monje bernardo, tomando hábito en el monasterio de Valparaíso, año 1619. Estudió en Alcalá y fué catedrático de vísperas y prima en esta ciudad, y más tarde en Salamanca. Tomó posesión del obispado en 18 de octubre de 1668, siendo promovido para el arzobispado de Granada en 1672. Era escritor. Gallardo —*Ensayo IV*, 3.714— describe una obra suya.

ra en donde se refleja al detalle la vida de la catedral pacense durante todo el siglo XVII (1), propuso a los señores canónigos que en el archivo general se hiciese un apartado y se guardasen allí los papeles y documentos del Cabildo con tres llaves, teniendo esta medida por objeto evitar que desapareciesen preciados documentos cuya pérdida sería irreparable. Así lo acordó el claustro en sesión de 31 de diciembre de 1670.

En este mismo año dió a la estampa un *Sermón de San Juan de Mata* (2) que había predicado en el convento de padres Trinitarios de Badajoz. Como fué la primera fiesta que se hizo al santo en esta ciudad, fué también el primer sermón el que se predicó, y como bien dice en su aprobación el padre fray Pedro de Almendralejo, «quando la fiesta no huviera tenido tantos títulos como tuuo, que la aclamaron grande, bastaua solo el orador para hazerla la más plausible, como bastaua su nombre para que sin censura se le dicsse la aprobaci6n...»

También bastaba para prejuzgar otra pieza oratoria que dió a la imprenta poco después —1671— sobre el rey San Fernando (3), porque son tan discretas las razones, tan sutiles los pensamientos, tan certeras las autoridades y tan atinados los comentarios, que debieron dejar en el ánimo de los oyentes un gratsísimo recuerdo. Por entonces celebróse un sínodo y promulgáronse las *Constituciones sinodales del obispado de Badajoz*. Solano de Figueroa había sido nombrado diputado por la catedral en 18 de julio. Las Constituciones se recogieron —1673— en un volumen (4), cuyo prólogo le ha sido atribuido generalmente. Nosotros sospechamos que así sea, por la idoneidad de estilo que se advierte al practicar el cotejo con cualquier otra obra suya, especialmente con las históricas. La cuestión, sin embargo, no está resuelta de una manera definitiva.

---

(1) Los libros de actas del Cabildo canónico de la S. I. C. de Badajoz son interesantísimos porque, como arriba indicamos, en ellos se refleja exactamente la vida de la catedral día por día. Además no escasean las noticias de la guerra de Portugal, y pueden verse algunos curiosos detalles que escapan fácilmente a la investigación. Sólo con los datos referentes al cardenal Juan Everardo Nithard durante la época —y aun después— en que fué canónigo de Badajoz, darían tema para una curiosa y rigurosamente inédita contribución a su biografía, que quizá no tardemos mucho en preparar.

Nosotros hemos podido examinar los *Libros de acuerdos*, y en general cuantos documentos hemos necesitado, existentes en el archivo de la catedral pacense gracias a la incomparable amabilidad del erudito y culto canónigo maestrescuela, muy ilustre señor D. José Antonio Herráñez de la Barrera, a cuya fina obsequiosidad hemos de agradecer cordialmente las inmerecidas atenciones que nos ha dispensado, comparables sólo con su cultura y entusiasmo por los trabajos eruditos, de cuya competencia en los cuales buena muestra es un magnífico *Estudio* —inédito— sobre los *prebendados pacenses desde la fundación de la catedral hasta nuestros días*, al que ha consagrado bastantes años de fructífera labor, y que los estudiosos ansían ver de molde.

(2) «Sermón en la festividad del glorioso patriarca San Iuan de Mata, fundador del orden de la Santísima Trinidad Redempcion de cautivos. Predicó D. Iuan Solano de Figueroa, etc. Madrid, por Joseph Fernández de Buendía, 1670, 8.º, 6 hojas + 18 págs.»

(3) «Idea de Príncipes Perfectos en el Santo Rey Don Fernando. Sermón con que la celebridad de su culto le festejó la Santa Iglesia Catedral de Badajoz, a 14 de junio deste año 1671; 8.º, s. l. n. a., 28 págs.»

(4) «Constituciones promulgadas por el Ilustrmo. y Revermo. Señor Don Fr. Francisco de Roys y Menzoza... en la Santa Synodo que celebró dominica de Sexagésima, primero de febrero de 1671 años. Madrid, por José Fernández de Buendía, 1673, 4.º»

X

PARTIDA DE ROIS MENDOZA.—ACTIVIDAD LITERARIA.—ÚLTIMAS NOTICIAS.  
MUERTE DE SOLANO

En noviembre de 1672 fué nombrado Rois Mendoza arzobispo de Granada, viniendo a sustituirle D. Francisco de Sara (1), que no tomó posesión de la silla hasta 25 de agosto del 73. En julio fué nombrado —sede vacante— por visitador del ducado de FERIA Solano de Figueroa, cuya actividad literaria quedaba reducida en aquel tiempo a algunas censuras y aprobaciones a obras ajenas, sin descuidar la *Historia eclesiástica*, que iba poco a poco completándose, y tal vez tuvo por entonces el propósito de publicar, pues tiene en los preliminares del primer tomo las licencias necesarias.

Poco tiempo duró el nuevo obispo, porque falleció en 23 de octubre de 1675, y otra vez nombróse a Solano visitador. «En este tiempo escriuió... vn papel con titulo de *Examen historial y teológico*, que se dio a la estampa, aueriguando las razones y motiuos por donde se podría tener culto y veneración en esta Iglesia y su obispado a S. Aristóbulo Zebedeo, S. Sergio Paulo y S. Paulino» (2). Este papel se imprimió en 1676, y hemos sido tan poco afortunados en nuestras investigaciones que no hemos logrado dar con él. Estaba dedicado al nuevo obispo doctor D. Agustín Antolínez (3), que dejó la sede, al fallecer de un ataque de hidropesía, en 17 de junio de 1677. El 21 del mismo mes y año volvía a ser Solano —sede vacante— visitador del ducado de FERIA.

Hay un acuerdo en los libros de actas de este año que nos hace sospechar si D. Juan tendría consigo alguna hermana suya, porque el 11 de octubre comisiona el Cabildo a D. Juan Ramírez de la Piçña para que reciba los votos a doña María Solano de Figueroa, que por violencia se había en-

---

(1) «Natural de Quesada, lugar del Arzobispado de Toledo, hijo de D. Francisco de Sara y D.<sup>a</sup> Teresa del Salto, personas nobles: el cual habiendo estudiado Jurisprudencia en la Universidad de Granada, obtuvo en ella los grados de Licenciado y Doctor. Después fué Colegial Real y Catedrático de Instituta, Decreto y Prima; pasó luego a Doctoral de Guadix, de donde le sacó el Cardenal Inquisidor General para Fiscal Inquisidor y Visitador de la Inquisición de Granada, y posteriormente para Plaza de la Suprema. Propúsole a poco tiempo la Cámara para Presidente de la Chancillería de Valladolid, y S. M. le dió este Obispado, de que tomó la posesión a 25 de agosto de 73, y entró en él a 25 de octubre; gobernóle poco tiempo, aunque con mucha satisfacción de sus súbditos, porque a 25 de agosto de 1675 murió en esta ciudad electo Arzobispo de Zaragoza, y se enterró en la Capilla del Sagrario.» A. Morales, *Op. cit.*, pág. 278.

(2) *Historia Eclesiástica*, Ms. tomo II, cap. IV, § 11, y también capítulo correspondiente al obispado del Sr. Antolínez.

(3) «LXXVI.—Año 1677.—Don Fray Agustín I Antolínez, religioso Agustino. Obispo de Badajoz en 1676, falleció el 18 de junio de 1677, en opinión de Santo, y se le enterró en su convento de dicha ciudad.» Suárez de Figueroa, *Op. cit.*, pág. 107.

trado en el convento de monjas de Santa Lucía, y que se informe acerca de qué es lo que pasó en la entrada, y quién tuvo la culpa de ello. Nada más acerca de este asunto vuelve a consignarse.

El año 1681 fué de gran actividad para Solano. Fué como el último chispazo de la fuerte llama de su inteligencia, presta a apagarse. Vacante la sede, y habiendo salido a visitar los pueblos del ducado de Feria, llegó a noticias del Cabildo que en vez de hacer él la visita, mientras estaba descansando tranquilamente en Zafra, encomendaba a otros este cuidado. Justamente indignados las capitulares escribiéronle —23 de junio— diciéndole que no podía seguir tal estado de cosas, del que se disculpó Solano en carta del 28.

De todas maneras regresó a Badajoz, de donde no volvió a salir. En septiembre — día 14— censuró un sermón del padre fray Pedro de Santiago (1). En el mismo mes pronunció él uno en la fiesta que el colegio de la Compañía de Jesús hizo a su fundador San Ignacio de Loyola (2), dedicándole a D. Juan de Herreros Xaraba (3) que había sido nombrado obispo de Plasencia, y en octubre predicó otro para impetrar protección contra la sequía de Nuestra Señora de Botoa (4). Aquí terminan ya los datos que nos han quedado de Solano.

Entonces debieron comenzar sus achaques. La hipocondría adueñóse de su espíritu, y la honda tristeza de las postrimerías vitales fueron agarrotando poco a poco la reciedumbre de su entereza. El día 23 de noviembre de 1684 dejó de existir en Badajoz, en sus casas de la calle Carecería (5). Los jesuitas —grandes amigos suyos— le dieron cristiana sepultura en la capilla de San Francisco de Borja de su convento de Badajoz.

---

(1) «Oración panegyrica de Santa Isabel de Vngria, Dicha en el muy grave y Religioso convento de la Cruz, en la Villa de Zafra, Religiosas del Orden Tercero de N. P. San Francisco, martes 19 de noviembre del año de 1680. Por El Padre Fray Pedro de Santiago. Salamanca, por Eugenio Antonio García, s. a. [1681], 8.º (18) + 18 págs.»

(2) «Sermón en la fiesta de S. Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús Qve predicó en el Colegio de Badajoz Don Juan Solano de Figueroa Altamirano. S. l. n. a. [1681], 8.º (4) + 8 hojas.»

(3) «Don Fray Juan de Herreros y Xaraua fué natural de la villa de Ciruelas, en la provincia de Guadalajara. Era hijo de Don Martin de Herreros Xaraua y D.ª Ma. fa Martínez. Cursó sus estudios en Alcalá, de donde salió para Penitenciarío de Cuenca. Hizole S. M. Obispo de Santa Fe, en Indias, puesto para el cual no se creyó competente su modestia; diósele a fines de 1677 el Obispado de Badajoz, del cual tomó posesión en 1 de marzo del 78. Promovióle S. M. al de plasencia en octubre de 1680, muriendo en 27 de septiembre de 81 en la villa de Hervás, adonde había ido a pasar el verano, por ser el clima de dicho pueblon aturalmente fresco y abundoso en sanidad. Sepultósele primero en el Convento de Trinitarios, y sus restos fueron llevados a su patria, recibiendo cristiana sepultura en Ciruelas. Tuvo fama de santo.»

(4) «Sermón en acción de gracias a la santísima virgen nvuestra Señora en su venerable imagen de Botova, Auiendonos dado Dios Agua, por su intercession. Predicóle De orden de la muy Ilustre... Ciudad de Badajoz. - En Madrid, Año de M.DC.LXXXI, 4.º (4 hojas) + 16 págs.»

(5) Hállase la correspondiente partida en el *Libro II de defunciones* de la parroquia del Sagrario, catedral de Badajoz. Véase en los apéndices. La lápida sepulcral se trasladó a la parroquia de San Agustín. Allí creemos haberla visto nosotros hace años, pero al buscarla ahora nos ha sido imposible dar con ella, seguramente porque estaba en sitio céntrico y del roce constante ha ido gastándose la piedra sin ser ya probable la total lectura. En ese mismo estado se hallan otras muchas en la referida iglesia.

## APÉNDICES

### I

#### PARTIDA DE BAUTISMO DE DOÑA CATALINA DE SOTO

«En veinte y nueve días del mes de agosto, año de mill y quinientos y setenta y cinco, yo, Juan martinez, clérigo *vecino* y cura dela uilla de Jaraycexo, baptize a cãthalina, Hija del *Señor* licenciado pulido y de su muger doña francisca fernandes, *vecinos* de dicha uilla; fueron sus padrinos el *licenciado* don fernando de caruajal, *vecino* de la uilla de torrejon, y la *madrina* doña Cathalina de Caruajal, esposa del *licenciado* don garcia de caruajal; testigos: El *vecino* francisco de azuaga, Contador de El *Ilustrísimo* obispo de Plassenzia, mi *señor*, y garcia alonsso, sacristan de la dicha villa. En fee de lo qual lo firme de mi *mano*, Juan martinez.» [Expediente de limpieza de sangre, Archivo de la catedral de Badajoz.] Inédito.

### II

#### PARTIDA DE BAUTISMO DE DON JUAN SOLANO DE FIGUEROA ALTAMIRANO

«En veinte y nueve dias del mes de Mayo de Mill y *seisientos* y diez años Baptizé a Juan, hijo del *licenciado* Juan solano de figueroa y de doña Cathalina de ssoto, su muger; fue su padrino Diego Ximenez Calderon; testigo, alonsso garcia Rosado, El Bachiller Juan de la zerca.» [Expediente de limpieza de sangre, Archivo de la catedral de Badajoz.] Inédito.

### III

#### EL EXPEDIENTE DE LIMPIEZA DE SANGRE

Cuaderno en folio, de 136 páginas, sin numerar; letra de mediados del siglo xvii. En buen estado.

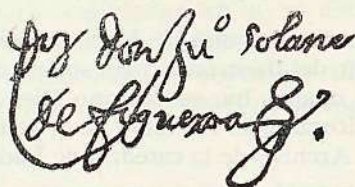
«Informaciones fechas en la uilla de xarayzejo y las de deleytossa y cazeres de la jeneaolaja, Orijen y aszendençia del Doctor Don Juan Solano de figueroa, Comissario del ssanto Oficio de la ynquisicion de llerena, A quien sus señorias los señores Canonigos in sacris y cauildo de la ssanta yglesia cathedral de la ziudad de badajoz, Electo por canonigo penitenciario de dicha ssanta yglesia. || Juez Comissario Para ellas Por sus señorias dichas los señores canonigos El señor Don Pedro Fernandez Pretel, chan-tre y canonigo de dicha ssanta yglesia.»

Hay copias de las partidas bautismales de Solano y de doña Catalina de Soto, un poder otorgado por Solano ante el notario apostólico Juan Alonso Carambano, en 25 de noviembre de 1652, a favor de D. Pedro Fernández Pretel para que examine testigos y haga las diligencias necesarias; un auto del Cabildo nombrando a Fernández Pretel juez informante y dãn-

dole instrucciones para practicar las informaciones, «... las cuales dichas ynformaciones a de hazer en la villa de Caçeres y otras partes que sea *necessario*.» Además de las cuatro preguntas de rigor, en la primera preguntará que si conocen: 1.º, Al doctor Juan Solano de Figueroa y doña Catalina de Soto, vecinos y naturales *que fueron* de Jaraicejo. 2.º, A Francisco Solano Altamirano y doña Catalina de Figueroa, abuelos paternos; el primero natural de Jaraicejo, y la segunda de Cáceres. 3.º, A Francisco Altamirano Solano y doña N. Muñana, bisabuelos paternos. 4.º, A García Altamirano y Rodrigo de Altamirano, ascendientes de Francisco, bisabuelo paterno. 5.º, A Francisco de León y a Leonor de Figueroa, padres de Catalina de Figueroa, abuela paterna. 6.º, A Juan Durán de Figueroa, padre de doña Leonor de Figueroa y nieta de Catalina de Figueroa, descendientes de los Duranes de Figueroa, conquistadores de Cáceres. 7.º, Al licenciado Juan Pulido de Soto y Francisca Fernández Cortijo, abuelos del pretendiente. 8.º, Si saben quién fué la madre del Pulido y los padres de Francisca, dónde vivieron, cómo se llaman. 9.º, Si saben algo más.

En el mismo cuaderno están, además de varias diligencias de puro trámite, la elección de Miguel Ximénez Valverde para notario de las pruebas en Cáceres, las informaciones hechas en Cáceres, Deleitosa y Jaraicejo, la aprobación de las pruebas por los canónigos de Badajoz en 28 de enero de 1653 y el informe secreto —favorable— de Fernández Pretel.

He aquí la firma autógrafa de Solano que hay en un documento del cuaderno:

A handwritten signature in dark ink, reading "Don Juan Solano de Figueroa". The signature is written in a cursive, somewhat stylized script typical of the 17th century. The first part "Don Juan" is written above "Solano", and "de Figueroa" is written below it, all connected by fluid strokes.

#### IV

#### GRADOS DE BACHILLER, LICENCIADO Y DOCTOR EN TEOLOGÍA, OBTENIDOS EN SIGÜENZA

##### [Presentación]

Presentación de Don Juan solano, y figueroa para graduarse de *Bachiller*. Y *Licenciado* y *Doctor* en *theologia*.

En el colegio de *Sant Antonio*, extramuros de esta ciudad, a quatro dias del mes de *nouiembre* de mil y seiscientos y cinquenta y vn años, se presento, ante el *Señor Rector* Don Juan solano de figueroa, natural de jaraicejo, del obispado de plasencia, para graduarse de *bachiller* y *Licenciado* y *Doctor* en *teulugia* Por esta vniuersidad, y para ello pressento *testimonio* de los cursos *necessarios* por la vniuersidad de Toledo, y visto por el *dicho Señor Rector* le admitio para *dicho* grado e hizo los *Juramentos* *nessessarios*, de que doy fee, a lo qual asisti como *notario apostolico* por ocupacion de Roque fernandez elgueta, *secretario*.—Ante mi, entrerrenglones, toledo, valga, Gonçalo de Mora.

[Bachiller]

Grado de *Bachiller* en theologia del suso *dicho* don Juan solano de figueroa.

En las Aulas del colegio de *sant Antonio*, a cinco dias del *dicho* mes de nobiembre de *dicho* año, presidiendo en la facultad de theologia el Doctor Lasso por indisposicion del Doctor Serrano, Catredatico [*sic*] el *dicho* Don Juan de figueroa tubo vna liçion, y luego respondio a los argumentos *que* se le propusieron, y despues leyo y juro el propio motu de Pio quarto, y despues pidio al *dicho* presidente le conçediese el *dicho* Grado de *Bachiller* en theologia, el qual se le conçedio estando ante el hincado de rodillas, con las solemnidades acostumbradas, y fueron testigos el *Maestro Santos* y *Maestro Silba* y *maestro Ranz*, de que doy fee como notario *apostolico* que asisti a este *dicho* grado por ocupacion del secretario Roque fernandez elgueta.—Ante mi, Gonçalo de Mora.

[Puntación]

Puntos asignados al *dicho* Don Juan de figueroa para el grado de *Licenciado* y Doctor en teologia.

En el convento de Sant antonio, extramuros desta ciudad, a cinco dias de novienbre de *dicho* año, en presençia del *dicho* Sr. Rector y ante mi *dicho* notario, que hiçe oficio de Secretario, se señalaron puntos al *dicho* D. Juan solano y figueroa para los grados de licenciado y Doctor en teologia, los quales se le señalaron en el libro tercero, y el primer punto fue la distincion 31, el segundo la distincion 14 y 15, el tercero la distincion 1ª y 2ª; escogio la distincion 31. Y ansimismo le señalaron puntos en el 4º libro, y el primero fue la distincion 32, el segundo la distincion 17 y el tercero la distincion 14; escogio la distincion 14, de *que* doy fee.—Ante mi, Gonçalo de Mora.

[Licenciado]

Grado de Ldo en theologia del *dicho* Don Juan solano y figueroa.

En la capilla de nuestra Señora de la paz, sita en el claustro de la Santa iglesia della, a seis dias del mes de Noviembre de *dicho* año, estando en *dicha* capilla Los señores Dr. D. Mathias Santos, Pedro Cancelario, Mtro Mongia, Rector Dr. Juan Martinez Serrano, Presidente en la facultad de theologia, el Dr. Lasso, y Dr. Ximenez Vega, y Dr. Pelegrin, y Dr. Ramiro, examinadores, el *dicho* Don Juan solano y figueroa tubo dos lecciones de los puntos *que* el dia antes deste se le señalaron, y Respondio a los argumentos *que* se le propusieron, y luego se salio fuera de la *dicha* capilla, y *dichos* Presidente y examinadores Reciuieron letras de A y R de mi el infraescrito vice secretario; y hauiendo hecho el juramento *que* se acostumbra, fueron botando por sus antigüedades; y estando pressentes los *dichos* Cancelario, Rector, Presidente y examinadores se hiço escrutinio de *dichos* botos, y parecio hauerle aprouado todos —nemine dempto (?)—, como consta destas letras A. A. A. A. A., y luego leyo y juro el propio motu de Pio quarto, y pidio... se le conçediese el *dicho* grado de *licenciado* en theologia, el qual se le conçedio...—Ante mi, Gonçalo de Mora.

Grado de *Doctor* en theologia del suso dicho.

En la dicha capilla..., a siete dias de... noviembre ..., el examinador menos antiguo propuso vna qusion de theulugia al dicho licenciado... Solano..., el qual pidio al dicho Cancelario le conqediese el grado de *Doctor* en dicha facultad, el qual se le conqedio...; fueron testigos los suso dichos... — Ante mi, Gonçalo de Mora.

[Libro de grados de la Universidad de Sigüenza. Años 1636 a 1662. Un vol. de 374 fols. Véanse folios 257 y 258. Archivo Histórico Nacional, 1.263].

V

ÍNDICE DE LOS TESTIGOS QUE DEPONEN EN EL EXPEDIENTE, CON INDICACIÓN DEL DÍA, MES, AÑO, PUEBLO, NOMBRE Y OTRAS CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES

N.º	DÍA.	MES	AÑO	PUEBLO	NOMBRE	OTRAS CIRCUNSTANCIAS
1	31	Diciembre.	1652	Jaraicejo....	Andrés Izquierdo Palomo..	Familiar del Santo Oficio de Jaraicejo.
2	—	—	—	—	García de Trujillo Velázquez.....	»
3	—	—	—	—	Juan de Arana.....	Idem y alcalde ordinario de la villa.
4	—	—	—	—	Marcos Calero .....	»
5	1	Enero.....	1653	—	Francisco García Carvajal.	»
6	—	—	—	—	Juan Rebollo .....	»
7	2	—	—	—	Antonio Fernández de Pa- redes .....	Bachiller y presbítero.
8	—	—	—	—	Juan Sevillano. ....	Licenciado.
9	—	—	—	—	Alonso Gómez Calzas.....	»
10	—	—	—	—	Francisco Calzas Gamero..	»
11	3	—	—	—	Domingo Alonso Flores...	»
12	—	—	—	—	Diego Martín Cañal.....	Alcalde ordinario de la villa.
13	4	—	—	—	Isabel López. ....	Viuda de Pedro Ximénez, fami- liar del Santo Oficio de la In- quisición de Llerena.
14	—	—	—	—	Catalina Gómez .....	Mujer de Diego Grande.
15	5	—	—	Deleytosa. ...	Fernando Bianco.....	Vecino y escribano de la villa.
16	—	—	—	—	Domingo Izquierdo .....	»
17	—	—	—	—	Juana Gómez.....	Mujer de Domingo Izquierdo.
18	6	—	—	—	Gonzalo Casco.....	»
19	—	—	—	—	Alonso Izquierdo .....	»
20	—	—	—	—	María Díaz. ....	Viuda de Bernardino Montero
21	7	—	—	—	Diego Montero.....	El Viejo.
22	8	—	—	—	María Alonso.....	Viuda d Domingo Díaz Tapia.
23	—	—	—	—	Juan de Torres.....	»
24	—	—	—	—	Catalina Blázquez .....	Viuda de Mateo Lucas.
25	9	—	—	Cabañas ....	Alonso Rodríguez .....	»
26	10	—	—	Roturas. ....	Martín Hernández.....	»
27	—	—	—	Torrejón ...	Antonio [?]. ....	»
28	—	—	—	—	Juan Pérez.....	»
29	—	—	—	Nabayuelas.	Juan Sánchez Chico.....	»
30	—	—	—	—	Bartolomé Díaz Durán....	Alcalde ordinario de Nabayue- las.
31	—	—	—	—	Pedro Sánchez Chico.....	Clérigo, presbítero.
32	13	—	—	Robledo....	Francisca Sánchez.....	»
33	—	—	—	—	Isabel Díaz ..	Viuda de Alonso Gil.
34	—	—	—	—	María Sánchez.....	Viuda de Juan González.
35	—	—	—	—	Juan Sánchez.....	»
36	8	—	—	Cáceres.....	Alonso Montaña.....	»
37	17	—	—	—	M. de Solís y Ovando Bailio.	Caballero de la sacra Religión de San Juan y comendador de las Encomiendas [sic].
38	—	—	—	—	Diego Antonio Rol Ovando y Cerda.....	Caballero del hábito de Cala- trava.
39	—	—	—	—	Pedro de la Rocha Robles..	»
40	—	—	—	—	Juan Romero Mazoleta....	Familiar del Santo Oficio de la Inquisición.
41	18	—	—	—	Diego Muesas Vega.....	»
42	19	—	—	—	Pedro de Collaços.....	Labrador.
43	—	—	—	—	Francisco Sánchez Bravo..	»

## VI

### OBRAS CONSULTADAS

Vicente Barrantes, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*. Madrid, 1875 a 1877; tres vols. (I, págs. 123, 340 y 390; II, págs. 192, 318, 392 y 477; III, pág. 88). Antonio R. Rodríguez Moñino, *Avance para la bibliografía del doctor D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano* (1610 a 1684), in *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 1927 (I, 3, pág. 374 a 410). Jesús Rincón Giménez, *Memorial oliventino* (vol. I). Badajoz, Arqueros, 1917, 8.º (Apéndice III, págs. 245 a 252). Joaquín de Entrambasaguas y Peña, *El doctor Cristóbal Lozano*. Madrid, 1927, 4.º, pág. 9, n.; Publio Hurtado, *Tribunales y abogados cacereños*, in *Revista de Extremadura*, 1910, pág. 117. Nicolás Díaz Pérez, *Diccionario de extremeños ilustres*. Madrid, 1884 a 1888; tres vols. (II, págs. 382 a 383). Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Vetus et Nova*. Matriti, 1783; dos vols. (I, pág. 780). Antonio del Solar y Taboada, *Del pasado extremeño. Notas que tomó en los Archivos*. Badajoz, 1927, págs. 67 a 84. Clodoaldo Naranjo, *Trujillo y su tierra*. Trujillo, 1923; dos vols. 8.º [Eugenio] García Rico y [Manuel Ontañón Cano], &, *Biblioteca Hispánica*. Madrid, 1916, 4.º Matías Ramón Martínez y Martínez, *El libro de Jerez de los Caballeros*. Sevilla, 1892, 4.º, pág. 115. Anónimo [*Historia de Badajoz*], ms. de 1783 [?], Biblioteca Nacional (Madrid) (1). Tomás Muñoz y Romero, *Diccionario bibliográfico de los antiguos reinos y señoríos de España*. Madrid, 1853, 4.º, págs. 45, 62 y 187. Vicente Barrantes y Moreno, *Índice de su biblioteca extremeña*. Madrid, año 1881, 8.º Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1860, y siguientes; cuatro vols., 4.º Diego Suárez de Figueroa, *Historia de la ciudad de Badajoz*. Badajoz, 1917, 8.º Ascensio de Morales, *Crisi histórica de la ciudad de Badajoz*. Badajoz, imprenta Arqueros, 1910, 4.º Vicente Barrantes, *Catálogo de los libros, Memorias y papeles que tratan de Extremadura*. Madrid, 1865, 4.º Juan Tamayo de Salazar, *Vida de San Epiacio*. Madrid, 1646, 4.º Licenciado Pero Pérez [D. Fernando Castón, archivero diocesano], *Rehala*, in *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, 1928, 4.º, tomo II, fac. III. Pedro Roca, *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a Don Pascual de Gayangos*. Madrid, 1904, pág. 190.

---

(1) Cfr. sup. hic. nuestro estudio *Una bibliografía inédita de Cristóbal Suárez de Figueroa*, in *Revista del Centro de Estudios Extremeños*. Badajoz, tomo III, 1929, fac. II.

## VII

EXTRACTOS SACADOS DE LOS LIBROS DE ACTAS DEL CABILDO CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ, QUE SE REFIEREN AL DOCTOR D. JUAN SOLANO DE FIGUEROA

*Libro segundo, 1639-1654; libro tercero, 1654-1673; libro cuarto, 1674-1685*

*Año 1651. 25 de octubre.*—Vaca la canonjía Penitenciaria: «... y dieron por vaca la Canongia de Penitenciaria desta santa Yglesia que lo esta por ascension a la dignidad de Dean en la santa Yglesia de Coria del señor Licenciado Antonio perez nieto...».

*Año 1652. 30 de octubre.*—«... Se acordo que auisando primero con propio al Arcipreste de Medellín y al D<sup>or</sup> francisco xaramillo Cura de San Pedro de la Villa de el Almendral que estan oppuestos a dicha canongia para si quieren venir a hacer los exercicios y actos ordinarios vengan dentro de ocho dias de como reciban el abiso...».

*1 de noviembre.*—«Escriuiose al Arcipreste de Medellín yal Doctor francisco Xaramillo en primero de nouiembre [de] 1652.»

*6 de noviembre.*—Reunidos los canónigos, «y auiendose leydo una carta del Doctor Don Juan solano de figueroa Arcipreste de Medellín en respuesta de la que el cabildo le escriuió para que viniese a hacer los actos como oppositor a la canongia penitenciaria desta ssanta yglesia, cometieron al Señor Don francisco de espinossa canonigo la lleue al Señor Prouisor y le diga como ay otro oppositor más.».

*9 de noviembre.*—Acuerdan que se comunique al Sr. Prouisor la presencia en Badajoz de los dos opositores.

*12 de noviembre.*—Examinando los señores Canónigos, los grados y títulos de los opositores, «Hallaron que el Doctor Don Juan solano de figueroa se ordenó de missa por el Señor Don fray placido Pacheco. Obispo de Plasencia en onçe de Junio de mil seiscientos y treinta y quatro, y Exiuió los titulos de Licenciado y Doctor por la vniuersidad de Siguença de Lizenciado en seis de nouiembre de mil seiscientos y cinquenta y vno y de Doctor en siete del dicho mes y año.».

*14 de noviembre.*—«En el dicho dia y Cabildo Se leio vna peticion del Doctor Don Juan solano de figueroa oppositor a la Canongia Penitenciaria que como ayer juntos para leer de oposiciones la tarde en que dize le sobrevino vn athaque de hipocondría y que si leiesse a dicha ora Se ponía su vida en conoçido peligro que se siruiesse el Cabildo de sobreseer y dilatar los actos por dicho accidente, y auiendo salido Comisores Doctor D. Diego de Olmedo y don Alonso ruis del Alamo Canonigos fueron en casa de Benito Joseph presbitero donde esta enfermo dicho oppositor y le visitaron en presencia de los doctores Miguel Sevillano Camacho y Mathias de Paredes medicos los quales declararon ante dicho sseñores tener dicho oppositor

un athaque de Hypochondria *que* le impedia el hazer el acto de Lectura, y auiendo buuelto a *Cabildo* dichos *Señores* Canonigos y hecho relación y visto el parecer firmado de *dichos* medicos acordaron *que* se notifique al *Doctor* D. Francisco de isla y mena oppositor *que* mañana viernes a las dos acuda a tomar puntos para leer el sabado...».

20 de noviembre.—«... y auiendo ynformado de su justicia [D. Francisco de Isla y Mena] salio fuera del *cabildo* y entro El *Doctor don Juan* solano de figueroa, y auiendo ansi mesmo informado de su justicia, salio fuera...» [Acordaron llamar para el viernes]: «para determinar el modo que ha de tenerse en regular los votos de *dichos* oppositores».

21 de noviembre.—Ambos oppositores manifiestan su conformidad acerca de que de los frutos de la prebenda se saquen ochenta reales para que se repartan entre ambos para ayuda de gastos de camino antes de proveerla.

22 de noviembre.—Acuerdan que se ponga ante el provisor un bufete, habiéndose votado en el altar, para el recuento de votos, y se publique la elección.

23 de noviembre.—«... el señor Prouisor dijo misa de spiritu sancto y alabado sentandose en su lugar hicieron todos Juramento de elegir el mas Idoneo y mas aproposito para el seruicio de nuestro señor Y aviendosele dado cedula con los nombres de *dichos* dos oppositores fueron cada vno de por si a echarlas en vna caxa que estaua sobre dicho altar la qual con *dichos* votos lleue yo el secretario ante el señor Prouisor y *Señores* licenciado don Phelippe de la plaça Dean y Canonigo y D. Pedro fernandez Pretel Chantre y canonigo colaterales comissarios nombrados por el *Cabildo* para regular *dichos* votos Y auiendolos uisto y regulado ante mi el Secretario salio elegido por maior parte de votos por Canonigo Penitenciario en dicha Canongia El *Doctor* D. Juan solano de Figueroa presbítero publicada la eleccion entro en el *cabildo* y hincado de rodillas su antecesor Prouisor y toma vn bonete en la mano asido por vna parte en nombre del señor obispo y el señor Dean asido por otra en nombre del *cabildo* le dieron la collacion de dicha canongia Y auiendo abraçado a los señores Prouisor y prebendados salio de *Cabildo* dicho *Doctor* D. Juan Solano de Figueroa y iendo conmigo el secretario al choro desta Santa Yglesia le señale silla en el donde comience a seruir Con manteo vna de las quatro altas del choro del Señor Dean de las que estan entre la puerta grande del choro y la pequeña y auiendo salido de *Cabildo* dicho señor prouisor acompañandole quatro señores Prebendados de los mas modernos Y auiendo buuelto a *Cabildo* *dichos* señores prebendados canonigos acordaron que yo el secretario notifique a dicho señor *Doctor don Juan* solano que quando quisiere de memoria de sus padres y abuelos para tratar de que se le haga la Ynformacion de limpieça de sangre».

25 de noviembre.—Dio Solano noticia—no la expresa el acta—de sus padres, abuelos y algunos bisabuelos, jurando que no tiene noticia de mas ascendientes.

2 de diciembre.—Acuerda el *cabildo* escribir al obispo dandole cuenta de la provision de la Canongia Penitenciaria, a favor de D. Juan Solano de Figueroa.

5 de diciembre.—Acuerdan nombrar a un prebendado para que vaya a hacer la información «por quanto esta ya hecho el deposito».

6 de diciembre.—Nombran informante al canónigo Chantre D. Pedro Fernández Pretel.

23 de diciembre. - Nombran a D. Diego de Olmedo y D. Juan Benitez Montero para que vean la memoria de padres y abuelos que presentó Solano, y la entreguen a D. Pedro Fernández Pretel.

Año 1653. 10 de enero. «Este dicho día y cabildo entro Juan Sebastian nottario y notifico la demanda del Doctor don francisco de isla y mena para que se de por nula la elecçion Hecha en el Doctor Don Juan solano de figueroa de la Canongia Penitenciaria desta santa Yglesia Y su señoría Cabildo acordo que Melchor fernandez procurador pida traslado y entregue los autos al señor Doctor Don Diego de Olmedo Canonigo doctoral Y el Letrado del Cabildo para que ambos respondan lo que conuenga».

28 de enero. — Reunénse los Sres. canonigos, llamados *ante diem* «para ver la informaçiones de limpieça de sangre del señor Doctor Don Juan solano de figueroa Canonigo electo penitenciario de esta santa Santa [sic] Yglesia Y auiendolas visto las aprobaron y dieron por buenas segun el estatuto de esta santa Yglesia. Y mandose dar posesion de dicha canongia al Doctor Don Juan Solano estando en esta ciudad o a persona que su poder tenga para ello».

1 de julio. - «Este dicho día y Cabildo Yuntos y congregados capitularmente dichos sseñores entro en la sala del Cabildo el señor Doctor Don Juan solano de figueroa, y puesto de rrodillas ante el señor Licenciado D. Phelippe de la plaça Dean y canonigo hizo el Juramento que acostumbra hazer los Señores prebendados antes de tomar posesion Y auiendose hecho salio acompado del D<sup>or</sup> D. Juan de la Guerra Canonigo a quien toco dar la posesion Y entrando en el choro desta Santa iglesia en vna silla de las altas del dicho coro del señor Dean donde se sientan los señores prebendados, dicho señor Doctor D. Juan de la Guerra en nombre del cabildo canonico desta Santa yglesia y por ante mi el infraescrito nottario Secretario dio al dicho señor Doctor Don Juan solano de figueroa la posesion de la Canongia Penitenciaria desta dicha santa Yglesia y el la tomo actual y realmente y aprehendio quieta y pacificamente sin contradiccion alguna sentado en la silla cuarta en orden, contando desde las menos antiguas y derramo monedas sobre las cabeças de muchas personas que se hallaron pressentes en señal de que tomaba dicha posesion Y auiendo buuelto a la sala de Cabildo tomó en el asiento asimismo de todo lo qual pidio se le diese el testimonio».

10 de octubre. — «Entró el Señor Doctor Don Juan Solano de figueroa canonigo penitenciario y dixo que desseando cumplir con la obligacion de su prevenda leera la materia de oris canocios por la tarde despues de completas y que lo a consultado con el Señor obispo que lo tuuo a bien y vino en ello. El cabildo estimo este cuydado y acordo que la Licion sea en la capilla de nuestra señora de Botoa a la hora referida en el interin que viene el señor Doctor D. Juan Benitez Montero Canonigo de lectura de Sagrada escriptura mas antiguo que se halla fuera de esta ciudad».

Año 1654. 10 de febrero.—Acuerda el cabildo que entre D. Juan de la Guerra y Solano hagan un interrogatorio de lo que se ha de probar en los expedientes de limpieza de sangre.

3 de marzo.—Se comisiona a Solano para que examine las cuentas que

ha presentado el canónigo Sr. Viguría, de los gastos hechos por él en el viaje para hacer las informaciones de Limpieza de sangre del canónigo señor Buitrago.

*22 de abril.*—Acuerda el cabildo que Viguría jure ante Solano las cuentas presentadas de sus gastos por salir a hacer las informaciones de limpieza de sangre de Buitrago.

*11 de mayo.*—«Este dicho día y cabildo votando su señoría por votos secretos de cédulas, nombraron al Doctor Don Juan Solano de Figueroa canonigo para las prueuas de limpieza de sangre del Licenciado Alonso Ximenez, Racionero desta Santa Yglesia y dicho señor canonigo que estaua pressente acepto la dicha comision y Juro de hacerlo bien y fielmente segun su obligacion».

*13 de mayo.*—«acordaron se de liçencia al señor Doctor Solano para que lleue consigo en la Jornada a hazer las prueuas de el Licenciado Alonso Ximenez a qualquiera ministro de la Iglesia y que el puntador no le punte desde el día que saliere».

*1 de junio.*—Se leyeron las informaciones de Ximenez hechas por Solano en Garrovillas [sic] y el cabildo acordó que *mañana* se lean las restantes.

*2 de junio.*—Se terminaron de leer las anteriores y las de Azauche [sic, hoy es Aceuchal]. Dadas por buenas.

*5 de junio.*—Se acuerda que D. Juan Benítez Montero y D. Diego de Olmedo tomen la cuenta de gastos hechos en la salida, a Solano de Figueroa.

*1 de julio.*—Solano afirmó en el cabildo que había invertido en la tarea diez y seis días, y le contradijo D. Juan Benítez Montero, asegurando que sólo eran catorce y medio los días empleados. Se aprobaron las cuentas.

*Año 1656. 19 de enero.*—Acordaron que Solano vea ciertos documentos del doctor D. Juan de la Guerra, e informe sobre ellos por escrito, si acaso no pudiera hacerlo verbalmente por estar indispuesto.

*19 de septiembre.*—Examinan Solano y Olmedo los títulos del opositor a la canonjía magistral. Nómbranle a él y a Benítez Montero para argüir media hora cada uno, el día 21 a las nueve de la mañana. Por causas que no se dicen en el acta se varió la hora porque arguyeron de cuatro a cinco de la tarde.

*Año 1657. 8 de febrero.*—Tocóle dar posesión de la canonjía al licenciado D. Gregorio de Pablo.

*11 de abril.*—Se le comisiona para que con el canónigo Olmedo tome la cuenta de gastos y días por salir a hacer las informaciones del Sr. de Pablo, al canónigo Benítez Montero.

*19 de noviembre.*—Le nombra el cabildo informante para las pruebas de Luis Pérez, sin expresar en los lugares en que han de verificarse. El día 24 la aprueba el cabildo.

*Año 1658. 18 de abril.*—Se leyó en cabildo una carta del canónigo Buitrago, maestrescuela, que se hallaba a la sazón en Madrid. Comunicaba en ella a S. S., que al actual obispo se habían dignado nombrarle obispo de Coria en 26 de enero anterior, para que el cabildo acordase lo que había que hacer. Acordaron que hasta la primera reunión después de pascuas, no se hablase para nada de sede vacante.

*26 de abril.*—Por la mañana, reunidos los canónigos acordóse que don Martín Calderón Hurtado y D. Juan Benítez Montero, vayan a ver al obispo y le hagan presente que en el correo pasado, llegó a Badajoz el aviso —con testimonio— de que S. M. le había nombrado obispo de Coria, pidiéndole en nombre de todos, permiso para poner sede vacante, y que aun después de puesta, se sirva S. I., si quiere, de la jurisdicción que tiene el cabildo.

Reunido por la tarde presentáronse los comisionados y dieron razón de que el Sr. López de la Vega había aceptado muy agradecido el gobierno del obispado. Acordaron entonces que en la reunión del sábado 27 se vea la forma que tiene que tenerse en hacer el despacho para que el obispo pueda ejercer la jurisdicción.

*27 de abril.*—Comisionan a Benítez Montero, a Solano y al letrado del cabildo para que dispongan el título en virtud del cual ha de ejercer el señor López de la Vega la jurisdicción ordinaria. Lo hicieron y se leyó y aprobó, acordando que el canónigo D. Gregorio de Pablo, lo lleve a S. I. para que lo vea, y si lo acepta, se le despache en forma jurídica. Por la tarde reunióse otra vez el cabildo, y el comisionado Sr. De Pablo, leyó una carta que le había entregado el obispo, como contestación, y que publicamos antes.

*27 de abril.*—En este cabildo se aprueba la resolución del Obispo, y acuerdan que se consigne en acta la copia del título en virtud del cual ha de ejercer la jurisdicción que corresponde a los canónigos sede vacante, el cual está firmado autógrafo por «Diego, Obispo de Coria».

*29 de abril.*—«Este dicho día acordó su señoría Cabildo que los señores Doctor Don Juan solano y Licenciado Don Gregorio Pablo conmigo El scriuano Saquen La memoria de oficios que nombra El Cabildo sede vacante para Lleuar al señor obispo que La ha pedido al Cabildo según lo refirió [sic] dicho señor Don Gregorio Canonigo».

*2 de junio.*—Este dicho día y cabildo el señor Doctor Don juán solano de figueroa canonigo Juro el officio de visitador general deste Obispado Con las reseruas que El Cabildo a hecho de la visita de monxas desta ciudad Y la de las villas del Ducado de Feria que se reseruo para el señor Doctor Don Juan Benitez Monteero Canonigo que la esta exerciendo».

En esta misma sesión nombró el cabildo para visitar el convento de la Madre de Dios de Valverde, al Sr. D. Juan Solano de Figueroa, por haber renunciado a hacerla los canónigos D. Gregorio de Pablo y D. Pedro Fernández Pretel, a quienes se había comisionado con anterioridad para ello. Aceptó «El señor Doctor Juan solano Canonigo propuso que la capellanía que fundo don Gonçalo Rodriguez claros vecino de la villa de la Higuera esta vaca por El licenciado claros; y Su sñeoría acordo se de a Juan galindo sacristan menor».

En el mismo cabildo encomiendan al Sr. Solano de Figueroa la causa de la monja doña Mariana de Alvarado, que está depositada en el convento de los Remedios.

*28 de octubre.*—Enterado el cabildo de que el recién nombrado obispo de Badajoz, D. Diego del Castillo y Artiaga, había fallecido en Zafra el último 22 de septiembre pasado, procedieron a la elección de cargos y oficios y «Assimismo salio nombrado por visitador general desta ciudad y obispa-

do El señor Doctor Don Juan Solano de Figueroa canonigo penitenciario el qual açeto y Juró».

*26 de octubre.*—Habiendo el Cabildo excomulgado a la Abadesa del Convento de Santa Lucía, por determinadas causas, da facultad en esta sesión a Solano de Figueroa para que si a las dos horas de notificado el acuerdo no sale dicha señora Abadesa del convento, se persone en él, acompañado de los que crea conveniente, y la saque del convento si opusiere resistencia.

*30 de octubre.*—El nuevo deán, doctor D. Alonso García Silíceo, presenta al Cabildo los títulos y bulas que trae, acordando aquél que las examine el doctor don Juan Solano de Figueroa, aunque éste dice haberlas visto ya.

*31 de octubre.*—Dió su dictamen favorable a los documentos presentados por Silíceo, Solano de Figueroa.

*4 de noviembre.*—Reúnese por la mañana el Cabildo, y «Este dicho día dió su señoría comission al señor Doctor Solano para que quando salga a la visita vaia a la ciudad de xerez a hazer abbadesa de la Paz de frexenal, que cumple este mes de nouiembre.»

*18 de noviembre.*—Leyóse en Cabildo una carta de doña Ana Maldonado, monja vicaria del convento de la Consolación de Xerez de los Caballeros, sobre que su compañera doña Teresa de Manuel entró en religión como seglar, y con la circunstancia de tener menos de la mitad de votos, en contra de lo decretado diversas veces. Acordaron los canónigos que se le responda indicándole cómo «el Señor Doctor Solano, Visitador, lleua comission para informarse y hazer la elección. Y dieron comission al dicho Señor Solano para que lo ejecute y componga y no haga escrúpulo de excomunióon.

Acordó su señoría que para hazer la visita de xerez de los caualleros se le de al señor Doctor Solano Título de Prouisor.»

*19 de noviembre.*—Acuerda que Solano amoneste a los sacerdotes para que cumplan con su obligación de confesar a los muchos soldados enfermos que hay.

*12 de diciembre.*—Se leyó una carta de Solano, quien está en Jerez y en Villalba.

*Año 1659. 4 de febrero.*—Se nombra a los canónigos Sres. Solano y Calderón Hurtado para que examinen los opositores que hay al curato de Solana.

*14 de febrero.*—Dieron cuenta al Cabildo de haberlos examinado.

*15 de febrero.*—Nombran cura de Solana a D. Alonso Pérez de Belmonte.

*27 de mayo.*—Escribe el doctor Solano desde Alburquerque pidiendo que se le dé facultad para poder instituir confesores. Se le concede.

*Año 1660. 9 de mayo.*—Se copia en acta el poder del obispo D. Gabriel de Esparza para que tomen posesión del obispado, en su nombre, los canónigos Sres. Solano, Buitrago y Benítez Montero.

*12 de mayo.*—Estaba vacante la canonía magistral, y el Cabildo acordó se llamase para ver si puede admitirse la propuesta del Sr. Solano, en razón a hacer oposiciones a dicha prebenda, con ciertas circunstancias.

*13 de mayo.*—Pregunta el Cabildo a los opositores si permiten quedar

en lugar y antigüedad inferior al Sr. Solano, y todos dicen que sí. Los canónigos acuerdan que se llame «mañana», después de pleno, para determinar.

*14 de mayo.*—Acuerdan los señores canónigos que se diga al señor obispo que Solano se ha opuesto, y que el Cabildo «está con resolución de que lea y predique, dándole puntos de media hora, así en el sermón como en la lectura.» En la misma reunión se lee una carta de la catedral de Sevilla recomendando al opositor D. Juan Jiménez Varoja.

*18 de mayo.*—Acuerdan que los opositores acudan «mañana miércoles» para tomar puntos con objeto de predicar al día siguiédte a la misma hora.

*19 de mayo.*—Dice el doctor Solano que desiste, ya que se presentaba únicamente porque no había opositores.

*14 de octubre.*—La catedral de Plasencia pregunta que cuál es el estilo que se sigue en las elecciones de las prebendas de oficio ausente el señor obispo.

*15 de octubre.*—Cometen a Solano que responda a la pregunta de Plasencia.

*Año 1661. 13 de agosto.*—Que Solano conteste a una pregunta de la catedral de Cuenca acerca de cómo se elige canonigo penitenciario en mes app[ostolic]º (?).

*Año 1662. 8 de mayo.*—Nombran a Solano, sede vacante, para vicario general, extendiéndose su jurisdicción a las villas del Ducado de Feria.

*11 de mayo.*—Aceptó el cargo y juró.

*12 de junio.*—Estaba en Zafra.

*8 de noviembre.*—Comunica Solano que está asistiendo a D. Gaspar de la Cueva, general de la artillería del ejército de Extremadura, que se halla agonizando. Ruega que se le exima de Cabildo y punto en este día. Así lo acuerda el Cabildo.

*Año 1667. 26 de mayo.*—Leyóse un papel del señor obispo sobre nombrar un arcediano de Jerez de los Caballeros. El Cabildo cometió a Solano que vea y responda el papel.

*27 de mayo.*—Dice Solano que no haga el obispo concordia con Jerez de los Caballeros, por los inconvenientes que traería.

*Año 1668. 2 de junio.*—Nombran a Solano, por sede vacante, visitador del Ducado de Feria.

*Año 1670. 31 de diciembre.*—Pide D. Juan Solano al Cabildo que en el Archivo de la S. I. C. se separen todos los papeles tocantes al Cabildo Canónico y se guarden en un armario con tres llaves.

*Año 1673. 8 de julio.*—En sede vacante nombran a Solano visitador del Ducado de Feria.

*Año 1674. 26 de octubre.*—Igual nombramiento —sede vacante— en esta fecha.

*Año 1677. 21 de junio.*—Se le encomienda igual gestión; sede vacante.

*11 de octubre.*—Comisiona el Cabildo a D. Juan Ramírez de la Piña para que reciba los votos a doña María Solano de figueroa, que por violencia se había entrado en el convento de monjas de Santa Lucía, y que se informe acerca de qué es lo que pasó en la entrada, y quién tuvo la culpa de ella.

*Año 1681. 23 de junio.*—Llegó a noticia del Cabildo que Solano había

conferido la visita de los lugares del Obispado a varias personas. Se acuerda escribirle diciéndole que no puede hacerse eso.

28 de junio.—Leyóse carta de Solano contestando al acuerdo.

Año 1685. 11 de febrero.—El Cabildo acuerda que se pongan edictos para la canongía penitenciaria, vacante por muerte del doctor D. Juan Solano de Figueroa y Altamirano.

## VIII

### PARTIDA DE DEFUNCIÓN

El doctor D. Juan Solano de Figueroa.

Texto Ante Nicolas vasques.

Albasea, Sr. Arsediano, D. Juan Ramires y el Padre rector de la compañía.

En la ciudad de Badajoz a veinte i tres dias del mes de *Noviembre* de mill *seisientos* i ochenta i quatro años fallecio en la calle de las carnicerías el | Doctor D. Juan solano de figueroa, canonigo penitentia | rio desta *Santa* yglesia cathedral y calificador de la *santa* inqui | sición; reçivio los *santos* sacramentos; testo ante nicolas vas | ques, escrivano; fueron los alvaseas el señor Arcediano y ca | nonigo Don Juan Ramires y el *Padre* viserector de la compañía; | enterrose en el colegio de la compañía, en su capilla de san | *Francisco* de Borja; dixe le missa canta [*sic*], asistiendo la hermanda [*sic*] de | *nuestro* Padre San pedro a ella, y lo firme.—Antonio Amador.

[«Libro donde se escriben los que | mueren en la Parrochia del sagrario | de la santa Yglesia Cathedral, donde | a el presente El cura Antonio | Pérez Azedo comiença dia | 13 de Agosto de 1672.»—Arch. Parr., cuarto perg.-*inc.* 13 Agosto 1672; *exp.* 11 Febrero 1705, folio 200 v.]]

ANTONIO R. RODRÍGUEZ MOÑINO.

# LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV <sup>(1)</sup>

## X

### ÚLTIMAS FIESTAS CORTESANAS Y ENTRETENIMIENTOS LITERARIOS DEL REY

#### *I.—Celebración del en'ace de Felipe IV con Mariana de Austria*

La segunda mitad del reinado de Felipe IV fué menos abundante que la primera en regocijos reales. La edad y la fatiga del rey; las calamidades públicas, exteriorizándose hacia 1640 con tan graves sucesos como las rebeliones de Cataluña y Portugal, seguidas de complots sediciosos en Andalucía y Aragón; la ruidosa caída del conde-duque de Olivares en 1643, que hizo al rey, aunque muy transitoriamente, abandonar las frivolidades por los asuntos de gobierno; la muerte de la reina Isabel en 1644 y la de su hijo único, Baltasar Carlos, dos años más tarde, cuando aún no contaba diez y siete de edad, llevándose toda esperanza de sucesión a la corona; los alzamientos de Nápoles y Sicilia en 1647; los reiterados fracasos en la lucha con flamencos y franceses, que desmembraron nuestro territorio; todos los acaecimientos interiores y exteriores, igualmente funestos y tristes, reclamaban más bien responsos y crespones que mascaradas y luminarias. Hubo nueve años de tregua en las festividades palatinas. Pero éstas se reanudaron por la segunda boda del rey.

Publicáronse las capitulaciones matrimoniales en 1647, y con tal motivo hubo solemne recepción palatina y tres meses de luminarias públicas.

La infanta María Teresa festejó el suceso con una velada en Palacio la noche del 21 de diciembre. Hubo festín, concierto de violines y bailes con disfraces dirigidos por la infanta al frente de sus damas. «Vistieron todas un color y traje. Eran los vestidos de tela de oro, rica, encarnada, aforrados con blanquísimos armiños... Salieron de dos en dos, siguiendo todas a su alteza. Danzaron infinitas danzas de las que se celebran en Europa por mejores» (2).

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925, abril y julio de 1926, enero, abril y octubre de 1927, julio de 1928 y enero de 1929.

(2) *Gaceta* de la época citada por Alenda (*Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, págs. 298 y 299).

En 6 de julio de 1648 se celebró una corrida de toros real en honor de San Juan Bautista, con carácter extraordinario por el aparato desplegado en la misma. Por expreso deseo del rey, concurrieron los más ilustres personajes de la corte, distinguiéndose como lidiador bizarro el almirante de Castilla. En honor del prócer y del festejo escribieron sendas composiciones rimadas poetas tan señalados como Alvaro Cubillo, Moreto, Matos Fragoso y otros menos ilustres (1).

También en 1648 se festejó en Palacio el cumpleaños de la nueva reina, ausente aún, la noche del 21 de diciembre, con una farsa mitológica en el gran salón dorado del regio Alcázar, seguida de mascarada, bailes y canciones alusivas al caso, todo a cargo de la infanta y principales damas de la corte. El último día del año celebró la villa gran mascarada con más de cien caballeros vestidos de grana y plata, acompañándoles más de cuatrocientos lacayos con hachones. Y el 11 del siguiente enero hubo lidia de toros extraordinaria.

Pero la apoteosis de aquellas fiestas nupciales la constituyó la solemne entrada pública de la nueva soberana en Madrid, el 15 de noviembre de 1649, después de largo viaje. Fué uno de los espectáculos más grandiosos que recuerdan los anales de aquel reinado. Su descripción minuciosa, siguiendo a las muchas relaciones coetáneas que la detallan (2), sería interminable.

La villa realizó grandes aprestos. Habíanse arreglado caminos, desmontado cerros, abierto explanadas y confiado a los gremios la tarea de arreglar y ornamentar muchas calles.

«Los plateros toman por su cuenta desde la puerta de Guadalajara hasta Santa María... Todo el paso ha de estar de pinturas en forma de arco o pasadizo, y a trechos con aparadores ricos de plata y oro» (3).

La cerca del Retiro trocóse en muralla provista de puerta, que se abría al Prado. En este paseo se erigió un montecillo que representaba el Parnaso simbólico, donde aparecían representados los más insignes vates españoles antiguos y modernos. Por todas partes se alzaban arcos de triunfo representando pórticos, templetes, galerías, portadas, montes, pirámides y columnas de oro y pórvido; todo de factura griega o latina y con alegorías de Césares romanos y monarcas españoles. Estaban diseminadas tales construcciones por las alturas del Espíritu Santo (en el camino de Alcalá), en la Carrera de San Jerónimo, junto a la iglesia de los Italianos y en otros puntos; en la Puerta del Sol, gradas de San Felipe, calle Mayor, Platerías y plaza del Salvador. La fuente de esta plazoleta cubriase con ancho risco, coronado por la estatua de Minerva, en cuyo torno gira-

(1) Las relaciones en prosa y verso de la corrida pueden verse en Alenda (op. cit. páginas 300 a 303).

(2) Pueden verse en Alenda (op. cit., págs. 310 a 315).

(3) Carta autógrafa de D. Jerónimo de Val al cronista de Aragón Juan Francisco Andrés, fechada en Madrid a 3 de julio de 1649. Véase Alenda (op. cit., págs. 311 y 312).

ban pájaros de varios colores y formas, y en su parte interior se agitaban otros animales entre malezas y surtidores. En la plaza de Santa María se improvisó otra construcción, representando a América y las hazañas de nuestros navegantes y conquistadores ultramarinos. En la plaza de Palacio dispusieronse varios carros de triunfo. Y todos estos artificios llevaban emblemas, inscripciones y epigramas explicativos de su significación. Aquel destartalado y sucio Madrid aparecía convertido en ciudad monumental por obra de los lienzos, las tablas y las pinturas.

A lo largo de la carrera habíanse dispuesto, según el narrador epitalámico Andosilla (1), uno de los mejor informados, hasta *treinta y seis teatros* en los extremos de las calles; esto es, tabladros para danzas y representaciones escénicas efectuadas al paso de la soberana. Todas las vías del tránsito estaban engalanadas con arte y riqueza. La preparación de adornos y festejos la encomendó el rey al consejero D. Lorenzo Ramírez de Prado (2), a quien loaron por su acierto los poetas conmemoradores de aquellos regocijos.

El día señalado hizo la reina su entrada solemne en Madrid sobre un corcel brioso, llamado *El Cisne* por su blancura de nieve, y revestido con riquísimo jaez. Llevaba un deslumbrador traje de nácar, acompañándola trescientos próceres y multitud de damas en palafrenes, con suntuosidad imponderable de joyas, trajes y guarniciones. Acudieron a recibirla los regidores vestidos de brocado. El rey, con su séquito, la aguardaba en Santa María, donde se detuvo doña Mariana para oír el *Te Deum* cantado por la Real capilla, siguiendo luego hasta el patio de Palacio, donde la recibieron la infanta, la princesa Margarita y gran número de caballeros y damas.

Siguieron ocho días de fuegos artificiales, luminarias, besamanos y una mascarada o encamisada, dispuesta por Felipe IV, formada por ocho cuadrillas de doce caballeros cada una, dirigidas todas por el rey en persona, y que dió varias carreras en los sitios acostumbrados (3), siendo una de las más grandiosas del siglo xvii por la calidad de los corredores y la suntuosidad y elegancia de sus atavíos.

No menos resonante fué la fiesta de toros y cañas celebrada en 21 de diciembre, para conmemorar el natalicio de la reina. Allí probaron su habilidad y su valor los más altos caballeros de la corte, cantados en romances y octavas reales por poetas de circunstancias.

---

(1) *Epitalamio a las felices bodas de nuestros augustos reyes Filipo y María Ana*, 1649. Está escrito en octavas reales. Otros muchos relatos en verso y prosa se compusieron entonces sobre la entrada de la reina y los festejos de Madrid. Se cree que uno de ellos lo escribió D. Pedro Caldeón. Alenda (op. cit., págs. 311 a 321).

(2) Este, en su carta a D. Luis de Haro, publicada por Alenda (op. cit., págs. 313 y 314), detalla sus diligencias con los comisarios municipales, sus trabajos y dificultades para proveerse de lo necesario, y hasta sus regateos con los mercaderes, expresando la falta de recursos y de crédito con que tuvo que luchar. «De manera —escribía él— que cada real cuesta gotas de sangre, y a mí que lo busco.»

(3) Los más frecuentes eran la explanada delantera de Palacio, la plaza de la Encarnación y la plaza Mayor.

Las composiciones poéticas en loor a la belleza y virtudes de la reina, a la felicidad del rey y a la que de su boda esperaba la nación, a la grandeza de las fiestas y a los organizadores y actores de las mismas, podrían formar un tomo de frondosa antología cortesana, abundante en hipérbolles, gongorismos y figuras de artificiosa retórica.

## *II.—Regocijos por el nacimiento del príncipe Felipe Próspero*

Con el advenimiento de la reina moza habían tornado a la corte la animación y los regocijos proverbiales de aquel reinado.

Ya en el otoño de 1649 tuvo carácter de extraordinario el recibimiento que dispensó el monarca al embajador del gran turco Mohamet IV, personaje que permaneció un año en Madrid recibiendo obsequios y festejos en su honor.

En 1650, que pasó la reina visitando los sitios reales, sus llegadas a la corte eran también solemnizadas con espectáculos públicos.

Pocos meses después de los nupciales festejos, el alborozo público tuvo nueva ocasión de manifestarse por el embarazo de doña Mariana, de la que el país entero esperaba el hijo varón que había de heredar y reunir la dilatada monarquía. El alumbramiento ocurrió el 12 de julio de 1651, y aunque de él no resultó el apetecido vástago, sino otra infanta, a la que se llamó Margarita María, no por eso dejó de celebrarse en la forma habitual. Hubo fiestas de cañas y dos grandes corridas de toros en el mes de septiembre, y de nuevo los poetas de la corte empuñaron sendas péñolas para contar en sonetos y romances el bautismo y la brillantez de los festejos.

Dos veces más fué madre la reina en los cuatro años siguientes, malográndose el fruto de tales alumbramientos.

Su juventud, las penalidades de la maternidad fallida, las nostalgias de su país, los rigores de la etiqueta palaciega, el humor sombrío que los años y los reveses de fortuna iban acarreado a su antes festivo esposo, y hasta los apuros del erario, que llegaron a dificultar incluso el abastecimiento de la nueva reina, todo contribuyó a que ésta sufriera crisis frecuentes de melancolía. Para consolarla esforzábanse rey y cortesanos en disponer fiestas, en las que se disipaban locamente los recursos, escasos aun para las más apremiantes necesidades ordinarias.

Leemos en un *Aviso* de Barrionuevo: «No hay que sacarla del Retiro, que se aflige en Palacio, donde gasta las mañanas frescas en montería de flores, los días en festines y las noches en farsas. Todo esto incesantemente, que no sé cómo no le empalagan tantos placeres» (1).

En 1652 un ingenio italiano, Vaggio Florentin, dispuso recreos de su

---

(1) *Aviso* de 24 de julio de 1655.

invención, que maravillaron a sus contemporáneos. Siguiéronse otras fiestas, como la celebrada en la Zarzuela en 1657 por el marqués de Heliche para obsequiar a los monarcas.

A fines del mismo año dió ocasión excepcional a nuevas y fastuosas diversiones el nacimiento del heredero de la corona, el príncipe Felipe Próspero. Ya en previsión del fausto suceso se habían celebrado farsas acuáticas en el Buen Retiro, fiestas teatrales y taurinas extraordinarias, mojigangas y otros regocijos. El suspirado nacimiento desbordó el júbilo cortesano y popular. No quedó en Palacio banco o mesa sin romper. Un tropel de granujas iba saqueando tabernas y bodegones, a la vez que acompañaba con música su alborozo, y «aquella noche... en las mojigangas no había capa segura, que si no estaba bien asida o con un fiador muy seguro, a ninguno le dejaron la volviese a su casa» (1).

Acudió el rey en solemne ceremonia a dar gracias a la Virgen de Atocha. Y tanto con este motivo como con el del bautizo del tierno vástago, que se celebró el 13 de diciembre, se prodigaron espléndidos festejos. Hubo fuentes que arrojaban vino, extravagantes mascaradas, pantomimas y fuegos artificiales. Las calles estaban engalanadas, y en los sitios más concurridos, como la plaza de Palacio, la puerta de Santa María, la esquina de la cárcel de corte (2) y la plazuela de San Martín, alzábanse tablados, donde se representaban obras escénicas de circunstancias con nuevas tramoyas, o se sucedían músicas y bailes de día y de noche. En la Plaza Mayor había danza de espadas; en la esquina de Santa Cruz, danza de gitanos, y en la calle de la Fuente de los Relatores, junto a la Santísima Trinidad, danza de niñas. Hasta en la puerta del Hospital general se organizó un tablado, en que representaban los practicantes. En los balcones dorados del Ayuntamiento resonaban cornetas, chirimías y clarines, y las Platerías relumbraban con sus aparadores cargados de joyas (3). Entre tantas fiestas sobresalieron la mascarada del 12 de enero, las cañas del 28 y los toros del 11 y 26 de febrero, corridos, respectivamente, en la Plaza Mayor y en el Buen Retiro, y las comedias del secretario del rey, D. Antonio de Solís, tales como *Endimión y la Luna* y *Triunfo de amor y fortuna*, representadas en el coliseo regio.

Pero no todos se entusiasmaban con tan despilfarradores espectáculos. Sor María de Agreda reprendía al rey por ellos (4). Un fraile franciscano, a quien Felipe IV encargó preces por el príncipe, se atrevió a manifestarle, según cuenta Barrionuevo, que la mejor oración sería prescindir el

---

(1) Barrionuevo, *Avisos* de 5 de diciembre.

(2) Sabido es que se hallaba donde ahora el Ministerio de Estado

(3) Relación compuesta y publicada en aquel mismo año de 1657 por Joseph Fernández de Buendía. El resumen de ésta, como de las demás relaciones que entonces vieron la luz con rimbombantes títulos, puede leerse en Alenda (op. cit., págs. 330 a 333). También Soto Aguilar, en su *Historia manuscrita de Felipe IV*, describe prolijamente las fiestas.

(4) En una carta de las muchas que escribió al rey, conocidísimas por la publicación que de ellas hizo D. Francisco Silvela.

monarca de tantas comedias y regocijos (1). Y aun entre los panegiristas cortesanos de las fiestas hubo notas discordantes, como cierto romance anónimo, donde se leía:

«Que en regocijos y fuegos  
se abraze todo Madrid  
con el afecto encendido  
de su príncipe feliz,  
si yo no tengo gusto,  
¿qué se me da a mí?  
Pero que a costa del pobre  
quiera la Villa lucir,  
y de trabajos ajenos  
haga fiestas para sí,  
de esto sí que se me da a mí» (2).

### III.—*Conmemoración de la «Paz de los Pirineos»*

El año 1659 fué también de los señalados en la historia de los festejos públicos; pues en él llegó a Madrid el mariscal Grammont, embajador extraordinario de Luis XIV, para pedir la mano de la infanta María Teresa, hija de Felipe IV, y en el mismo año se celebraron dichas bodas y se ajustó la ansiada paz con Francia, firmada por Mazarino y D. Luis de Haro en la isla fronteriza de los Faisanes, y a la que se llamó *de los Pirineos*.

Aunque la tal paz desmembraba nuestra monarquía con la pérdida del Rosellón, la Cerdaña, el Artois, Luxemburgo y algunas plazas de Flandes, y era la abdicación tácita de nuestra hegemonía en Europa, el país, cansado de una guerra desastrosa y continua, que duraba cerca de cuarenta años, acogió las nuevas de paz como el náufrago a quien se tiende la tabla de salvamento.

Llegó a la corte el 16 de octubre el emisario francés—el duque de Agramont, como le llaman las relaciones coetáneas— con numeroso y brillante séquito. Salió a recibirle a Maudes D. Cristóbal de Gaviria, introductor de embajadores, por orden de Felipe IV, celebrándose a continuación su solemne entrada en Madrid por la Puerta y calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor y Platerías, adornadas al efecto, y entre un gentío enorme y alborozado. Fué aposentado suntuosamente en el Palacio real, donde le recibió el almirante de Castilla, D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, y este prócer agasajó tres días después al ilustre huésped con un festín que hizo época.

Entre los agasajos recibidos por el embajador, descolló un concierto

---

(1) *Avisos* de junio de 1658.

(2) Citado por Alenda (op. cit., pág. 334).

que le dieron la noche del 18 de octubre los músicos de la real capilla, complaciéndole tanto la maestría y suavidad de sus voces y una de sus letras, que la hizo repetir hasta cinco veces (1).

Sucedieron los obsequios hasta el 31 de octubre, que, al amanecer, salió Grammont de Madrid, llevándose el consentimiento matrimonial.

Pocos días después, el 11 de noviembre, se supo por un correo que las suspiradas paces habían sido firmadas, y al día siguiente visitó Felipe IV, con la acostumbrada solemnidad, el santuario de Atocha en acción de gracias. Aquella noche hubo en la villa luminarias y fuegos artificiales, soltáronse los relojes y menudearon esparcimientos de toda índole.

Pero las más ostentosas fiestas por la boda y la paz no se hicieron en Madrid ni entonces, sino al año siguiente, cuando la infanta María Teresa fué con el rey, su padre, a la frontera francesa para desposarse con Luis XIV. Desde el 15 de abril, que salieron de Madrid, hasta el 26 de junio en que regresó el rey, dejando a su hija como reina de Francia, las fiestas reales no cesaron en todas las poblaciones de su tránsito; pero su mención no corresponde a este lugar.

#### IV.—Festejos por el natalicio de Carlos II

El último de los nacimientos reales, el que hizo ver la luz al que sería el desdichadísimo Carlos II *el Hechizado*, ocurrido en 6 de noviembre de 1661, colmó la medida de todos los festejos palatinos. Empezaron éstos aquella tarde misma, saliendo a ruar por las calles céntricas cuantos disponían de coche, y encendiéndose nocturnas luminarias.

Al siguiente día hubo, según un relato coetáneo, disfraces ridículos, que alegraron y divirtieron, y dos mojigangas «vestidas a lo burlesco», que recorrieron las calles y plazas donde siempre se celebraban aquellos espectáculos. Siguiéron estas bufonadas los dos inmediatos días, simulando ser sus intérpretes, ya mozos en jumentos, ya alguaciles de casa y corte; se repitieron y ampliaron los besamanos e iluminaciones, siendo también en días consecutivos devueltos a los templos de procedencia, con aparato procesional numeroso y brillante, los cuerpos de San Isidro y San Diego de Alcalá y la imagen de la Soledad, que habían sido antes llevados a la cámara regia para buscar su intercesión milagrosa en el feliz alumbramiento de la reina.

El domingo siguiente, día 13, se celebró uno de los festejos que más llamaron la atención por entonces: una mascarada que idearon y costearon los alguaciles de corte. Precedían tres trompeteros y seguían máscaras con disfraces de intención satírica, en parejas o grupos, llevando car-

---

(1) Así lo asegura una de las relaciones de los festejos en honor de Grammont, de las varias que para reseñarlos se compusieron. Vid. Alenda (op. cit., págs. 349 a 352).

teles en verso con alusión a lo que querían significar. En unos se flagelaba a los médicos, a quienes la opinión general culpaba de la prematura muerte del príncipe Felipe Próspero; y aparecían dos galenos con los guantes típicos de su profesión, empuñando el uno un vaso de noche, y el otro armado de espátulas y ungüentos. En el mote se leía:

«Si de la cámara son  
los médicos un primor,  
¿de dónde será el peor?»

Algunos grupos eran alusiones políticas o atrevidas caricaturas de tipos y aun de costumbres licenciosas, tales como las parejas de labradores y disciplinantes, las del niño y la nodriza y el colegial y la monja, de mote mal veladamente obsceno. Otras eran personajes mitológicos, irlandeses, etíopes, chinos, salvajes, gallegos, boticarios, cardenales, sacristanes, dueñas, recién casados, esportilleros, carboneros, cocheros, locos y otros variados tipos, incluso animales (camello, lechón, lebre y jabalí); todos con su intención aguda y maleante y su mote epigramático (1).

Salieron de la plaza de Antón Martín, y fueron por la calle de Atocha a recorrer las principales calles, deteniéndose ante el Palacio real (tras de cuyas vidrieras la contempló el rey con gran satisfacción) y ante los domicilios del presidente de Castilla, en la calle del Tesoro, y del primer ministro, D. Luis de Haro, que vivía al final de la actual calle Mayor.

La fiesta causó tanto gusto, que se repitió el 18 de enero siguiente. Las noches del 19 y 20 de noviembre hubo luminarias por el nacimiento del Delfín francés, y en esta última la Real Guardia española celebró en la plaza de Palacio una cabalgata con disfraces y libreas.

Por su parte los astrólogos, no escarmentados de su fracaso anterior, leían en las estrellas felicísimos presagios para el heredero real, señalando al día 6, en que nació, las virtudes más preciosamente extravagantes.

El bautismo del tierno vástago se efectuó el 21 de noviembre, y fue quizás el más solemne y pomposo de cuantos presenció España en el siglo XVII. Su descripción, minuciosamente erudita y artísticamente evocadora, ha sido hecha por el Sr. Maura Gamazo modernamente con copia de documentación y galas de estilo (2). Sólo un resumen cabe en este cuadro sintético.

La Real Capilla, donde el acto había de efectuarse, y los corredores de Palacio revistiéronse con tapices y colgaduras riquísimas. Ante el altar

---

(1) De tal mascarada se escribieron dos minuciosas relaciones, la de Gabriel de Narváez Aldana (Véase Alenda, op. cit., pág. 373) y la de Juan Francisco Rizo. Esta última, compuesta en octavas reales, puede verse reproducida íntegramente en la obra de D. Gabriel Maura Gamazo *Carlos II y su corte*, tomo I, apéndice 3.º, págs. 527 y sigts.

(2) *Carlos II y su corte*, tomo I, cap. 2.º; *El bautizo*, 1661. También el Sr. Maura Gamazo describió tal solemnidad en su artículo *El bautizo de Carlos II*, publicado en la revista de Madrid *La Lectura*, 1910, Xª, págs. 423 a 437.

mayor, y bajo un dosel de carmesí y oro, sostenido por columnas de plata, lucía la pila de Santo Domingo, llevada allí para cristianar al príncipe; en el Presbiterio, en otro templete de seda blanca, veíanse los almohadones de brocado para vestirle y desnudarle. Las alfombras turcas, los braseros de cobre, donde ardían aromáticas yerbas, la profusión de luces y músicas y la riqueza incalculable de trajes y joyas que ostentaban los asistentes al acto, producían deslumbradora impresión. Era madrina la infanta Margarita, que vestía saya de raso blanco bordado con sedas de colores, y cubría su cabeza con brillante aderezo de plumas. El niño Carlos, vestido con mantillas azules bordadas en plata, era conducido por su aya la marquesa de los Vélez en una silla de tela blanca y coral protegida por cristales valiosos, y de la que fueron portadores seis reposteros de cama. La madrina marchaba a la derecha del príncipe, y a la izquierda, para sostenerle en la pila, iba el duque de Alba, vestido a la húngara, con un blanco ropón, adornos de oro y plata y una banda de oro y carmesí. Otros grandes de España llevaban los utensilios con que habían de proceder al bateo: toallas, salero, aguamanil, etc. A cada una de las damas daba escolta uno o más caballeros, sosteniéndole otro la cola. Todos lucían galas del mayor lujo. Las guardias, con sus ricas libreas y relucientes armas, completaban el cuadro polícromo, imponente y deslumbrador.

La procesión de invitados, en las galerías de Palacio; la de carrozas, literas y guardias, en el exterior, y más aún, la abigarrada muchedumbre que ante los muros del recinto real aflucía, rebasaba los límites de lo que en los frecuentes festejos palatinos era habitual (1).

Fué la última gran fiesta del reinado, y cortesanos y pueblo, presintiéndolo, la saboreaban con fruición, cada uno a su modo y donde podía.

Varias ciudades del aún vasto imperio español, dentro y fuera de nuestra península, celebraron igualmente fiestas pomposas por los mismos o análogos motivos que alborotaron a Madrid bajo el cuarto Felipe. Cuando el rey o las personas reales las realzaron con su presencia no carecían de esplendor; pero la referencia de ellas no corresponde a este lugar.

#### *V.—Felipe IV y el teatro*

*Para terminar con el presente artículo cuanto concierne a las diversiones palaciegas bajo Felipe IV, después de haber visto las últimas fiestas cortesanas, digamos algo de los entretenimientos literarios del monarca, en el curso general de su reinado.*

\* \* \*

---

(1) Pueden verse las relaciones coetáneas del bautizo en Alenda (op. cit., págs. 373 y 374).

En la cámara de los reyes o en salones convertidos en teatros *ad hoc*, ya en el Alcázar viejo, ya en el Buen Retiro, se recitaba y declamaba con acompañamiento de músicas y danzas, como en los corrales públicos, bien en reuniones periódicas, bien en fiestas especiales de las que a cada paso y con cualquier pretexto se celebraban. El rey, su hermano D. Carlos, la reina Isabel y la infanta María Teresa, con su acompañamiento de cortesanos y damas, intervenían como actores y recitantes en tales diversiones; otras veces representaban los poetas más celebrados, y no pocas tenían intervención histriones profesionales.

El amor del rey a las farsas escénicas quizá no se limitaba a verlas representar, ni aun a representárlas él. Según público rumor, cuando en la soledad de su cámara pasaba horas enteras con el recogimiento que tan útil le hubiera sido para resolver los graves negocios del Estado, era que concebía el plan de una nueva obra dramática, la cual más tarde haría representar, con el pseudónimo *Un ingenio de esta corte*, en el teatro del Buen Retiro o en cualquiera de los corrales públicos.

Sin embargo, los estudios modernos niegan con razones muy atendibles que Felipe IV escribiera comedias (1).

A los corrales concurría Felipe IV asiduamente, si bien disfrazado y de incógnito, por no permitirlo de otra suerte la etiqueta, y oculto tras las rejas de un aposento situado en el primer piso (2), para no perder las representaciones de las obras de su amigo Vallayzán, la arenga enfática dicha con trágicos acentos por el famoso Juan de Morales, la tierna escena de amor y lágrimas fingida por María Calderón (amante real después), ni los chistes picarescos o las frases maliciosas y libres del famoso Cosme Pérez, llamado *Juan Rana*, a cuyo gracejo no resistía el más grave personaje sin trocar el austero ceño por la risa. Con las mismas precauciones que su esposo, solía asistir a los teatros la reina Isabel, no menos apasionada que éste por fiestas y espectáculos.

---

(1) El culto erudito francés Camilo Pitollet, en su artículo *Le roi d'Espagne Philippe IV. fut-il auteur dramatique?*, inserto en la revista de Bruselas *La Renaissance d'Occident*, número de abril de 1923 (pág. 787 a 795), se inclina a creer que Felipe IV no escribió comedias, aunque sí versos, como un soneto dedicado a la Muerte, y un romance al Santísimo Sacramento. Advierte, con citas documentales, que sus contemporáneos, elogiándole como poeta, y aun llamándole *Apolo español*, como hizo Lope de Vega, nada dicen ni insinúan referente a que escribiese obras escénicas, especie imaginada por tratadistas del siglo XVIII (los Luzán, García Parra, Huerta y Jovellanos), y que de ellos tomaron los modernos, sin prueba alguna. Pitolllet analiza las adjudicaciones que a Felipe IV se han hecho de comedias, cual *El conde de Exex*, y otras muy mediocres, como *Pluma, púrpura y espada sólo en Cisneros se hallan*, *Don Enrique el Doliente*, *Las Amazonas* y *Lo que pasa en un torno de monjas*, para probar que, o manifestadamente son de otros autores, o tienen paternidad dudosa, que no es verosímil achacar al Rey Felipe.

(2) Asistía con preferencia Felipe IV a las comedias de Villayzán, representadas en el corral de la Cruz, donde tenía reservado un aposento, al que entraba directamente por un pasadizo abierto en la plaza del Ángel. Así lo aseguraba un papel publicado poco después de su muerte en defensa del teatro, suspendido entonces, cuyo título es *A la Majestad Católica de Carlos II, nuestro señor, rendida consagra a sus reales pies estas vasallas voces desde su retiro la Comedia*. Le cita Sepúlveda en *El Corral de la Pachea*, pág. 63.

## VI.—Las comedias palatinas

Desde que fué rey Felipe IV, dió rienda suelta a sus aficiones escénicas. A partir del 5 de octubre de 1622, según consta por una cuenta de Palacio, se representaban periódicamente comedias en el aposento de la reina Isabel los domingos, jueves y días festivos, siendo los intérpretes las más reputadas compañías de cómicos que había en España, a cada una de las cuales se pagaban 300 reales. De modo que sólo en los primeros cuatro meses se representaron allí 43 comedias, por las que se pagó a los actores la suma de 13.500 reales (1).

En anteriores artículos referentes a fiestas cortesanas, hice mención del papel preponderante que en ellas representaban las comedias organizadas en los reales palacios. Su importancia requirió al cabo una inspección especial, que un decreto de 29 de octubre de 1661 (2) encomendó al marqués de Heliche, para las representaciones del viejo Alcázar, y al duque de Medina de las Torres para las del Buen Retiro. Unas y otras, con tales directores y con el entusiasmo regio por numen y Mecenas, llegaron a refinamientos insospechados pocos años antes en todos los artificios de luz, pintura, tramoya, decorado, indumentaria y juegos escénicos (lo que llamamos hoy *mise en scène*), que contrastaban con la pobreza de los recursos escenográficos dominante aún en los corrales públicos.

En otro artículo consigné las magnificencias alcanzadas por las farsas del Buen Retiro.

Respecto al marqués de Heliche escribió su coetáneo Bances Candamo, en un manuscrito sobre el teatro español: «Fué el primero que mandó delinear mutaciones y fingir máquinas y apariencias, cosa que, siendo mayordomo mayor el señor condestable de Castilla, ha llegado a tal punto que la vista se pasma en los teatros, usurpando el arte todo el imperio a la naturaleza. Las líneas paralelas y el pincel saben dar concavidad a la plana superficie de un lienzo, de suerte que jamás ha estado tan adelantado el aparato de la escena ni el armonioso primor de la música como en el presente siglo» (3).

Lo mismo en el Alcázar de Madrid que en los sitios reales se representaban comedias en salas a propósito, o en aposentos particulares del rey o de su familia. Pero como en ellos cabía poca gente y no había el espacio preciso para muchos juegos escénicos, fué menester construir

---

(1) Schack, en su *Historia de la literatura y del arte dramático español*, da a conocer esos datos y enumera las representaciones principales extraordinarias que desde 1622 a 1662 se dieron ante los reyes con diversos motivos (tomo IV, págs. 122 a 133, nota). Todo a base de manuscritos y hojas sueltas de la época.

(2) Idem, *id.*, pág. 132, nota.

(3) Véase Schack (op. y tomo cit., pág. 132, nota).

teatros *ad hoc* dentro de los palacios para satisfacer el gusto de sus regios moradores.

Felipe IV hizo venir de Italia en 1626 al gran artista escenográfico, pintor, arquitecto e ingeniero florentino Cosme Lotti, para construir un teatro palatino. Lotti causó pasmo por sus decoraciones magníficas y sus complicadas tramoyas, hasta el punto de apodársele *el Hechicero*, y durante muchos años fué el constructor, director y renovador de la escenografía teatral, tanto en los tablados como en los carros ambulantes que se usaban para las farsas dramáticas palatinas, igual en los alcázares de Madrid que en los sitios reales (1).

Lope de Vega encomia el aparato escénico con que se representó en el año 1629 su égloga *La selva sin amor*, corriendo a cargo de Lotti el decorado.

Pero es justo recordar que antes de su venida, ya en 1622, en la representación teatral que dirigió el conde de Villamediana en Aranjuez, las mutaciones y tramoyas llamaron la atención de los espectadores.

Para las máscaras y comedias con que se solemnizó en el salón teatro del Alcázar de Madrid el cumpleaños de la reina doña Mariana de Austria, a poco de celebrado su desposorio con el rey Felipe, fué decorado aquel coliseo por los pintores Pedro Núñez y Francisco Ricci, descollando entre su ornamentación columnas salomónicas revestidas de sarmientos y racimos de plata, frontispicios con ángeles, guirnaldas y tarjetones, y un magnífico solio para la infanta María Teresa (2).

Las representaciones palaciegas se hacían indistintamente en el salón teatro o en otros aposentos.

Conocemos los pormenores con que se preparaban las habitaciones reales para celebrar reuniones literarias y comedias, de las que no habían de representarse en los teatros fabricados a propósito en los alcázares, por la exhumación de datos que nos suministra un moderno erudito:

«Colocábase la silla de S. M. sobre una alfombra a la puerta del saloncete del dormitorio, diez o doce pies separada de la pared, y detrás de ella un biombo; a la izquierda, las almohadas para la reina, y si había príncipes o infantas, almohadas al lado de las de la reina. Extendíanse para las damas alfombras por los lados a lo largo, algo desviadas de SS. MM., de forma que no estorbasen la puerta del saloncete que estaba sobre el zaguán, y era por donde SS. MM. salían a ver la comedia. Para los que tenían entrada a aquel acto se ponían bancos cubiertos de tapicería detrás de SS. MM... A la parte del vestuario unas veces se armaba teatro y otras se ponía un biombo. El jefe de la cerería y un ayuda de este oficio entraban a mudar o a espabilar las hachas de cera cuando era menester, procurando excusarlo todo lo posible» (3).

---

(1) Morillejo, *Escenografía española*, pág. 28.

(2) Documentos del Archivo del Palacio Real, citados por Morillejo, (*Escenografía española*, págs. 28 y 29).

(3) Rodríguez Villa, *Etiquetas de la Casa de Austria*, págs. 209 y 210).

VII.—*Chocarrerías escénicas en los teatros del rey*

Con ocasión de las representaciones en los coliseos regios abundaban las bufonadas, escenas y rasgos poco edificantes, preparados *ad hoc* para divertir a las reales personas.

A veces los cómicos decían frases descocadas ante el rey, la reina y la corte sin miramiento alguno.

En el Buen Retiro censuró un día el comediante Osorio a los que no sabían sino el papel de memoria, y empezó a referir escenas escandalosas de las damas de la corte que estaban presentes. Otro día el famoso *Juan Rana* representaba en un entremés de Quiñones de Benavente el papel de alcaide del Buen Retiro; y dirigiéndose a los actores, que figuraban ser forasteros, iba enseñándoles las curiosidades del sitio real. Les mostró los hermosos lienzos de aquel salón de espectáculos, entre los cuales se abrían ventanas que comunicaban con aposentos, desde donde contemplaban la función las personas de la grandeza; y, divisando en una de las ventanas a dos señoras de alto copete, ya de alguna edad y con el rostro muy pintado, improvisó así, señalándolas: «Contemplad aquellas pinturas. ¡Qué bien y qué a lo vivo están pintadas aquellas dos viejas! No les falta más que la voz, y, si hablasen, creería yo que estaban vivas, porque, con efecto, el arte de la pinturaha llegado a lo sumo en nuestro tiempo» (1).

Muy típico es el caso de la comedia que se improvisó en el coliseo del Buen Retiro, cuyo argumento, ideado por Felipe IV, era la creación del mundo. Tomaron parte en ella los más preclaros comediógrafos. Vélez de Guevara, ya septuagenario, encargóse de representar al Padre Eterno. La parte de Adán la interpretó D. Pedro Calderón, joven aún entonces; Moreto hizo de Abel, y otro escritor desempeñó el papel de Eva.

Calderón había hurtado a Vélez unas peras por chanza, y al verse en escena, habiendo de improvisar sus papeles respectivos, hablaron así:

ADÁN.	«Padre Eterno de la luz, ¿por qué en mi mal perseveras?
PADRE ETERNO.	Porque os comisteis las peras, y juro a Dios y a esta cruz que os he de echar a galeras.»

Hizo Calderón una prolija defensa de su hurto, acusando de otros a Vélez, el cual, cansado de oírle, y más aún de sostener en su mano un

---

(1) Refiere este caso Caramuel, *Primus calamus*, pág. 707, y le reproduce D. Casiano Pellicer en su *Origen de la comedia*, tomo II, págs. 69 a 71).

pesado globo, emblema del mundo, de que su papel le hacía autor, le arrojó al suelo, replicando esta chuscada:

«Por el cielo superior,  
y de mi mano formado,  
que me pesa haber criado  
un Adán tan hablador» (1).

Siguió un coloquio amoroso entre Eva y Adán, que se prodigaron mil ternezas de esta suerte:

ADÁN. «Eva, mi dulce placer,  
carne de la carne mía...  
EVA. Mi esperanza, mi alegría...  
ABEL. Estos me quieren hacer»,

interrumpió Moreto, que aguardaba impaciente entre bastidores la ocasión de salir a escena, presentándose en ella de improviso y recordando su papel de futuro hijo de la primera pareja humana (2).

¿Quién adivinaría en uno de los actores de tal caricatura bíblica al piadosísimo autor de *La devoción de la Cruz* y de los *Autos sacramentales*?

La presencia de la reina no era obstáculo, sino aliciente a veces, para las bromas pesadas durante las representaciones.

Así lo leemos en una *Noticia* de la época: «Los reyes se entretienen en el Buen Retiro oyendo las comedias en el coliseo, donde nuestra señora mostrando gusto por verlas silbar, se ha ido haciendo con todas, malas y buenas, esta misma diligencia. Asfímismo, para que viese todo lo que pasa en los corrales, en la cazuela de las mujeres se ha representado bien al vivo, mesándose y arañándose unas, dándose vaya otras, y mofándolas los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas, que, abiertas, saltaban; y ayudado este alboroto de silbatos, chiflos y castradores se hace espectáculo más de gusto que de decencia» (3). Las mujeres vengábanse de tales sustos y ultrajes, como dice otra relación, «echando por la boca lo que no parecía hecho para los oídos de S. M.» (4).

Caprichos tan poco serios no dejan muy bien parado el gusto ni la sensibilidad de la primera esposa del rey poeta.

---

(1) Otros relatos cambian los dos primeros versos de esta redondilla por otros menos oportunos.

(2) El escritor portugués del siglo XVII, Pedro José Suppico de Moraes, es quien refiere con más pormenor aquella escena en su libro *Collecção politica de apophthegmas memoraveis* (libro III) pág. 95. Lisboa, 1633). He utilizado el ejemplar que guarda la Biblioteca Municipal de Madrid. Algunos escritores modernos, como Monreal (*Cuadros viejos*, pág. 358, y Picatoste (*El siglo XVII*, pág. 159), copian la relación, pero con mutilaciones que le quitan su gracia.

(3) *Avisos*, de Pellicer, correspondientes a 14 de febrero de 1640 (*Sem. erud.*, tomo XXXI, pág. 139).

(4) Citada por Picatoste (*El siglo XVII*, pág. 117).

*VIII.—Una academia de improvisación literaria en el Alcázar del Rey*

El rey formó en el Alcázar una academia, al modo de las que tan en boga estaban por entonces, para reunir a los más preclaros ingenios, que improvisaban versos, diálogos y farsas escénicas, casi siempre de carácter burlesco, desenfadado y atrevidísimo, siendo lo más singular a nuestros ojos, que entre los asuntos, dados con ligera antelación, predominaban los de índole religiosa, representándose sin pizca de respeto y entre chocarrierías irreverentes a personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, sin excluir al mismo Dios.

Allí acudían a solazar los ocios del monarca, actuando a la vez de autores y de actores, poetas como Vélez de Guevara, Villaizán, Mendoza, Quevedo, Moreto, Rojas y Calderón; aunque éste desde que recibió órdenes sagradas se abstuvo de concurrir a farsas y certámenes, que si a veces eran graciosos torneos de ingenio, degeneraban otras en chabacanerías soeces; pues en las improvisaciones se solían buscar consonantes que sugiriesen el recuerdo de palabras obscenas o hiciesen caer en ellas a los rimadores.

De modo que los chistes desvergonzados o impíos y las palabras malsonantes habían ascendido desde la taberna y el tugurio hasta los salones regios. Lo que más se celebraba eran las improvisaciones poéticas.

En los *Avisos*, de 20 de abril de 1636, leemos: «Hubo grandes preveniciones en Palacio para entremeses y comedias de repente, habiendo prevenido los comediantes hiciesen cuantas bufonadas pudiesen para hacer reír a S. M.» (1).

En el mismo año de 1636 fué pasmo de la corte como improvisador el poeta Atillano. Oigamos a una noticia de entonces: «Víspera de año nuevo, sus Majestades fueron a comer en el Buen Retiro, donde a la tarde hubo cierta manera de comedia y fiesta nunca vista en España. Salió por lo primero el poeta Atillano, que ha venido de las Indias, y a quien justamente podíamos llamar monstruo de naturaleza, como lo mostró en esta ocasión; porque es tal su furor poético, que de repente echa un torrente de versos castellanos sobre cualquier materia que le proponen, y esto con estilo relevante, mucha sazón y encaje de lugares de la Sagrada Escritura y de autores antiguos traídos muy a propósito, con sus comparaciones, énfasis, digresiones y figuras poéticas, que pone admiración y deja atónitos a los que le oyen, creyendo muchos que no puede ser esto sino arte del diablo...

---

(1) Manuscrito de la Biblioteca Nacional, H. 38, sobre sucesos desde febrero de 1636 a septiembre de 1642 (Schack, op. y tomo cit., pág. 128, nota).

A Atilano siguió Cristóbal el ciego, tan conocido en esta corte. Hizo también muestra de su habilidad haciendo sus coplas de repente... Después de los poetas parecieron Calabaza, los enanos, la enana, el negrilla y las que llaman sabandijas del conde, y éstos también representaron sus figuras y hicieron mil monerías para reír; últimamente el baile y la máscara, con que se concluyó este regocijo (1).»

Una de dichas academias se reunió en el Buen Retiro en 19 de febrero de 1637 a presencia del rey, siendo uno de los festejos con que se conmemoró la elevación del monarca de Hungría a la dignidad de rey de romanos. Consistió en un certamen con una especie de oficina para anunciar los asuntos sobre los que habían de versar los versos improvisados en él, y admitir o rechazar previamente los temas propuestos por los poetas. Para adjudicar premios se formó un Tribunal, que presidía el novelista y comediógrafo Vélez de Guevara, ujier de la cámara de S. M., y del que formaban parte como jueces el ministro D. Luis de Haro, el protonotario de Aragón D. Jerónimo de Villanueva, el príncipe de Esquilache, el conde de la Moncloa y otros personajes menos conocidos, actuando como fiscal el gran dramaturgo Rojas Zorrilla, y como secretario Alfonso de Batres. Este Tribunal se encargó de anunciar los asuntos del concurso, establecer el reglamento y proceder al vejamen o crítica burlesca de las obras presentadas. El fiscal, como era de rigor en tales academias, tenía que atacar un informe presentado por el secretario.

Sobre la insulsa chabacanería de aquel certamen podemos juzgar por los temas siguientes: *¿Por qué a las criadas de Palacio las llaman mondongas, no vendiendo mondongo? ¿Por qué las beatas no tienen unto? ¿En qué caerán primero los regidores de la villa, en la tentación o en la plaza? ¿Con qué defendería mejor la entrada del Buen Retiro su alcalde, con el cuidado o con la panza? ¿Por qué a Judas le pintan con barba rubia?* (2). Sobre estas y otras bufonadas improvisaron poéticas disertaciones escritores del fuste de Solís, Cáncer, el entremesista Benavente y el propio Rojas, aguzando el ingenio para inventar glosas de poetas conocidos, o alusiones a cosas recientes. Morel Fatio ha hecho un estudio eruditísimo de aquella academia de 1637, reproduciendo su reglamento, los versos que se presentaron al concurso —romances y poesías líricas—, vejámenes y todos los demás puntos referentes a tal diversión. Y se muestra singularmente benévolo con aquellos desahogos pseudoliterarios, escribiendo sobre el particular: «Para juzgar esa poesía como se debe, es preciso tomarla por lo que es. Se trata de improvisar un asunto dado de antemano, una pieza en verso, cuyas formas y dimensión están exactamente determinadas; cuestión de habilidad nada más. Se comprende que las elevaciones de arte y estilo nada tienen que hacer ahí... Los temas propuestos a la

---

(1) Noticias de 10 de enero de 1636. Vid. Rodríguez Villa, *La corte y la monarquía de España, etc.*, págs. 7 y 8.

(2) Noticias publicadas por el Sr. Rodríguez Villa, *La corte y la monarquía, etc.*, pág. 103.

academia del Buen Retiro no se referían sino a glosas más o menos burlescas, sembradas de oportunas palabras y alusiones a las diversas peripecias de las fiestas, o a las gentes de la corte y de la ciudad.

... Esta academia es una chanza, a veces algo atrevida; pero que se debe leer y comprender como tal, sin darle más importancia de la que merece por el fondo de las ideas. Hay en ella, si se quiere, el germen de la decadencia vergonzosa de fines del siglo xvii; pero se distingue al menos «por cierto respeto a la forma y a la lengua, tanto como al verso» (1).

\* \* \*

Los anales de las fiestas cortesanas en España no recuerdan fiebre espectacular y bulliciosa tan intensa y prolongada como lo fueron los cuarenta y cuatro años del reinado del *Rey poeta*. Con buen o con mal gusto, con chocarrería o con exquisitez, aquella corte no conocía punto de descanso en sus diversiones. Nunca presencié Madrid un ciclo más continuo y brillante. La muerte de Felipe IV le dió fin en 1665.

La taciturnidad enfermiza del nuevo rey, Carlos II, y las negras tocas que la viudez puso en la regente, su madre, monja en la indumentaria, según Carreño de Miranda la retrató, y monja en el espíritu, no eran a propósito para holgorios y divertimientos. Una ola negra parecía envolver aquella corte, poco antes pletórica de bullicio, de animación, de músicas, de colores, de suntuosidades espléndidas, de jocundos regocijos, que, echando un velo de frivolidad sobre las desgracias públicas, eran un vivo y perenne canto a la alegría de vivir.

Después, la austeridad de los primeros Borbones y los sacudimientos militares y políticos del siglo último, impidieron que volviese a haber etapa análoga de esplendores palacianos.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

*Universidad de Valencia.*

---

(1) *Académie burlesque célébrée par les poètes de Madrid au Buen Retiro en 1637* (cap. VII del libro *L'Espagne au XVI et XVII siècles. Documents historiques et littéraires*, págs. 663 a 667, y notas al mismo, págs. 668 a 676). La cita copiada corresponde a la pág. 609.

## VARIEDADES

### Nota sobre Juan Meléndez Valdés

En el último número de la REVISTA hicimos alusión a la amistad que unió a Mariano de Urquijo con Meléndez Valdés. Las dos vidas presentan ciertos contactos literarios, unidad de gustos, y en lo político la tendencia que aceptan ambos es una misma. Amistad mantenida largamente. Vimos ya cómo el poeta dedica un soneto al político cuando fué agraciado con el Toisón de Oro. La creencia de que Meléndez Valdés —amigo de Jovellanos y de su grupo— consagraría su verso a Urquijo en alguna otra ocasión, nos hizo examinar los papeles que a éste pertenecieron y que se conservan en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional. Bajo la signatura 19.576, fol. 176, hallamos unos pliegos pulcramente escritos que contienen una composición, creemos que inédita hasta ahora, en que se conmemora el nombramiento hecho por Carlos IV a favor de Urquijo de la difícil Embajada de La Haya.

En las colecciones generales de obras de Meléndez Valdés no ha sido incluida (*Biblioteca de Autores Españoles*, tomo LXIII. Salinas, *Meléndez Valdés: Clásicos Castellanos*). Tampoco lo hicieron Foulché Delbosch ni Serrano Sanz en sus dos aportaciones a la obra total del poeta (*Revue Hispanique*, 1894, págs. 166 a 195, y 1897, págs. 266 a 313, respectivamente).

Estos versos carecen de firma. Comparando algunos autógrafos, indiscutibles con nuestro pliego, se notan claramente coincidencias caligráficas y el mismo orden y pulcritud en la copia, que son las características de los manuscritos del jefe de la escuela de Salamanca. A este dato, meramente externo, hay que añadir el estilo literario y las alusiones —Jovellanos, entre ellas—, que denuncian claramente la procedencia de estos agradables versos.

*«Rapto Poético en alabanza del Exmo. Señor Dn. Mariano de Urquijo, Embaxador extraordinario de S. M. para el Haya, del Consejo de Estado, etc., etc.»*

Bate, céfiro blando, con tus alas  
de mi lánguida frente  
el círculo ceñudo, y en delicias  
me baña prestamente.

Este bosque circunda, y divagando  
por árboles y flores  
sus cálices apura y vierte luego  
sobre ellas sus olores.

Agita más tus plumas, y rastrero  
por la tersa llanura  
gira de aquel estanque recogiendo  
para mí su frescura.

¿El trasudor no adviertes y las gotas  
que corren hilo a hilo  
por mis miembros ardientes desalados  
hasta encontrar tu asilo?

Del torbellino cortesano huyendo,  
aquí, fabonio blando,  
las cortas horas que robarle puedo,  
paso contigo hablando.

Aquí de la natura a la belleza  
y benéficos dones  
el corazón extático se exala  
en dulces efusiones.

Aquí el seno sensible dilatarse  
me parece que noto,  
y el triste corazón saltar de gozo  
su calabozo roto.

Aquí la unión felice de un amigo,  
de Jovino la gloria,  
el embeleso de la Quilt, de Delio  
la fúnebre memoria.

En mi zampoña rústica sonaron;  
y tú en tanto agitabas  
de los sauces las copas bullicioso,  
y el son acompañabas.

¿Pues porque hoy no me alhagas? Templa, templa,  
pérfido, mis ardores;  
así goces de Flora en el regazo  
mil plácidos amores.

Así en su blando seno revolando...;  
pero no, lascivuelo,  
dexa su seno, y al ardiente mío  
gira con raudo vuelo.»

Por el bello Retiro en una siesta  
entrando así decía:  
el sol su activa lumbre derramaba  
y el viento no me oía.

Mudos los paxarillos eludían  
sus penetrantes llamas  
con fatiga durísima alentando  
vajo las quietas ramas.

Todo un silencio pavoroso, todo  
lóbrega calma ostenta:  
las sombras, la quietud, los troncos, todo  
mi admiración aumenta.

Del pecho entonces sorprendido, entonces  
a la mente volaron  
mil súbitas ideas, y en dichosa  
suspensión la embargaron.

Mil plácidas imágenes y formas  
de ellas su ser tomaban;  
circundaban mis músculos, y en todos  
dulce néctar dexaban.

Por las lánguidas fibras un deliquio  
se filtraba alhagüeño;  
quedó su acción inerte, y ocupadas  
de un grato y blando sueño.

A este punto latir el fértil seno  
de la tierra sentía,  
inflamarse su paz y que conmigo  
hasta el éter subía.

Su elemento sutil, cándidos genios  
traspasar revolando  
atónito miraba, por mi frente  
qual cometa cruzando.

La sien invulnerable de laureles  
coronada ostentaban,  
y a la délfica lira, don del cielo,  
dulces cantos fiaban.

Entre ellos yo le vi; no hay duda, entre ellos,  
*El Joven*, que del Sena  
los dulces cisnes imitó, cantando  
por su margen amena;

Después que en la de Henares, del profundo  
seno del alma Astrea  
rompió el obsceno velo, complicado  
con improba tarea.

Aquel *joven* sublime que a la orilla  
del Támesis nubloso  
dió del héspero numen el dechado  
más alto y portentoso:

De Volter y de Milton los primores  
con sus aguas gustando;  
y en la «muerte de César» las bellezas  
de los dos apurando.

Este, pues, éste de la augusta trompa,  
no ya el fuerte sonido,  
afinando qual antes, ni a la lira  
el suave quejido.

Templando, no; del apolíneo coro  
en las alas llevado  
era rápidamente, y a la cima  
del Olimpo elevado.

El desde allí, de los brillantes astros,  
al ver el movimiento  
por elípticas faxas, y qual ciñen  
del sol el firme asiento:

La masa enorme de fulgor que exala  
desde el trono radiante  
este inmenso planeta transmitida  
al glovo más distante.

Como también el aterido y cano  
Saturno se encamina  
en derredor de todos mendigando  
la luz que le ilumina:

El giro de la tierra, y en su disco  
qual la luna voltea;  
así prorrumpió airado, mil especies  
revolviendo en su idea.

«Y el hombre ciego de su noble origen  
¿hasta cuándo la gloria  
frenético ajará, y en los planetas  
la armonía y la concordia

admirará indolente? Quien el rumbo  
de sus pasos prescribe,  
y el infinito círculo de seres  
en su saber inscribe:

El que al agua, al fuego y a los vientos  
el límite y potencia  
denodado señala, y obrar hace  
a merced de su ciencia:

De sus viles pasiones vil esclavo,  
¿hasta cuándo la mano  
en humo, en sangre y en furor teñida  
tendrá contra su hermano?

¡Oh, si la rienda del poder fiada  
fuera un día a mi anhelo!  
sólo el mortal entonces las venturas  
emulara del cielo...»

Dixo: Y al punto de su dócil alma  
la ternura mostraron  
en lágrimas sus ojos, que el aspecto  
benéfico inundaron.

En líquidos aljófares descende  
hasta el suelo su llanto;  
riega el ibero fértil, y la *Hesperia*  
modera su quebranto.

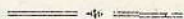
Con languidez aparta los cabellos  
de su ofuscada frente;  
sus párpados divide, y a los cielos  
los vuelve tristemente.

Le ve; y el cetro de dos mundos pone  
en su robusta mano,  
y a la esperanza, al placer entrega  
su pecho soberano.

Mientras que el iracundo y fiero Marte  
se oculta despechado;  
y la brillante Venus y el gran Febo  
le miran con agrado.

MARÍA DEL PILAR LAMARQUE.

*Archivo de Hacienda. — Pontevedra.*



## Orígenes del Archivo de protocolos de Madrid

Como no había encontrado dato alguno referente al Archivo de protocolos de Madrid, ha tenido para mí el aliciente de la novedad la lectura de algunos documentos que colocan en el reinado de Carlos III los orígenes de este Archivo.

Proyectos de organización del mismo hubo en reinados anteriores, a juzgar por algunas palabras del *Informe sobre los Archivos*, de S. A. Riol: «Los daños y perjuicios que resultarían—dice este autor—de la pérdida de los protocolos, o de andar sin la custodia y recato que conviene, podrán más fácilmente considerarse que decirse, y cuando no fuese otro que el de la fácil disposición que tendría la malicia para introducir y suplantarlo en ellos lo que quisiera, bastaba sólo para procurar su custodia y colección.»

Eso no obstante, ni en la Corte, ni en todo el reino, a principios del siglo XVIII, los protocolos y papeles de los escribanos reales tenían más archivo ni resguardo que la casa en que cada uno vivía, y a su muerte quedaban por herencia a sus mujeres e hijos, los cuales los vendían a sus sucesores en los mismos oficios, si los querían comprar, y si no, a los confiteros o coheteros, que indistintamente los consumían en envolver sus géneros.

Felipe V trató de poner remedio a tan pernicioso mal, y por Real decreto de 23 de junio de 1701 expresó al Consejo la conveniencia de establecer en Madrid, ciudades cabeza de provincia y otras de numerosa población, un Archivo donde permaneciesen en buena custodia los protocolos de los escribanos reales. No debió, por las contingencias de aquellos azarosos días, darse a la cuestión más alcance, a pesar de que ya en los días de Carlos II, por otro Real decreto dirigido al Consejo, se le consultaba sobre la conveniencia de que en las casas del Ayuntamiento de Madrid (y de cada ciudad, villa o lugar grande) se recogiesen todos los registros de los escribanos de número que muriesen.

Los protocolos de los escribanos de provincia, que despachaban con los ministros de la Sala de Alcaldes, jueces ordinarios en primera instancia, en los pleitos civiles y ejecutivos entre partes, formaban también un número excesivo de papeles; pues estos escribanos no sólo corrieron con los pleitos, sino que ante ellos se otorgaron testamentos, capitulaciones matrimoniales, escrituras de ventas, censos y otras de la competencia de los escribanos reales, con la particularidad de que acostumbraron ser los de mayor entidad e importancia. Y sin embargo, en 1725 fueron hallados en una cueva o sótano de los oficios de provincia, en que tenían documentos las primeras casas de estos reinos, un excesivo número de papeles, tan deshechos y consumidos por la humedad, que muchos eran inútiles.

En líneas generales se puede decir que en Madrid, a mediados del siglo XVIII, los papeles procedentes de las escribanías, tanto reales como

de provincia, si no se hallaban en cuevas o desvanes de las casas que habitaban los escribanos, se hallaban recogidos en casuchas inhabitables, o en sótanos y dependencias de conventos, amontonados y revueltos.

Y que en este estado debieron sufrir considerablemente lo muestra el que un siglo después, cuando el Gobierno dicta, en 1851, medidas para asegurar la conservación de los protocolos a la muerte de los escribanos, se lamenta del estado de incuria y abandono en que se encontraban, porque al morir los escribanos se creían sus herederos con dominio absoluto sobre los protocolos, y disponían de los instrumentos públicos como de cosa heredada; no sólo cuando era oficio enajenado, sino aun en los de libre provisión del Estado, contrataban la entrega con los sucesores en el oficio, o los retenían cuando no llegaban a entenderse en el precio. Algo evitó este desorden la ley del Notariado de 1862 declarando que los protocolos pertenecían al Estado y ordenando en sus disposiciones transitorias que las escrituras públicas que existiesen en poder de particulares pasaran al Archivo de las Notarías que el Gobierno designara; pero todavía tuvo que excitar, pasados unos años, que se estimulase el celo de los particulares y corporaciones en cuyo poder se encontraban archivos de protocolos para que los entregasen.

En la Corte se había introducido alguna novedad en los papeles y protocolos de los escribanos, a juzgar por una Real cédula de S. M. y señores del Consejo --la fecha, desde El Pardo, a 5 de marzo de 1765--, que contiene una serie de interesantes datos. D. Vicente García de Trío, vecino de Madrid, acudió al Consejo de Castilla ofreciéndose a hacer la recolección (así dice la cédula) de los protocolos de escribanos reales que habían fallecido en Madrid y se hallaban dispersos en poder de comunidades seculares y regulares, o de otras personas, expuestos a la ruina, y buscar casa en que pudiera colocarlos en forma de Archivo. D. Vicente buscaría la casa, que habría de reunir las condiciones debidas para la metódica y ordenada colocación de los registros de escrituras y papeles de escribanos reales que recogiere; que estos protocolos serían los que al presente estuviesen en poder de viudas, comunidades y personas que no fuesen escribanos de cámara, número y provincia, los cuales le habían de ser entregados inmediatamente para ponerlos en el Archivo general; que también le serían entregados los registros de escrituras y papeles de escribanos al tiempo que muriesen, se ausentasen o dejasen de ejercer el oficio, con más (en estos casos) de los protocolos que conservasen de otros escribanos y que tuviesen en su poder; que de estos documentos, sometidos a incautación, no podría de momento darse ningún testimonio hasta que no fuesen entregados; que D. Vicente podría dar todas las compulsas y certificaciones que se le pidieren de los registros que fuese llevando a su Casa-Archivo, donde los registros estarían siempre bien colocados y puestos con todo orden y aseo, empergaminados, rotulados y foliados los que no lo estuviesen; que para que esta incorporación no determinase violencia ni perjuicio al común, ni agravio a persona determinada, siempre que hubiese viuda o hijo de escribano de quien fuesen los registros, se les entregaría la tercera parte de los derechos líquidos que produjesen las compulsas o testimonios, deducidos los de busca, auto e importe del papel, y si el escribano hubiese dispuesto en su testamento del producto de sus registros, se les daría la

misma tercera parte para que se emplease en los fines prevenidos; que sólo se exceptuarían los protocolos que se adquiriesen por prudente consideración o justa tasación; que los alcaldes, tenientes de corregidor y demás justicias contribuirían a la recolección de los registros y a la planta y conservación del Archivo; que en el mismo se pondría una relación universal, dada por cada uno de los escribanos que hay en ejercicio, de los registros y papeles que tuviesen, y de qué escribanos procedían, para que cuando no se hallase en el archivo el documento que se buscase se supiera en el oficio de qué escribano se hallaba (en estas relaciones se procurará indicar cómo han pasado los oficios de un escribano a otro, y los años en que empezaron y concluyeron); que en lo sucesivo los escribanos no podrían tener ni recibir registros de otros, pues los que no tuviesen al tiempo de dictarse esta resolución habrían de pasar al archivo; que si el rey, movido por otras razones, crease un Archivo general de registros de escribanos reales de distinta forma al propuesto, que nombraría archivero de él al petionario, con el sueldo o emolumentos prevenidos; que tanto los alcaldes de casa y corte, que despachan con los escribanos de provincia, como el corregidor y sus dos tenientes, respecto a los escribanos de número, no consentirían que guardasen los registros en sótanos, desvanes o parajes incómodos, visitando una vez cada año su situación y dando las providencias convenientes para libertar a los papeles de toda contingencia, y lo mismo haría el juez visitador de escribanos; que los escribanos reales en manera alguna admitirían protocolos que estuviesen en poder de particulares o comunidades; que los instrumentos que en lo sucesivo se otorgasen, para que estuviesen con la debida seguridad y custodia, serían por los escribanos respectivos que al presente hay en Madrid o hubiese en adelante, debidamente coordinados y encuadrados, foliando el protocolo y poniendo índice de los instrumentos; que quedando estos protocolos durante sus días del libre manejo de los escribanos que los otorgasen, mandarían al Archivo relación puntual de su nombre, calle y casa donde viven, Tribunal u oficio donde asisten y las variaciones de casa o asistencia que puedan experimentar, a fin de que noticioso el archivero del fallecimiento o cese de un escribano pasase a recoger sus papeles, con lo que no sólo se lograría que los instrumentos públicos no sufriesen deterioro y que nadie actuase sin legítimo título, sino que los escribanos percibiesen los mismos derechos que si tuvieran los protocolos en su poder, cediendo, aun en mayor honor de su empleo, seguridad de la fe pública, descuido y satisfacción en sus conciencias por tener sus papeles puestos en una oficina pública bajo la protección del Consejo, y por último, que los escribanos podrían con libertad acudir a sacar cualesquier noticias o testimonios que les pidiesen los particulares.

Habiéndose visto en el Consejo la petición de D. Vicente García de Trío, y oída la información del fiscal del mismo Consejo, que coadyuvó la petición, fué de parecer el Consejo que debieran ser admitidos, y propuso que el D. Vicente, en calidad de depositario, procediese a recoger todos los protocolos de escribanos reales difuntos que se hallaren en poder de personas particulares o comunidades, en término de cuatro meses, bajo la dirección del juez de ministros. D. Vicente así lo hizo, y en noviembre de 1764 hizo constar que había recogido en la casa que tenía tomada en la

plaza de los Caños del Peral dos mil tomos de protocolos de escribanos, que estaban en poder de personas particulares, cofradías y conventos, en contravención a las leyes del reino, diligencia informada favorablemente por el juez de ministros, que hizo constar la buena colocación y aseo de dichos protocolos en estantes.

El éxito de sus gestiones animó a D. Vicente García de Trío, y en memorial elevado al monarca le pidió que le concediese el título de archivero del mencionado archivo general de protocolos, para sí, sus herederos y sucesores, con la facultad de nombrar teniente y la gracia de honores de secretario del rey. Informado el memorial por el Consejo, el rey, por su cédula de la fecha antes citada, nombró archivero, por sólo los días de su vida, al nominado D. Vicente García de Trío, con todas las honras y preeminencias que en calidad de archivero le correspondiesen, y que se le diese toda fe y crédito, en juicio y fuera de él, con otras declaraciones, como la de aprobar las condiciones propuestas tal como el Consejo las enmendó, y con la introducción en el Archivo, no sólo de los papeles que habían sido ya recolectados, sino también los de los protocolos de escrituras y papeles que estuviesen en poder de escribanos reales y perteneciesen a escribanos difuntos, suspensos, privados o ausentes, los cuales en lo sucesivo no podrían pasar de un oficio a otro, sino al Archivo general de protocolos.

Mandó al mismo tiempo el rey que el juez de ministros del Consejo visitase el Archivo todos los años y diese cuenta al mismo del estado de conservación de los papeles y de cuanto notase digno de remedio, para proceder como conviniese.

Ante los ministros del Consejo de Castilla de la Sala de Gobierno juró García de Trío el cargo de archivero en 11 de marzo de 1765, y presentado el título al teniente de corregidor de Madrid, y habiéndole obedecido, dictó después dicho teniente, D. Pedro José Pérez Valiente, en 14 del mismo mes, un auto por el cual, en cumplimiento de lo mandado, se dispuso que se hiciese saber especialmente a los escribanos de número y provincia de Madrid, que no autorizasen providencia que mandase dar traslados y testimonios de escrituras y papeles de escribanos reales que no se hallasen en el Archivo general, establecido a este fin, ya que en virtud de Real cédula correspondía privativamente al archivero nombrado por el rey dar las certificaciones que se le pidiesen, y también para que entregasen en el citado Archivo todos los protocolos y papeles de escribanos que tuviesen sin precisa conexidad y concernencia a la propiedad de sus oficios.

Los pocos elementos de que hemos dispuesto al redactar este esbozo de formación del Archivo general de protocolos de Madrid nos impiden puntualizar cómo fué cumplida esta orden; pero hay motivos para sospechar que lo fué a medias, como suelen serlo todas las que atacan intereses particulares.

Por bando de 27 de septiembre de 1765, publicado en Madrid de orden del Consejo, en conformidad con lo prevenido sobre la erección del Archivo general de protocolos, y para que tuviese efecto tan útil establecimiento, se mandó que todos los escribanos reales, personas particulares, cofradías y otras cualesquier que tuviesen en su poder protocolos de escrituras y papeles de escribanos los pusiesen en el citado Archivo general en el término de un mes, y bajo la multa de cien ducados; y que todos los escri-

banos reales, conforme a lo dispuesto al establecer el Archivo, pasaran a mismo, en el mes de enero de cada año, relaciones juradas de cuantos instrumentos hubiesen otorgado en el año anterior, y jurarían si les habían quedado protocolos de otros escribanos, y que no cumpliéndolo así quedarían suspensos en el ejercicio de sus oficios hasta que lo practicasen.

Tan grande debió ser la resistencia de los escribanos a obedecer la Real cédula en lo que se refería a la entrega de los papeles y protocolos de escrituras que conservaban procedentes de sus predecesores en el oficio, que en 7 de julio de 1766, o sea casi un año después, se hizo publicar un bando del teniente corregidor de la Villa en el que se dice que sin embargo de lo público y notorio que es en la corte (y aun fuera de ella) el útil establecimiento del Archivo general para seguridad, custodia y manejo de todos los protocolos, y que aunque por repetidos bandos y medios se ha hecho saber a las personas y escribanos a quienes toca cumplirlo que entreguen en el referido Archivo general, situado en la plazuela de los Caños del Peral, esquina a la calle del Tesoro, los papeles y protocolos que tuviesen en su poder no lo han hecho. Por lo cual se les mandaba que en término de veinte días y multa de doscientos ducados, de no obedecer, los entregasen.

Las razones de esa resistencia a obedecer la orden del rey quizá se encuentre, no tan sólo en que la medida les privaba de documentación que estimaban propia, cual era la de los protocolos de escribanos anteriores en su oficio, o en otro, que había pasado a ellos por herencia o por compra, sino porque con la creación del Archivo general se obligaba a los escribanos, para impedir posibles abusos, a que diesen relaciones juradas de cuantas escrituras habían otorgado hasta fin de cada año, con suficiente expresión de la fecha y calidad del instrumento, las mudanzas que hiciesen de asistencia o de vivienda para que se apuntase en el libro de matrícula del Archivo, ya que no podía ejercer ninguno en la corte sin que precediese este requisito, y que todos los años en el mes de enero habían de seguir dando la misma relación y manifestaciones, pena, si no lo hiciesen, de quedar suspensos en sus oficios, caso en el cual con todo rigor de derecho se les apremiaría para que se trasladase al Archivo general el protocolo de sus papeles. Además, por la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid se mandó hacer e hizo una matrícula de todos los escribanos de la corte, y copias de ella se enviaron al Consejo de Castilla y al Archivo de protocolos.

Lo dicho es suficiente para mostrar que una detenida y cuidadosa investigación en las consultas del Consejo y en el Archivo del Municipio madrileño, ya que aproximarse al de protocolos no sería tan accesible, permitirían ilustrar con muchos y más interesantes detalles cuanto hemos expuesto en las páginas precedentes; pero con lo dicho basta para justificar la poca parte que los antiguos depositarios de la fe pública tuvieron en la conservación de los Archivos de protocolos de Madrid, donde los que se conservan, a pesar de la incuria y abandono de los escribanos reales y de número, se han podido salvar por haber coadyuvado la iniciativa particular a los propósitos de la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla.

En 1783, por Real cédula de S. M. y señores del Consejo de 17 de junio de 1783, se hizo el arreglo de los escribanos reales de la corte. De las informaciones practicadas resultaron existentes 182 escribanos; la nueva planta

repartía entre oficinas, juzgados y comisiones 142, de los cuales 20 correspondían a los 10 oficios de provincia de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, dos por cada oficio, y 46 a los 23 oficios del número, dos por cada uno. Existía además para entonces el Colegio de Escribanos, y conforme a la Real cédula antecedente, los escribanos reales para actuar en Madrid tenían que estar matriculados en el Archivo general de protocolos.

Al redactarse la Novísima Recopilación se dictaron disposiciones de carácter general con respecto a los Archivos de protocolos; pero nada hemos encontrado en concreto con respecto al de Madrid, como no sea que el Archivo debió de ser trasladado, porque Mesonero Romanos dice que la calle del Tesoro desapareció en los días de la guerra de la Independencia.

No debieron con el tiempo tampoco los archiveros sucesores de don Vicente completar la obra del fundador, pues el mismo Mesonero Romanos, en su apéndice al *Manual de Madrid* (Madrid, 1835), indicaba la conveniencia de que las antiguas Contadurías de aposento y de hipotecas corriesen en lo sucesivo a cargo de la autoridad municipal, «así como—añade Mesonero—el Archivo general de escrituras públicas, donde se conservan los protocolos de los escribanos reales, pues nadie mejor que su Ayuntamiento debe estar interesado en conservar con el mayor orden los documentos que responden de la propiedad en el pueblo que representa». Es decir, la idea que ya en tiempo de Carlos II se había pensado para atajar un mal que urgía remedio.

Si las páginas que siguen estimulan a los investigadores, fácil nos será tener en breve un estudio completo de los medios puestos en práctica para salvar de su ruina los protocolos de escrituras y papeles del numeroso contingente de depositarios de la fe pública que existieron en España antes de promulgarse en 1862 la vigente ley del Notariado.

AMALIO HUARTE.

## RESEÑAS

BOIX, FÉLIX. — *El Prado de San Jerónimo. Un cuadro costumbrista del siglo XVII*. Madrid, Blass, Sociedad anónima tipográfica [1930]; 30 × 23 cms., 14 págs.

El Prado de San Jerónimo, antes el Prado Viejo, después Salón del Prado y hoy paseo del mismo nombre, ha sido uno de los sitios más típicos de Madrid. Lo que fué la plaza de la Villa hasta el siglo xv, el Pretil de los Consejos o las Gradas de San Felipe más tarde; lo que hoy es la Puerta del Sol y el trozo de la calle de Alcalá próximo a ella —que quien no la visita poco menos que se considera como ausente de Madrid—, eso era el Prado. Durante el siglo xvi y siguiente, y hasta bien corrido ya el xviii, el aspecto del lugar no se recomendaba por su cuidado: la naturaleza, pródiga, poblólo de árboles frondosos; los hombres, descuidados, dejaron circular libremente las barranqueras que desde las dos vertientes de la calle de Alcalá, por la Carrera de San Jerónimo, desde el Retiro, aflúan al Prado y corrían a lo largo de él, y no cuidaron de allanar siquiera el terreno.

Necesitó establecerse la corte del Buen Retiro —la realeza aristocratizaba sus cercanías— para que los cuidados humanos completaran —siglo xvii— la obra de la naturaleza y empezaran a ocuparse del adorno del Prado, y hasta que Carlos III —el rey a quien debe Madrid gran parte de sus monumentos, y poco más de eso le debe la nación— fijara en el Paseo del Prado su mirada y su interés traducido en piedra. «El caso es —dice Fernández de los Ríos refiriéndose al Prado, en su *Guía de Madrid*, página 330— que en tiempo de Carlos III todavía era un terreno desigual, fangoso, sucio y desagradable. Siendo ministro el conde de Aranda fué cuando, adoptándose el proyecto que presentó el capitán de Ingenieros D. José de Hermosilla, se hicieron los desmontes, se nivelaron las calles y se reformaron las plantaciones del paseo, teniendo que luchar —curiosa psicología popular del español, no adulterada por el tiempo— hasta con la mala intención de algunas personas que arrancaban de noche los árboles que se habían colocado por el día.» Entonces aquel sitio, que según la ingeniosa expresión de Villamediana

«... es pisado  
por muchos que debiera ser pacido»,

adquirió categoría y prestancia urbanas; surgieron el Botánico, el edificio del Museo, las fuentes monumentales de D. Ventura Rodríguez —Cibeles y Neptuno, cuyos bocetos originales son joyas que guarda hoy el Archivo de Villa de Madrid—, y hasta se regló la circulación de vehículos, fijando un punto, la puerta de Recoletos, para volver, y destacando algunos indi-

viduos de tropa que vigilaran el cumplimiento de lo mandado y los peca-dillos que por allí se cometían.

De todo esto, de la historia del Prado, que es media historia de Madrid, había datos literarios dispersos en varios libros y manuscritos; no había referencia gráfica fidedigna, aparte del conocido plano de Texeira, de carácter topográfico nada más. D. Félix Boix, en el folleto que motiva este comentario, desempolva y documenta histórica y literariamente un cuadro anónimo, y cuya fecha aproximada se puede determinar por la indumentaria de los personajes. Este cuadro dice el Sr. Boix fué adquirido recientemente en Londres, donde figuraba como de Mazo, y se conserva en la actualidad en una colección particular de Madrid (1).

El cuadro en cuestión, que va reproducido en su totalidad y por detalles en el folleto, merece indiscutiblemente la atención que le dedica la fina perspicacia madrileñista de D. Félix Boix, y esta perspicacia suya, la de madrileñista, tiene aquí más aplicación que la otra que el inteligente académico de Bellas Artes posee, notablemente acusada y ejercitada en mil ocasiones: la de buen catador de la belleza artística en cuadros, grabados, cerámica, encuadernaciones... (2) La primera de dichas cualidades, apoyada y seguida aquí, del gran conocimiento de la literatura que se refiere a Madrid, ha producido un interesante estudio histórico del Prado, estudio en el que no faltan referencias a historiadores locales —impresos y manuscritos— y las alusiones literarias que tanto abundan en nuestros escritores de los siglos xvi y xvii.

Completa el estudio del Sr. Boix una descripción minuciosa del Prado frente al cuadro de referencia y al plano de Texeira, que coinciden en general: niveles del terreno, disposición de los árboles, edificios, fuentes. Y al final, un análisis del cuadro en lo que tiene de costumbrista: la disposición y significado de las escenas, deduciendo provechosas enseñanzas históricas muy atinadas y lógicas.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.



ZABALA Y LERA, Pío.—*Historia de España y de la civilización española. Edad contemporánea*. Vol. I, 529 págs.; vol. II, 444 páginas. Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1930.

El carácter esencialmente monográfico que define la copiosa producción actualmente dedicada al estudio del siglo xix hacía necesaria, imprescindible, una obra de conjunto que permitiese al lector de biografías conocer

---

(1) ¿Será la misma del autor del folleto? Porque sabida es la afición del Sr. Boix a lo bueno en arte y lo típico en historia.

(2) Recuérdese su Francisco Lameyer, pintor, dibujante y grabador (1919), *Los dibujos de Goya* (1922), *Retrato ecuestre del duque de Lerma, pintado por Rubens* (1924) [*La litografía y sus orígenes*]. Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes (1925), *Los recintos de Madrid* (1928), comentado aquí por mí mismo con elogio por tratarse del primer estudio serio y documentado del conjunto del problema.

en su aspecto total el ambiente en que vivieron los personajes estudiados por literatos e historiadores. Grandes eran los inconvenientes con que se tropezaba para llevar a cabo estudio de tal magnitud. La abundancia de publicaciones, la proximidad de los acontecimientos, y más que nada la necesidad de una técnica especial que era necesario crear previamente, ahuyentaron a quienes intentaban llevar a cabo este necesario proyecto. Fué, pues, necesario que el más capacitado especialista, el profesor Zabala y Lera, trazase la obra de que nos ocupamos, para dar de este modo unidad a los dispersos materiales, acabando al mismo tiempo con las incompletas historias de carácter general, poco asequibles al gran público, que ve lograda con la publicación de la *Historia de España y de la civilización española en la Edad contemporánea*, la más completa labor reconstructora de cuantas conocemos.

Trazadas las producciones historiográficas de la décimanovena centuria cuando el influjo de la pasión política dejábase sentir en toda su intensidad, encuéntrase en la consulta de fuentes un grave escollo, puesto que más ilustrado y laborioso el partido liberal hace que cobre valor de realidad la frase de un moderno historiador, frase en que se afirma que la Historia en nuestro pasado siglo es fundamentalmente progresista, sin que sean suficientes a rebatir este concepto las obras de otros sectores de opinión, obras, por otra parte, que siendo menos abundantes y estimables, no se hallan en modo alguno exentas de pasión política.

No es posible en ninguno de los momentos de su producción reprochar al profesor Zabala que haga labor partidista, pues equidistante siempre de todas las tendencias, imparcial y sereno, no intenta siquiera deformar la realidad, como hace Ludwig, para poner su obra al servicio de sus ideas, sino que, ecuaníme y ponderado siempre, expone clara y precisamente los hechos, enjuiciándolos después sin dejarse llevar por una idea preconcebida, y analizando con sin igual habilidad los más confusos problemas. Al igual que en su obra anterior *España bajo los Borbones*, no abarrota su producción de una copiosa bibliografía, necesaria en una obra de gran volumen o en un repertorio, pero que más perjudicaría que avaloraría la obra a que nos referimos. Incorporadas a ellas apreciamos una serie de monografías desconocidas y una abundante cantidad de datos inéditos que, como en toda la labor del autor, no aparece resaltada por una cita, por una nota que llame la admiración del lector, sino que da la sensación de querer pasar modestamente desapercibida, siendo necesario un estudio reposado e intenso para apreciar hasta qué extremo llega la aportación personal, la más serena de las investigaciones que avaloran esta obra, haciendo de ella un imprescindible elemento de trabajo para quienes deseen conocer la génesis de los actuales problemas políticos y literarios religiosos y artísticos.

Comprende el primero de los dos volúmenes que constituyen esta obra, continuación de la comenzada por el profesor Altamira, los reinados de Fernando VII e Isabel II, y constituye la más completa recapitulación que sobre tan estudiados períodos se ha llevado cabo; pero su principal interés se halla en los capítulos dedicados a la organización social, política y económica y a la cultura y las costumbres, en los cuales el Sr. Zabala ha conseguido sistematizar en forma amenísima y con excepcional nitidez sus

profundos estudios. Toda la vida nacional, todas las actividades, hállanse reflejadas en la obra, acompañadas en cada momento de la nota precisa que puede orientar a una posible ampliación, o de la visión anecdótica y pintoresca que define acertadamente una evolución o un carácter. Los párrafos dedicados al estudio del Derecho, de la prensa periódica o de la vida urbana son por sí mismos pequeñas e inapreciables monografías en que puede comprobarse fácilmente el intenso estudio que para lograr tan completa síntesis ha tenido que realizar el Sr. Zabala, esfuerzo que no traduce en áridos párrafos, sino en amenas descripciones, exactas, precisas y cuidadosamente estiladas.

Ningún aspecto de la vida nacional ha sido olvidado en esta producción, y cuando deseamos consultar un dato sobre la más insignificante actividad española en el siglo xix tenemos la seguridad de encontrarle entre las páginas del Sr. Zabala, que son actualmente el más completo estudio realizado. De este modo, pese a la copiosísima cantidad de obras dedicadas a nuestra evolución constitucional, en ninguna de ellas como en la *Historia de España y de la civilización española en la Edad contemporánea* podemos seguir los códigos fundamentales, analizando las causas que los motivaron o estudiando las leyes que como consecuencia inevitable les siguieron.

El volumen segundo está dedicado a la revolución de 1868 y a la restauración borbónica, a la organización social y política desde 1833 hasta 1902, a la vida económica y a la cultural y costumbres en el referido período, y en nada desmerece del anterior volumen, resaltando en esto, por las dificultades que la proximidad crea, la regencia de doña María Cristina, modelo de imparcialidad histórica, y el resumen de los hechos del reinado de Alfonso XIII, logrado en ponderada síntesis, en que en todo momento hemos de reconocer la objetividad que preside la labor del Sr. Zabala, no obstante ser actor de alguno de los hechos que tan desapasionadamente juzga.

Es, pues, en su totalidad la obra de D. Pío Zabala y Lera la más completa y acabada historia del siglo xix que nadie sino el culto profesor de la Universidad Central podía llevar a cabo, y en la que, con extraordinario cariño, ha incluido su copiosísima investigación acerca de los más complejos aspectos, prefiriendo, como ya había realizado en su obra *España bajo los Borbones*, sacrificar una serie de producciones monográficas a una obra de conjunto como es la *Historia de España y de la civilización española en la Edad contemporánea*, a la que esta condición últimamente citada presta el extraordinario valor que hace de ella elemento imprescindible de estudio para quien, como anteriormente decíamos, desee conocer las causas que motivaron los actuales problemas españoles en todos los órdenes de la vida nacional.

LUIS DE SOSA.



AYUNTAMIENTO DE MADRID.—*Información sobre la ciudad*. Madrid, Imprenta y Litografía Municipal, 1929; XIV + 152 págs. + fotografías, mapas; 4.º, tela.

La Imprenta Municipal de Madrid tiene una limpia tradición y una ejecutoria nobilísima. Es como el requiebro, como el parangón de las antiguas nobles imprentas madrileñas. La de Ibarra. La de Sancha. La Imprenta Real. Es el espíritu de muchos alardes espirituales. Es la forma de muchos esfuerzos de cultura. Podíamos haberla alabado antes. Debíamos haberla incensado antes. No nos faltaban ni el «cómo» ni el «por qué». El panegírico estaba en punto de sazón. Pero...

Esperábamos, quizá, la gran ocasión. Una gran ocasión como esta de ahora. Cuando todos los intereses, la disciplina, el entendimiento y el pretendido celo de cuantos integran una imprenta se aúnan y ensamblan de la manera más elogiabile. Ya está aquí —aquí: admiración de todos— el libro de Madrid. Del Madrid de antes..., un poco. Del de ahora. Hay que recorrer Madrid paso a paso. Y detenerse entre dos pasos. Hay que dejar un coeficiente de asombro admirativo para la contemplación del que camina y del que piensa.

Ojeando y leyendo esta *Información sobre la ciudad*. ¿Ojeando y leyendo? ¿No decíamos que pensando y andando? Madrid entonces —entonces... ¿Siglo xvii?— era... ese plano encantador de Wit (1613-1630). Madrid hoy —hoy, 1930— es... estos planos minuciosos, múltiples, maravillosos que llenan la *Información sobre la ciudad*. Pocas, muy pocas capitales del mundo han crecido en espíritu y en forma —tan acompasadamente, tan rápidamente— como esta villa de las siete estrellas. Antaño los elogios a la capital de España se hicieron de «cosas» ajenas a su urbanismo y a su esfuerzo social. Las diatribas, empero, entrambos las acreditaron. El humanista siciliano Lucio Marineo Siculo (1) alabó «la claridad de su cielo y la delgadez de sus aires». El embajador veneciano Micer Andrés Navagero (2) apenas si concede para Madrid «una nobleza, tanta en proporción como cualquier otro lugar de España». Para cierto gentilhomme que acompañó al embajador Antonio Tiépolo (3) no era la flamante capital —1571—, «sino un burgo». El sacerdote romano Juan Bautista Confalonieri (4) aseguraba haberle oído a Felipe II que entre las varias cosas imposibles de conseguir, aun para su soberanía, era «tener limpias las calles de su corte»:

---

(1) *De rebus Hispaniæ Memorabilibus*. Alcalá, 1530.

(2) *Viajes por España*. Ed. de los *Libros de antaño*, tomo VIII, págs. 233 a 352.

(3) Sachard, *Relations des ambassadeurs vénétiens sur Charles quint et Phillipe II*. Bruxelles. M. Hayez, 1856.

(4) *Memoria du alcune cose notabili occorse nel viaggio fatto da Megio Battista Confalonieri*. Publicada por Gregorio Palmieri. Roma, 1891, págs. 169 a 441.

Estas cosas, sin embargo, se dijeron entonces... Entonces: siglos xvi, xvii; y luego en el xviii y en el xix. Estas cosas, por ende, no hacen sino más meritorio el progreso inaudito de Madrid. Han bastado sesenta, cincuenta años para la transformación. En el año 1930, en el edificio del antiguo Hospicio, cambiado en museo y biblioteca, se ha celebrado la Exposición de la Ciudad. Exposición no bien ni mucho alabada. Visitada por muy pocos. En ella podían encontrarse, entre esos dos pasos a que aludíamos antes, el jalón nuevo, el atisbo moderno, la gracia cosmopolita, el detalle original, y sobre todo y antes que nada, el rango; un rango de ciudad ejemplar. No podía, no debía, esta Exposición pasar sin dejar una huella —similar en excelencia— indeleble... La huella es este libro monumental, *Información sobre la ciudad*, editado, a expensas del Ayuntamiento madrileño, por la Imprenta Municipal de Madrid. En este libro se concatenan infinitos motivos de curiosidad y de admiración. Todos los síntomas de innovación ya realizados. Todas las posibilidades futuras estudiadas ya.

El índice (1) es la suma de comezones que página a página se van logrando. Nada se ha regateado para la consecución de la obra, para darla una «altura» de estudio y un «relieve» de arte. La gran ocasión de la alabanza se ha presentado en este teje y desteje de las grandes alabanzas. ¿A quién dedicar el primer elogio? El arquitecto municipal D. Eugenio Fernández Quintanilla, iniciador, o encargado de la iniciativa, de estos proyectos y de estas reminiscencias, en el prefacio de *Madrid: Información sobre la ciudad*, dice así: «La preocupación demostrada por el Ayuntamiento de Madrid respecto al problema de urbanización y extensión de sus muchos poblados se reflejó en el acuerdo de fecha 25 de junio de 1928, patentizando una vez más que tal problema participaba de dificultades similares a las que en otras grandes poblaciones existieron. Berlín, París, Roma, Dublin, Buenos Aires coincidían con Madrid en sus preocupaciones, y por caminos distintos llegaban a formar juicios que entrañaban el mismo deseo, cual era la visión de conjunto de las ciudades como trámite previo a la resolución de sus problemas urbanos. La cultura española no

---

(1) Creemos de mucho interés copiar el título de las secciones en que la *Información sobre la ciudad* se divide:

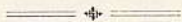
- I. Caracteres generales. (Descripción física. Hidrografía. Comarcas forestales. Interior Ensanche.)
- II. Prehistoria de Madrid.
- III. Arqueología e Historia. (Madrid romano. Planos antiguos de Madrid. Plazas y calles. Edificios.)
- IV. Recreo. (Bellezas naturales. Parques, jardines, plazas, glorietas, paseos, arbolados públicos, espectáculos, turismo.)
- V. Instrucción pública.
- VI. Higiene y salubridad.
- VII. Beneficencia y previsión.
- VIII. Industria y comercio.
- IX. Tráfico.
- X. La vivienda.
- XI. Proyectos. (Prolongación de la Castellana. Enlace de la Avenida de Pi y Margall con plaza de Isabel II. Ferrocarriles de circunvalación.)
- XII. Disposiciones oficiales y bibliografía.
- Apéndice. (Bases del concurso de anteproyectos para la urbanización y extensión de Madrid.)

podía sustraerse a una exigencia tan actual, y Madrid, considerando la universalidad del problema, estimó oportuno que las capacidades técnicas más prestigiosas aportaran sus ideas a nuestro Ayuntamiento.» ¿Quiénes son estos colaboradores de competencia y eficacia, que no deben rehuir los elogios? El arquitecto municipal D. Bernardo Giner de los Ríos, recopilador de los datos informativos; los arquitectos libres Sres. Sequelius y García Mercadal; el Instituto Geográfico y Estadístico, que aportó el plano de Madrid; la Compañía Española de Trabajos Fotogramétricos Aéreos, en las vistas de conjunto y por muchos poblados de contacto; el ingeniero geógrafo y arquitecto D. Lorenzo Ortiz Iribas, autor de los gráficos, y la Imprenta Municipal, que ha impreso con un esmero, una limpieza y una elegancia imponderables el texto. Colaboradores todos estos del conjunto armónico. Pero todavía otros varios aportaron sus detalles, sus minuciosidades —los como alicatados o repujes de la obra—, y es el Sr. Fernández Quintanilla quien nos descubre sus nombres:

«Por último he de manifestar el interés demostrado en favor del Municipio por distintas entidades, facilitando cuantos datos pudieran suministrarlos, entre las que se encuentran el Instituto Geográfico y Catastral, el Geológico, el Meteorológico, las Cámaras de Industria y Comercio, la Aviación militar, las Compañías ferroviarias, etc.; la acogida entusiasta y alentadora en aquellas personas, especialistas en determinados aspectos, de quienes nos hemos aconsejado, y de los que, como los Sres. Tormo, Cossío, Castrovido, Chicote, Acuña, Saborido (D. Antonio), Ortega, Del Campo, Alonso, Lorente, Pérez, Díaz Muñoz, Abbad, Barradas, García Bellido, Mestre, Winthuysen, etc., entre otros muchos, tanto hemos obtenido en su labor asesora; así como he de hacer presente que el personal a mis órdenes cumplió con gran desinterés y alteza de miras su cometido, y terminó los trabajos en el plazo señalado, no regateando medios para realizarlos, y muy especialmente los técnicos citados, a los que prestaron eficaz ayuda los también técnicos arquitectos Sres. Ledesma y Vallejo.»

Si se pretendía que Madrid tuviera un sumario de realidades y de perspectivas parigual al de otras grandes capitales, la pretensión ha sido eficaz y enteramente conseguida. Auguramos a *Información sobre la ciudad* el linaje de los libros raros y curiosos, en cuya búsqueda los bibliófilos se afanen. Mañana un ejemplar de esta obra tendrá el mismo precio subido de ese encantador esfuerzo que reproduce y comenta.

S. DE R.



SAN JOSÉ, DIEGO.—*La corte del rey galán*. Prólogo del doctor César Juarros. Madrid, 1929. Un tomo, 276 págs.

Si fuera preciso encasillar a Diego San José dentro de algún género intelectual, podríamos decir de él que es *el periodista de la historia madrileña*, y más propiamente *de la historia madrileña en tiempo de los Car-*

*los y los Felipes*. No sería propio llamarle historiador, ya que no busca datos inéditos; sólo de soslayo se asoma a las fuentes históricas, cuando lo hace, y se sustrae a las severas y objetivas disciplinas de la erudición, la investigación y la crítica, sin distinguir lo cierto de lo dudoso o legendario ni aportar pruebas documentales, enjuiciando a la moderna sobre cosas pasadas, con anacronismo forzoso, y aderezando sus relatos del ayer con algún condimento de imaginación, en busca de efectos artísticos.

Tampoco sería adecuado calificativo el de literato—aunque escriba obras muy agradables puramente literarias—, ya que lo más abundante y característico de su labor son producciones elaboradas, no con elementos de su inventiva, sino con recuerdos, anécdotas, tradiciones y relatos de cosas viejas, tomadas aquí y allá. Lo literario de tales obras es el detalle, la composición, el diálogo, el lenguaje afectadamente arcaico, que imita el de nuestros clásicos del *siglo de oro*, e implica una lectura frecuente de ellos y una labor difícil de taracea, no siempre libre de alguna disonante modernidad; pero que es vaso adecuado y meritoriamente construido para servir al lector el vino añejo de sus pretéritas evocaciones.

Por la mezcla de modalidades, está San José en esa línea de intersección donde la Historia y la Literatura se confunden, sin que ninguna prevalezca por entero; y por la rapidez de las pinceladas, no sujetas a control, la preferencia por la nota sensacional, el propósito simpático de divulgar noticias entre toda suerte de lectores, la obra de San José es periodismo puro, pero, como antes decía, periodismo retrospectivo. Esto no amengua su interés. Al contrario, el interés es el rasgo más peculiar con que el ingenio y la destreza del autor saben animar sus relaciones, dando forma novelesca a lo que tomó de la historia o la tradición.

*La corte del rey galante* justifica su título, presentando con preferencia, exagerados muchas veces, los erotismos conocidos de aquella corte: aventuras amorosas de Felipe IV, la Calderona y Villamediana; a los ministros Olivares y Haro (mostrados, más que como estadistas, en funciones de terceros); los escándalos del convento de San Plácido, etc. Algo más, poco, hay en el libro sobre los primeros y últimos años del rey Felipe y la pérdida de Portugal, anotado de pasada; y, como remate, desempolva el autor los datos que sobre la Semana Santa bajo los Austrias suministró hace tiempo Fernández de los Ríos en su *Gula* de Madrid, y que raro es el año que no sean por abril llevados a algún artículo de circunstancias por la prensa periódica; diserta a la ligera sobre las profesionales del *pecado de la carne*, y reproduce varias poesías de la época.

El anticlericalismo y la obsesión erótica son las dos musas inspiradoras del libro; claro es que la época se presta bien a explayarse en ambas cuestiones. Respecto a la última, el prologuista doctor Juarros, especializado en la materia y amigo del autor, dice que éste es un cartujo atormentado por la sexualidad. Sus razones tendrá para tal aserto. Ello es que con esos impulsos, San José, desentendiéndose de su apellido, ha echado toda la carne posible a las fieras del gran público, para el cual, no para los profesionales de la Historia, está escrito el libro.

Pero éste cumple su misión de popularizar cosas pretéritas—aunque a veces tenga que sacarlas de sus casillas—, y para el aficionado a platos fuertes es un manjar que se come con regodeo. Tendrá muchos lectores,

y los que en libro de severa armazón científica no hubieran acaso aprendido jamás una palabra de aquel pintoresco reinado, con la sal y pimienta espolvoreada en él por el escritor madrileñista, aprenderán muchas cosas ciertas, entreveradas con otras que no lo son; podrán adquirir alguna iniciación histórica, recibiendo de paso un grato solaz. Y no es escaso mérito para el autor de un libro.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



Esopo.—*Fábulas de..., reproducción en facsímile de la primera edición de 1489*. Publícala la Real Academia Española. Madrid, 1929. Un volumen de 33 × 22,50 cm., LII págs. de preliminares + 2 hojas en blanco + 132 fols. + 1 sin numerar, de texto.

Podemos afirmar, sin temor a incurrir en exageración, que estamos ante una de las ediciones facsímiles más importantes de las hasta ahora hechas en España. Todo se equilibra armoniosamente en esta magnífica reproducción de *La vida del Ysopet con sus fábulas hystoriadas* que publica la Real Academia Española con el concurso personal de su ilustre secretario, D. Emilio Cotarelo y Mori. Si interesantísima es la obra, más lo es la edición reproducida en ésta; y el lujo tipográfico es sólo comparable al buen gusto que se observa hasta en los menores detalles, y denuncia inconfundiblemente la mano inteligente y erudita del Sr. Cotarelo, verdadero artista de la historia literaria, que cultiva con el amor y el entusiasmo descollantes, una vez más, en el valioso prólogo que precede a la reimpresión.

Se hace ésta de la edición de Zaragoza de 1489, por Juan Horus, «alemán de Constanza», reproduciéndola fotográficamente del ejemplar que se conserva en la biblioteca de El Escorial, único a lo que parece y procedente de la librería de Isabel la Católica, donde figuró con otro de la misma impresión que se ha perdido.

En realidad hasta ahora ha estado lejos, tanto del bibliófilo como del crítico, el texto castellano primitivo de las fábulas esópicas, asombrosamente persistentes a través de nuestra literatura. En esta edición incunable que se reproduce al presente, no sólo están comprendidas estas primeras versiones a que aludimos hasta el número de ochenta, sino también las llamadas «extravagantes» (17 en total) del mismo Esopo, «algunas fábulas de la traslación de Remicio (otras 17), veintiséis de las cuarenta y dos fábulas que compuso Aviano, veintidós fábulas «colletas» de Pedro Alfonso, de Poggio, y de otros. Su contenido puede darnos una idea de la importancia e interés de la versión reproducida, valiosísima para el estudio del lenguaje del siglo xv y sus variantes regionales, y cuyo autor es anónimo.

Se sabe, por lo que se dice en el texto, que la citada versión de las fábulas esópicas se hizo hacia 1460 «por e a intuitu (intuito) e contemplación e

servicio del muy illustre e excelentissimo señor don Enrique, infante de Aragón y de Cecilia (Sicilia), duque de Segorve, conde de Empurias e señor de Valdeuxon e virrey de Cataluña», llamado por lo común «el infante Fortuna», nieto y sobrino respectivamente de los reyes Fernando I de Aragón y Alfonso V de Nápoles. De él da curiosos pormenores biográficos el activo prologuista.

D. Emilio Cotarelo, que sabe amenizar con su ágil pluma los asuntos menos asequibles al lector, sabe también tratar con novedad y dotar de interés aquellos otros que, como éste—la vida y fábulas de Esopo, comentadas a continuación—, parecen exhaustos de puro trillados.

Empero, aun cuando esto fuera ya motivo más que suficiente para el estudio que hace del particular, era también muy necesaria una recopilación crítica de los datos esópicos existentes, puesta al día e interpretada con la erudición y agudeza que aquí muestra el insigne académico, inagotable en su producción y siempre joven de pensamiento.

Lleva a cabo una revisión penetrante de la difusión e influencia de las fábulas de Esopo en la literatura clásica, especialmente en su equivalente y seguidor latino Fedro, que con Aviano, Apuleyo y otros reprodujeron muchos de los apólogos del fabulista griego.

En el Renacimiento las fábulas esópicas gozaron de igual o mayor popularidad. Desde Máximo Planudio (siglo xiv), que las trajo a Occidente y escribió una fantástica vida de Esopo, reproducida en todas las ediciones antiguas—incluso la de 1489 que nos ocupa—, hasta las afortunadas derivaciones de varias de las fábulas en los libros del arcipreste de Hita y del infante D. Juan Manuel—intencionado y satírico el uno, elegante y gracioso el otro—, el reflejo brillante del gran fabulista no tuvo un momento de disminución.

De la influencia de Esopo en las épocas modernas, ya directa o a través de la literatura extranjera, baste recordar en España los nombres de Iriarte y Samaniego para entrever la extensión que alcanzó.

Todas estas influencias ya advierte el Sr. Cotarelo que pueden verse por extenso en las conocidas obras de Grauer, O. Keller, Dumeril, Oesterley, Jacobs, L. Hervieux y Martins.

Las diez y siete fábulas llamadas «extravagantes», y más aún las «colletas», que constituyen el grupo quinto del texto, tienen orígenes y relaciones variadísimas, que señala muy perspicazmente D. Emilio Cotarelo. Muchas de ellas podían motivar sendas monografías, cuyo interés para el estudio de la literatura comparada no hay necesidad de encomiar.

Por último, concluye D. Emilio su agradable prólogo, lleno de sugestivas observaciones, con una bibliografía de ediciones de fábulas, utilísima y la más completa hasta el presente en lo que atañe a España. En ella registra, con su proverbial esmero y claridad, 110 ediciones de Esopo, 24 de Fedro, 62 de Iriarte, 74 de Samaniego y cerca de cien de diversos autores, muchas desconocidas u olvidadas.

La versión castellana a que nos vamos refiriendo fué el texto de las fábulas de Esopo más conocido y reeditado en España durante varios siglos, en los cuales se reimprimió ya fielmente, ya más o menos alterado.

A título de curiosidad, y como muestra del estilo personalísimo del anónimo traductor castellano de Esopo en el siglo xv, transcribimos a con-

tinuación, con caracteres modernos y deshaciendo las abreviaturas, el texto de una de las más populares fábulas del moralista griego, que puede dar una idea de cómo se variaron en sus seguidores, quizá con perjuicio:

«La XXVII, de la formiga et de la cigarra

En el tiempo del yvierno la hormiga secava al sol el trigo que en el verano uviera cogido. Et la cigarra, llegando a ella con fambre, rogava que le diesse vn poco de aquel trigo porque non muriesse. A la qual dixo la hormiga: Amiga, ¿que fisiste en el estío? Responde la cigarra: Non tuve para coger espacio porque andaba por los setos cantando. Y la formiga, riéndose della, et metiendo su trigo en su casilla, dixole: Si cantaste an el verano, dança agora en el yvierno. Esta fabula enseña al perezoso que trabaje quando puede et es tiempo, porque después, faltándole de comer, non pida a otros, los quales antes se reyrán dél que darle algo.»

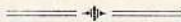
Las numerosas «historias» o ilustraciones que enriquecen el texto también son de autor anónimo, y es de lamentar se desconozca el nombre de aquel artista pasmoso que, dotado de extraordinaria inventiva y de realismo expresivísimo, supo representar tan minuciosamente interesantes detalles para el conocimiento de la indumentaria, y aun de la vida privada del siglo xv. Es éste un aspecto del libro que merece un trabajo especial y detenido, que pudiera completarse con otros datos existentes, y no hallaría muchos análogos si apareciera.

En cuanto al elemento tipográfico, no puede pedirse más. La reproducción fotográfica del texto está lograda con tal cuidado y limpieza y en papel tan a propósito, que cuesta trabajo no creerse a primera vista ante la edición original, reproducida así hasta en sus menores detalles.

En esta breve reseña no hemos hecho sino señalar rápidamente los principales valores que tiene una obra que, como la presente, requiere para su justa apreciación un examen detenido y completo que no podemos dedicarle aquí.

Satisfecha puede estar la Real Academia Española del nuevo libro, que viene a aumentar el número de sus valiosas publicaciones, y D. Emilio Cotarelo, que tan acertadamente sugiere y secunda las empresas mejores de la docta Corporación a que pertenece.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



CASTRO, AMÉRICO.—*Santa Teresa y otros ensayos* [Santander]. Historia Nueva, 1929; 280 págs., 8.º, mlla.

Variedad, riqueza temática, con lo sustancioso del contenido, nos sugiere la lectura del libro, ante todo; responden a la verdadera personalidad del Sr. Castro. Entre las figuras del Centro de Estudios Históricos, presidi-

das por la magistral y completa de D. Ramón Menéndez Pidal, se definen un ala científica, filológica—Navarro Tomás y su escuela—, y otra ante todo sensibilidad, arte—poetas: Pedro Salinas, Dámaso Alonso—. Américo Castro ofrece sus manos a los dos mundos. Filólogo, traductor de Meyer-Lübke, y a la vez inquietado por los problemas ideológicos y técnicos del mundo más nuevo. La gran amplitud de matices de *El pensamiento de Cervantes* reaparece fragmentada y ligera en esta colección de ensayos menos eruditos, más literarios, predominantemente, que el resto de las obras de Castro.

La primera parte está dedicada a Santa Teresa. Con la mayor atracción, con la mayor simpatía. «Ni clínica ni empíreo», comienza. Nada más absurdo que ver actitud sectaria en las consideraciones de Castro. Cuando se trata de un punto tan bello, pero también tan propenso a ser interpretado por el psicoanálisis, como el de la «transverberación», manifiesta Castro la mayor ecuanimidad. Y eso que a los mismos místicos no se escapaba—hondos psicólogos por intuición—la relación, aunque no fuera en estos casos excelsos, de lo erótico con lo sagrado. Es muy curioso este pasaje de una carta de Santa Teresa a su hermano Lorenzo: «En lo de esos movimientos sensuales... se lo dije... Una vez me dijo un gran letrado que había venido a él un hombre afligidísimo que cada vez que comulgaba venía en una torpeza grande..., y que le habían mandado que no comulgase sino de año a año por ser de obligación. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza, y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho a ocho días, y como perdió el miedo, quitósele» (1). Comentaba la santa esta extraña dualidad de sensualismo y fervor en esta forma: «Aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones, entiendo debe de ser que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural» (2). Coincide con este punto de vista San Juan de la Cruz: «Entonces el espíritu se mueve a recreación y gusto de Dios, que es la parte superior, y la sensualidad, que es la porción inferior, se mueve a gusto y deleite sensual, porque no sabe ella tener ni tomar otro; y toma entonces el más conjunto a sí, que es el sensual torpe. Y así acaece que el alma está en mucha oración con Dios, según el espíritu, y por otra parte, según el sentido, siente rebeliones y movimientos y actos sensuales pasivamente, no sin harta desgana suya; lo cual muchas veces acaece en la comunión, que como en este acto de amor recibe el alma alegría y regalo porque se le hace este Señor, pues para eso se da, la sensualidad toma también el suyo, como habemos dicho, a su modo» (3).

Castro percibe muchos delicados tonos de la voz íntima de la santa; «La intimidad sorprendida», como titula uno de sus apartados. «Santa Teresa—nos dice—ha abierto a la literatura moderna la senda de la confidencia y de la confesión.» Recoge el entusiasmo vital de expresiones tan bellas como éstas: «Ya, ya se abren las flores; ya comienzan a dar olor.»

---

(1) Rivad., tomo LV, pág. 130.

(2) Rivad., pág. 126. Es carta dirigida también al hermano de Santa Teresa.

(3) *Noche oscura*, en *Obras del místico doctor San Juan de la Cruz*, tomo II; editado por el P. Gerardo de San Juan de la Cruz. Toledo, 1912, pág. 14. El editor comenta el pasaje, notando la penetración psicológica del gran poeta místico.

Otra sensación de perfume es cuidadosamente atendida, como «confesión lírica»; la oración de quietud, «a manera de un gran olor». Se subraya la piedad sensible (pág. 35), la concepción de Dios en función de la Humanidad de Cristo (págs. 48 y 49). Sería interesante, para distinguir la índole del misticismo de Santa Teresa y el de San Juan de la Cruz, atender a la metáfora predilecta: el «perfume» de Teresa y la «luz» de Juan de Yepes. En cuanto a las frases de unión mística, que pueden parecer superficialmente de sabor panteísta, pero que bien consideradas nada tienen que ver con este otro estado, cabe cotejar con las de la Santa ésta de San Juan: en unión tal, «el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación.» Castro señala el entronque de expresiones análogas con los místicos alemanes.

Otros ensayos ocupan la mayor parte del libro. «Algo de Edad Media» insiste en la estructura de unidad de este sector histórico. Se mira con agrado el tema de «los mozárabes», olvidados antes, hoy tan necesarios para el estudio de nuestro medievo, con su lenguaje, con su arte: las iglesias mozárabes, tan precisas en la evolución de nuestra arquitectura. Estudia Castro el tema albigense en «Herejías provenzales», y a continuación nos expone el delicado—olvidado antes—«Poema de Flamenca». «El Príncipe Don Juan» viene a ser una elegía a las posibilidades truncadas de nuestra historia.

Varios ensayos se agrupan tras del título «Recordando a Erasmo». Estamos en uno de los momentos de nuestro Renacimiento que más a fondo ha estudiado Castro—no olvidemos *El pensamiento de Cervantes*—, vértice de nuestros más altos problemas de cultura: el humanístico, el religioso, la pugna entre lo culto y lo popular. El gran brazo derecho—a veces casi izquierdo—de Erasmo en España, Alfonso de Valdés, nos ha dejado un monumento insuperable al erasmismo hispano en sus dos diálogos, especialmente en el de *Mercurio y Carón*, una de las tres o cuatro cimas de la prosa castellana del quinientos. Las traducciones, el entusiasmo por Erasmo de las cabezas más seguras de la época, la ayuda a su causa del emperador y del inquisidor Manrique revelan una gloriosa tradición cultural, ahogada por un popularismo mojigato e incomprensor. En la culminación erasmista «marchamos al hilo de la corriente más refinada y progresiva de Europa. El pensamiento de Italia y el renovador análisis de Erasmo comenzaban a suscitar frutos originales»; pero con la reacción «las audacias se amadrinan con las vulgaridades, y a veces discurren por el álveo capcioso de la hipocresía». Estos hondos capítulos de Castro son de lo mejor y de interpretación más personal del libro. A un orden semejante pertenecen los que se refieren al «problema histórico de *La Celestina*».

Otro punto, original, curioso, aparece en «Cervantes y Pirandello». Entre los precedentes del procedimiento de los *Seis personajes en busca de autor* se dió el nombre de *Niebla*, de Unamuno, y nosotros—tuvimos el honor de coincidir con «Azorín»—el de *El gran teatro del mundo*, auto de Calderón (1). Pero Castro piensa también en el *Quijote*. Cuando en la

---

(1) A. Valbuena Prat, *Los autos sacramentales de Calderón*, *Revue Hispanique*, juin, 1924, página 63. Durante la impresión del estudio apareció el artículo de «Azorín», que aún pude citar en nota indicando su fecha, pág. 77.

segunda parte de la novela Don Quijote y Sancho saben que sus hazañas están relatadas en un libro—dice Castro—, «no podrán prescindir ya de la idea de que su vida es al mismo tiempo materia que suministran a otro futuro Cide Hamete Berenjéna, y que un día tornarán a sacarlos de molde». Todavía es más curioso el momento en que Don Quijote tiene noticia de la obra apócrifa de Avellaneda, y se indigna y varía de itinerario para desmentir a su segundo autor. A la objeción que pudiera hacerse de que Augusto Pérez es un personaje de novela que se presenta a D. Miguel de Unamuno, autor de esa novela, y que El Rey, La Hermosura, etc., son personajes de la gran comedia teológica, de la que Dios es el Autor—en Calderón—, mientras que Don Quijote y Sancho actúan como seres de carne y hueso, que se enteran de que son objeto de historia, pero no de creación literaria—y conversan como lo podría hacer Carlos V discutiendo la veracidad de sus cronistas—; seguramente, teniendo en cuenta que al fin y al cabo son personajes de ficción, respondería Castro con estas significativas palabras de su mismo ensayo: «Hay más malicia en Cervantes; lo que es preferible, aun corriendo el riesgo de que los lectores tarden en enterarse.»

Muy digna de elogio es la semblanza de «El Gran Duque de Osuna», representación de la minoría inteligente, adivinadora del verdadero sentido de la política hispana—como su cantor Quevedo—que sucumbe ante la incompreensión de la España oficial. Castro escribe con entusiasmo y compenetración. Sigue el ensayo sobre «Gracián y España».

Cierra el libro «Actitudes ante el paisaje», capítulo de sensibilidad fina, de gesto de artista. Nota la incompreensión antigua del paisaje de invierno (1). Es curioso citar un caso desconocido de defensa de la sierra y el frío, nada menos que a fines del siglo xiv. Pero Ferrús, en el «Desir a Pero López de Ayala»—número 305 del *Cancionero de Baena*—, discute a «Los que tanto profesades, que la sierra vos enoja», haciendo la apología del pedrisco, la nieve, el vendaval, con los cuales las frutas son «nobles e sanas» y las muchachas «coloradas, blancas, rubias e delgadas». Junto al sentido utilitario se nota en Ferrús una latente delectación estética. Castro reivindica con razón al olvidado prosista del siglo xvii, G. de Céspedes, en su sentido del paisaje. Junto con *El español Gerardo*, en las *Historias peregrinas y ejemplares* (1623), hay interesantes descripciones de ciudades con su paisaje: Zaragoza, Sevilla, Córdoba, Toledo, Lisboa, Madrid. Nos dice, por ejemplo, hablando de Córdoba, que en la margen del río «hacen sus altos y torreados muros majestuosa y agradable vista».

La riqueza de tema y posibilidad de sugerencias es el mejor elogio del libro de Castro, siempre a la vez denso y ameno.

ANGEL VALBUENA PRAT.

---

(1) Igualmente Eugenio d'Ors, en su reciente y profundo libro *Cuando ya esté tranquilo*, dice: «Lo antiguo era la atribución exclusiva de un valor estético a la primavera y al verano... Se había dado por entendido ... que... la naturaleza no conocía mejor atavío que su famoso *manto de verdura*, pág. 185.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO, y VIÑAS, AURELIO.—*Lecturas de Historia de España*. Madrid, Editorial Plutarco, 1929; VII + 643 págs.

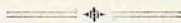
La editorial Plutarco, que tan brillantemente inició su empresa con la publicación de *La España del Cid*, de Menéndez Pidal, da una muestra de fina sensibilidad y percepción de los problemas pedagógicos nacionales al editar ahora estas *Lecturas*, que mucho habrán de agradecer nuestros profesores de Historia.

Debemos felicitarnos de que la primera antología de textos históricos que en España se publica haya sido preparada por autores de la competencia de los Sres. Sánchez Albornoz y Viñas, pues de este modo queda tan importante género acreditado entre nosotros desde el primer momento.

Minucioso conocimiento de la historia patria, indispensable para poder mostrar una visión panorámica de la misma con la justa valoración de personas y de obras; exquisito gusto literario y pleno dominio de las fuentes bibliográficas no son circunstancias que, como en el caso presente, se den con frecuencia simultáneamente en una misma persona. Y tales circunstancias son sin duda las que se requieren para formar con acierto un libro como el que nos ocupa. Hasta qué punto es delicada la tarea seguramente lo mostrarán nuevas antologías, que es de esperar surjan al reclamo de la difusión rápidamente lograda por las *Lecturas* de los profesores Sánchez Albornoz y Viñas.

Breves reparos a éstas: omisión de fechas al frente de cada texto; excesiva concisión bibliográfica; escrupuloso respeto a la ortografía de los originales (especialmente tratándose de escritos a partir del siglo xvi), el escaso valor educativo de la cual no compensará las dificultades de lectura, y mucho menos las confusiones gramaticales a que expone a los escolares.

J. D. B.



SOSA, LUIS DE.—*Don Francisco Martínez de la Rosa*. Primera edición. Madrid, Espasa-Calpe (S. A.), 1930; 255 págs., 8.º, mlla.

El telón ha sido alzado. ¿Qué año corre? ¿Dónde estamos situados? ¿Quién es el protagonista? Los estudiantes granadinos de los Colegios de San Bartolomé y de Santiago promueven una algarada. Han llegado hasta el lugar de la acción noticias de un alzamiento popular en la villa y corte de Madrid contra las huestes de un corso emperador. Con los estudiantes, en mezcla abigarrada, los menestrales se revuelven... Flujo y reflujo de pasiones. Una voz ardiente y absoluta los anima, orienta y enardece. La voz es de un joven profesor nacido el 1 de marzo de 1787 y bautizado a los

dos días en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena con los nombres de Francisco de Paula Jerónimo Melitón Manuel José María del Carmen. ¡Ah, sí! 1808. Granada. Martínez de la Rosa.

De los innumerables personajes del siglo XIX —estúpido únicamente en la frase estúpida de León Daudet—, de los personajes no comparsas... personajes de acción o de omisión, pero en una o en otra protagonistas, ejes de un acto, de dos o de más actos, en los que se lucha, se ama, se sufre, se vive, en suma, con honda intensidad, ninguno como Martínez de la Rosa insinúa mejor los niveles y las posibilidades de su siglo. En la política. En la literatura. Si bien, como admirablemente observa el autor de esta monografía: *Don Francisco Martínez de la Rosa*, el duque de Rivas le arrebató la gloria de introductor del romanticismo en España; Fernández de Córdova la paternidad del sistema político bicameral, y el conde de Toreno, melifluido, inflexible como una disposición de la preceptiva, la jefatura del partido moderado.

¿1808? Martínez de la Rosa, docto y joven catedrático. ¿Qué disciplina profesa? Un vehementísimo deseo de libertades. Veinte años que peroran, que intrigan, que se popularizan. ¿1812? Cádiz siente una nueva marea, de tierra adentro. Ejércitos incompletos. Manifestaciones a esta hora y en esta deshora. Y una absurda competencia de oratoria entre los que vocinglearon la Constitución nueva: Muñoz Torrero, Alcalá Galiano, Argüelles, «el divino» Quintana, Martínez de la Rosa (1). ¿Dónde? En aquellas tertulias, dominicales por el carácter, si no lo fueron por el día, de doña Margarita Martínez de Morla, que buscaba la competencia y el contraste de las otras tertulias de aquellos españolizados y españolizantes Böhl de Faver. ¿Dónde? En el evocador ámbito del teatro de los Caños del Peral, que sí, que sí le enardecía el pre-romántico Martínez de la Rosa, pluma y voz, acción y recitado al unísono, autor que escuchó «el loco aplauso» de las multitudes por obrillas escénicas (2) y por alardes vividos.

¿1814? Ya la película de D. Francisco llega a su plenitud patética. Hay que pasarla con una rapidez relativa. Con tanta, al menos, como *La abeja madrileña*, del atrabiliario Bartolomé José Gallardo, demandaba combates e incidentes dentro y fuera de la Cámara. 1815, prisión en el cuartel de los Corps. 1816-1820, destierro en el Peñón. 1822, presidencia del Consejo de Ministros. Contrastes, sí. Y por si no fueran suficientes, este panegírico en boca de Fernando VII para la adulación estulta de D. Francisco Malleu: «Martínez de la Rosa es el hombre más honrado y más caballero que se ha acercado a mí desde que soy rey» (3). 1823-1833, la «ominosa década». El Martínez de la Rosa político cede al impresionismo del viajero español en Italia y en Francia, entregado al «suave trato con las musas» y a la amistad alentadora de Molé, Thiers y el duque de Broglie... El viajero español, de rostro enjuto y moreno, ojos árabes, cabello negro y espeso; vestido de riguroso «marrón» —casaca con botón de azabache; calzón ceñi-

---

(1) F. Fernández y González, *Elogio fúnebre del doctor Don Francisco Martínez de la Rosa*. Granada, 1862.

(2) Alcalá Galiano, *Memorias de un anciano*. Madrid, Hernando, vol. I.

(3) Ramón Mesoneros Romano, *Memorias de un seletón*. Madrid, Renacimiento, 1926; tomo I, págs. 285 y sigts., nota.

do al cenojil; montecristo peludo, pechera almagreña y cuello almidonado, de puntas -, curioseas ávido y asimilativo el empaque lírico de Musset, y admira el nimbo sensiblero del Adolfo, de Constant o del Stello y de De Vigny... Pero España —la España política del senil absolutismo, y la España literaria del putrefacto adobe retórico— le requiere con apremiantes avisos. Ha muerto poco antes —29 de septiembre de 1833— el rey chispero de aguda felonía... La reina gobernadora inquiere atemorizada el porvenir del trono de Isabel, su hija. Martínez de la Rosa, que ya ha evolucionado lo suficiente para no asustar a los absolutistas y para no ofender a los liberales, puede ser el guión, el timón, la brújula... Pero D. Francisco, al parecer, anda metido de seso en seso en aquello de la influencia del siglo en la manera de la literatura (1). Sin embargo... 1834, el Estatuto Real, obra suya, o inspiración suya... Y el Estamento de los próceres...

Luis de Sosa, autor de *Don Francisco de la Rosa, político y poeta*, es uno de los discípulos mejor logrados del catedrático de la Central D. Pío Zabala y Lera. Mejor logrado... Y mejor conseguido. Los mismos procedimientos constructivos en uno y otro. La idéntica exposición, tersa, sencilla y emotiva. En los dos parigual riqueza de detalles; el macizo armazón indestructible, similar. Buena escuela la del buen maestro. Y la erudición montada en oro de muchos quilates, pero de fina y casi invisible composición. Ya sabemos la erudición en boga: cada página una línea de texto en tipo grande, y cuarenta líneas de notas en minúsculo tipo. Notas, ¡ay!, que nadie lee, y que, lo mejor, nadie comprueba. Reseñando hace meses un libro del Sr. Zabala hacíamos mucha insistente mención en su manera de anotar. Los detalles, ordenadamente acumulados. El investigador fácilmente puede sorprender de dónde se entresacan. El lector profano no necesita ni quiere comprobaciones. Las notas capitales, y sólo ellas. Referencia: en los libros dedicados a la lectura popular; Luis de Sosa se atiene a este criterio, sazonado y experimentado ya. En la biografía del político granadino no abundan las citas, referencias y anotaciones. Pocas y sustanciosas. Pero, ¿para qué otras noticias que las que de manera original aporta al texto de su monografía? El episodio del último amor de Martínez de la Rosa con Magdalena Gaye es altamente encantador, amén de no haber sido «caza mayor» de ningún precedente biógrafo.

No abundan los libros acerca del autor del Estatuto Real. Los de Rebello da Silva [Vid. Luis Augusto, *Memoria sobre la vida política y literaria de Don Francisco Martínez de la Rosa*. Lisboa, Rey y Belhatte, 1863.] y Martínez de la Riva [Vid. Miguel Quintas, *Biografía del Sr. D. Francisco de la Rosa*. Madrid, V. Tordesillas, 1915.] apenas si bosquejan su figura. Y hasta podemos proclamar que biografía de «cuerpo entero» no la consigue hasta 1930, y de la pluma y del intelecto de Luis de Sosa, a quien nada le falta para su logro de investigador; si acaso —y no sé si por desgracia o para su gracia—, ese marchamo, casi comercial, con que cierto Centro de cultura señala sus series de eruditos y sus remesas de jóvenes maestros.

S. DE R.

---

(1) *Quelle est l'influence de l'esprit du siècle actuel sur la Littérature?* Paris, René, 1842.

CARTILLAS DE ARQUITECTURA ESPAÑOLA. — I, *Arquitectura prehistórica*, por J. de M. Carriazo; 16 págs. + 24 láms. II, *Arquitectura romana*, por A. García Bellido; 25 págs. + 30 láms. III, *Arquitectura cristiana primitiva, visigoda y asturiana*, por E. Camps y Cazorla; 20 págs. + 28 láms. IV, *Arquitectura califal y mozárabe*, por E. Camps y Cazorla; 32 págs. + 30 láms.

Don Pablo Gutiérrez Moreno, arquitecto de fino espíritu, que siente como pocos su profesión y que cuenta en su haber la fundación de la Revista *Arquitectura Española*, primer esfuerzo metódico y dirigido con cierto sentido de lo que España ha logrado producir a lo largo de su historia en monumentos arquitectónicos, ha tenido la feliz idea de continuar sus esfuerzos de difusión de los valores artísticos nacionales en una dirección hasta ahora no intentada por nadie.

Para ello ha organizado, con el título un poco ambiguo de *Misiones de Arquitectura*, una serie de actividades que tienden a divulgar entre los españoles, de una manera sencilla y clara, el conocimiento y valoración de la arquitectura española; empresa verdaderamente meritoria, pues ya urgía que en estos tiempos en que tantos trenos se oyen sobre el arruinamiento de los monumentos artísticos que ha sabido crear nuestra cultura, todos los que tienen interés en conservarlos posean un exacto y claro conocimiento de lo que son y lo que significan. Hay que reconocer con sinceridad la enorme ignorancia que a este respecto existe, motivada en gran parte por la dificultad de encontrar un libro que fuera guía exacto y seguro entre la frondosidad del asunto.

Y esto es lo que realizan completamente estas cartillas, en las que sus autores, formados en el Centro de Estudios Históricos, a la sombra de grandes maestros como Gómez Moreno, han sabido destilar el fruto de sus enseñanzas, de una manera sencilla, clara y con un rigor científico extremado, huyendo de toda afectación erudita que pudiera aminorar la eficacia didáctica para la que están destinadas.

El Sr. Carriazo, catedrático de la Universidad de Sevilla, inaugura esta primera serie con una síntesis maravillosamente hecha de nuestra prehistoria, reflejándose en la historia de sus monumentos desde el período neolítico hasta el hispánico. Únicamente echamos de menos un esquema como él sabe hacerlos (1) que fijase en lo posible las fechas tan inciertas de estos remotos períodos.

García Bellido, profesor auxiliar de la cátedra de Arqueología de la Universidad Central, presenta un cuadro completo de la arquitectura romana en España, al cual preceden las nociones indispensables para la comprensión del orden y del ideal que informó el estilo de estas construcciones.

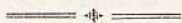
---

(1) Vid. Carriazo J. de M., *El sarcófago cristiano de Berja*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. II, págs. 197 a 218.

El Sr. Camps y Cazorla acomete en las cartillas III y IV la empresa nada fácil de exponer de una manera sistemática y precisa la arquitectura española de los siglos IV al XI, en sus complejas manifestaciones, cristiana primitiva, visigoda, asturiana, califal y mozárabe.

Justo es reconocer que únicamente una persona como el Sr. Camps, discípulo y ayudante de Gómez Moreno, hubiera podido llevar a cabo este preciso y claro resumen de las enseñanzas del sabio arqueólogo, algunas recogidas en libros que marcan una fecha en la historia de nuestra cultura (1), pero la mayor parte inéditas y solamente profesadas en sus cursos del Doctorado de Historia de la Universidad (2).

RAFAEL MARTÍNEZ.



VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE.—*Madame de Stael*. Madrid, Tipografía Artística, 1930; 193 págs. + 2 hojas, 4.º

Prosigue el marqués de Villa-Urrutia la serie de sus biografías femeninas referentes al agitado período de la Revolución francesa y del Imperio de Napoleón. A los estudios sobre la reina María Luisa, mujer de nuestro infeliz Carlos IV, y sobre Teresa Cabarrús, sigue éste de la célebre escritora madame de Stael, precursora del Romanticismo en Francia, *la abuela del Romanticismo*, como algunos la han llamado.

Es rarísimo que un historiador español busque para sus obras personajes y ambientes de fuera de España, y este caso se da en el ilustre académico.

*Madame de Stael* forma con *Teresa Cabarrús* y con *Talleyrand* un tríptico de figuras representativas, al través de las cuales, y en biografías separadas, nos ha hecho el autor revivir magistralmente la vida de la alta sociedad francesa, desde las postrimerías del antiguo régimen con Luis XVI hasta la monarquía francesa restaurada de Borbones y Orleáns; en palacios, salones, cancellerías y gabinetes; en tertulias literarias, intimidades de *boudoir* y hasta de alcoba.

El mundo diplomático, el político y el galante, son los que tientan más la curiosidad del prócer historiador, y los tres se armonizan muy bien en todas sus exhumaciones del Renacimiento, del siglo XVII, y de la etapa que va de fines del XVIII al primer tercio del XIX, sus épocas predilectas.

Elegancia, buen gusto e inteligencia; personalidad desbordante, sugestiva y dominadora; absoluta amoralidad, sobre todo en cuestiones sexuales; influjo en diversos sectores y al través de las varias mudanzas, así en las superiores esferas del Estado como en la íntima región de muchos espíritus individuales: he aquí, entre otros, los rasgos en que coinciden esas tres

(1) Vid. Gómez Moreno, M., *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX al XI*, 2 tomos. Publicaciones del Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1919.

(2) La labor desarrollada en estas publicaciones se ve continuada y completada ahora por un cursillo de conferencias sobre los mismos temas, que sus autores desarrollan en el Museo Municipal de Madrid.

figuras aludidas, con sus diferencias de carácter y sexo. Por sus tres biografías pasan muchos personajes comunes: ministros, embajadores, damas, soberanos, y, presidiendo a todos, cruza la silueta de Napoleón, con su despotismo cuartelero y su grosería de encumbrado advenedizo.

Avida de influencia política nacional e internacional, como Talleyrand; amadora impenitente e insaciable, como la Cabarrús, sin el atractivo de su belleza, pero con la superioridad de un talento fascinador, ofrece madame Stael un punto de intersección con sus dos coetáneos y predecesores en esta serie biográfica. Mostróse la gran escritora más varonil que muchos hombres por el cerebro y el carácter, y, a la vez, de una incurable fragilidad femenina, por obra del corazón y del sexo.

Su vida la desenvuelve el autor en seis capítulos, que llevan los nombres de sus más representativos amantes: *Narbonne*, *Talleyrand*, *Mathieu de Montmorency*, *Benjamin Constant*, *Palmella* y *Rocca*. Porque estos hombres fueron como los signos del zodiaco, que presidieron los destinos de aquella complicada existencia al través de sus varias vicisitudes. Y no siempre actuaron en orden sucesivo, sino a veces de modo simultáneo, en renovaciones fugaces o en lazos perdurables ascendentes o descendentes de la amistad al amor o viceversa. Su categoría cambia desde el prestigioso Constant—émulo de la Stael en ambición política y gloria literaria, y discípulo suyo, sumiso unas veces, emancipado otras, devoto siempre—hasta el insignificante Rocca, que se une en matrimonio secreto con aquella mujer extraordinaria, cuando ella está cerca de cumplir el medio siglo y le lleva veintidós años. Rocca es un caso insólito de mansedumbre marital, soportando los nuevos o reanudados devaneos de su cónyuge, resignándose a figurar como un amigo de segunda fila, a no dar su nombre a su hijo ni a su mujer, para que ésta no *desoriente a Europa*, perdiendo el apellido de su primer y también sufrido esposo el barón de Stael, apellido con el que había alcanzado la escritora universal renombre.

La apetencia erótica insaciable, la promiscuidad sexual, parecen caracterizar en su aspecto íntimo a los hombres y las mujeres del antiguo régimen, de la Revolución, del Directorio, del Consulado, del Imperio y de la Restauración, que el marqués de Villa-Urrutia nos bosqueja con trazos indelebles. Pero al lado de esa relajación, ¡qué de altas ideas, de fervidos entusiasmos, de nobles anhelos, de refinamientos espirituales! Son gentes a quienes no puede encasillarse dentro de la moral común, porque su pletórica personalidad desborda de todos los casilleros y cuadrículas.

Madame de Stael, que, por ser hija del ministro Necker, el gran hacendista de Luis XVI, era *alguien* ya según fuero hereditario, y que, como esposa del embajador de Suecia en París, tenía una segunda personalidad, la alcanzó suya individualísima por su talento en las letras. Sin sus grandes e irregulares afectos no hubiera escrito algunas de sus obras, como *Corina* y *De las pasiones*. Una novela en acción es la vida accidentadísima de madame de Stael, desde que, adolescente aún, reinaba en el salón de su madre, entre filósofos, enciclopedistas, literatos y políticos, adquiriendo precozmente una cultura excepcional, entusiasmo por las cosas trascendentales, un interés activo por la política y una noble pasión por la libertad, que supo mantener siempre, llevándola a medirse como una *potencia* (así se la llamaba) enfrente de Napoleón, afrontando destierros, lejos de su ado-

rado París; viviendo, ya en el retiro suizo familiar de Coppet, ya en Inglaterra, en Viena, en Italia, en Alemania o en Rusia, siempre festejada por los hombres más eminentes como notabilidad europea, recibida con todos los honores en las cortes de todos los soberanos, utilizando su ascendiente con ellos para combatir al odiado Bonaparte, que la temía como a uno de sus más peligrosos adversarios; atenta a todas las novedades que en el pensamiento, en la política, en las letras o en las artes surgían en todos los países. Eco de su expatriación fué el célebre libro *De la Alemania*, que difundió por toda Europa el Romanticismo naciente, de abolengo alemán. Opuesta a todos los despotismos políticos, así en la masa como en los gobernantes, había de ser igualmente enemiga de los hombres del Terror, del Imperio y de las renacientes monarquías absolutas, y propagadora del régimen constitucional o del justo medio.

La figura de madame de Stael que el marqués de Villa-Urrutia nos presenta, es la *femme savante*, tan frecuente en Francia como rara en España; pero sin la *pose* impertinente de las damas de Molière, con un espíritu abierto, generoso, comprensivo, universal; con un corazón caldeado de hondos y exquisitos sentimientos. Amó mucho a la Humanidad en general, y no tuvo escrúpulo en *particularizar* con algunos de sus más agradables representantes del sexo masculino. Pero su ternura no se manifestó sólo en este orden, sino en otros más desinteresados, llevándola a salvar no pocas vidas en la época del Terror, y a ser indulgente y hasta protectora con los ingratos, con los amantes veleidosos y traidores, y hasta con las damas rivales o francamente enemigas. Como mujer de una época de transición, tuvo de la sociedad dieciochesca el *sprit*, el culto al ingenio y a la conversación sazónada, el gusto por lo elegante y delicado, la galantería, la tibieza religiosa, el desprecio a las trabas tradicionales de la moral. Pero poseyó de la nueva generación romántica el sentimentalismo, la idealidad, la pasión tumultuosa, la irrefrenable inquietud.

Vivió una vida intensa e interesante, que su biógrafo español sabe reflejar como es en él uso: sin aparato erudito, con vivo color, con amenidad insuperable, con ese estilo a la vez llano y pulcro, que le permite decirlo todo sin ofensa para ningún oído; con ese arte evocador, que nos hace reconstruir escenas, ambientes y tipos, como si realmente alentaran, se agitasen, amaran, gozaran y sufrieran a nuestra vista.

El autor busca los asuntos y los personajes más adecuados a su modalidad histórica, y los trata en la forma personalísima y atractiva que acaso ninguna otra pluma española podría osar. Sabe entreverar, además, hábiles y buidas alusiones a la actualidad española, entre la exhumación de cosas pretéritas. Los dictadores de antes le sirven para enjuiciar entre líneas, con dureza y humorismo, a los dictadores de hoy. Aun en los días de nuestra más exigente censura, ha tenido la gallardía y el arte de deslizarse audacias de pensamiento, que pocos españoles han igualado.

Se explica que el marqués de Villa-Urrutia ofrezca el caso, aquí insólito, de un historiador a la vez verídico y popular. Como en el llorado *Andrenio*, los años, lejos de enfriar, anquilosar y embozar su espíritu, añaden soltura y lozanía a su pluma, jugo y vigor a su relato, valentía a su intención, amplitud y modernidad a su pensamiento.

J. DELEITO Y PIÑUELA

# BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

## Generalidades

1.900 *Bibliografía madrileña*, REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 104-108. V. núm. 1825.

## Escritores madrileños

1.901. Astrana Marín, Luis.—*Teatro inédito de Quevedo*, en *El Imparcial*. Madrid, 12, 19 y 26 enero, 1930.

1.902. Baig y Baños, Aurelio.—*Semblanza de Don José del Castillo y Soriano según sus libros*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 77-81.

1.903. Berenguer, Juan.—*El ejemplar Alcalde de Zalamea Pedro Crespo, espíritu de Extremadura*, en *Heraldo de Madrid*, 17 enero, 1930.

1.904. Calderón de la Barca, Pedro.—*Autos sacramentales. El gran teatro del mundo. La vida es sueño*. Prólogo de M. R. T. Madrid, Blas [1929], IX + 192 págs., 8.º

1.905. Calderón de la Barca, Pedro.—*El mágico prodigioso*. With introduction, notes and vocabulary by J. N. Birch, Londres, Methuen, & Co Ltd. [1929], VII + 184 págs., 8.º

1.906. Castro, Cristóbal de.—*Benavente o la renovación*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 22 diciembre, 1929.

1.907. Cervantes Saavedra, Miguel de.—*Viaje del Parnaso*. Prólogo de R. Seco. Madrid, Comp. Iberoamericana de Publicaciones, s. a. [1929], XIV + 152 págs.

1.908. Cotarelo, Emilio.—«*La estrella de Sevilla*» es de Lope de Vega, en REV. DE LA BIBL. ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 12-24.

1.909. *Discursos leídos en la Real Academia Española el día 27 de octubre de 1929 para celebrar el centenario del nacimiento de D. Manuel Tamayo y Baus*. Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, 1929, 64 págs., 4.º [Discursos de E. Cotarelo y Mori, M. de Sandoval y S. y J. Alvarez Quintero.

1.910. Fey, E.—*Das literarische Bild der Preciosa des Cervantes*, en *Revue Hispanique*, LXXV, 1929, págs. 459-549.

1.911. *Fraseología de Cervantes*.—Colección de frases, refranes, proverbios, aforismos... recopiladas y ordenadas por Juan Suñe Benages. Barcelona, Edit. Lux, 1929, XVIII + 323 págs.

1.912. García, G.—*Págmás del centenario Tamayo y Baus*, en *Religión y Cultura*, VIII, 1929, págs. 161-175.

1.913. García Soriano, Justo.—*Hurto literario. Las comedias de Lope de Vega*, en *El Imparcial*. Madrid, 1 diciembre, 1929.

1.914. Gippini, José Enrique.—*Mujeres del teatro de Benavente. Nell y Sor Simplicia, de «La fuerza bruta»*, en *La Epoca*. Madrid, 1 febrero, 1930. V. núm. 1.847.

1.915. Guarda y P., Angel.—*Larra*, en *La Libertad*. Madrid, 22 febrero, 1930.

1.916. Lizardi'tar, Xabier.—*Traducción al euskera de un capítulo de «El Quijote»*, en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XX, 1929, páginas 207-211.

1.917. López Núñez, Juan.—*La muerte de los poetas*. [Mariano José de Larra «Fígaro»], en *La Voz*. Madrid, 27 enero, 1930.

1.918. Llorca, Francisco de.—*Un fasto de la imprenta, la estatua de Cervantes y el itinerario de Don Quijote*, en *Heraldo de Madrid*, 3 diciembre, 1929.

1.919. Medel del Castillo, Francisco.—*Índice general alfabético de todos los títulos de comedias que se han escrito por varios autores, antiguos y modernos, y de los autos sacramentales y alegóricos, así de D. Pedro Calderón de la Barca como de otros autores clásicos*. Reimprimelo J. M. Hill, en *Revue Hispanique*, LXXV, 1929, págs. 144-369.

1.920. Millé Giménez, Juan.—*Lope de Vega y la supuesta poetisa Amarilis*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VII, 1930, págs. 1-11.

1.921. Moreno, Hugo.—*El entierro de Lope de Vega. Fragmentos del dietario de «González el Estudiante»*, en *La Esfera*. Madrid, 28 de diciembre, 1929.

1.922. Répide, Pedro de.—*Las estatuas de Cervantes*, en *La Libertad*. Madrid, 1 diciembre, 1929.

1.923. Romera-Navarro, M.—*Lope y su defensa de la pureza de la lengua y estilo poético*, en *Revue Hispanique*, LXXVII, 1929, págs. 287-381.

1.924. Tarr, F. Courtney.—*Larra. Nuevos datos críticos y literarios (1829-1833)*, en *Revue Hispanique*, LXXVII, 1929, págs. 246-269.

1.925. Valbuena Prat, Angel.—*Sobre «El año santo en Madrid»* [de Calderón], en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VII, págs. 75-77.

1.926. Vega Lope.—*Amar sin saber a quién*. Edic. por C. Pitollet. París, Lib. A. Hatier, 1926, V + 109 págs., 8.º

## Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.927. Navas, Conde de las.—*Libros antiguos de la Real Biblioteca, en Blanco y Negro*. Madrid, 2 febrero, 1930.

## Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.928. Aguilera, Emiliano, M.—*Moradas cortesanas de ayer. El Palacete de la Moncloa*, en *Heraldo de Madrid*, 8 enero, 1930.

1.929. Prado, Fidel.—*De los Caños del Peral al regio coliseo. Dos siglos de arte lírico y su historia*, en *Heraldo de Madrid*, 1 enero, 1930.

1.930. San José, Diego.—*Madrid filarmónico*, en *El Imparcial*. Madrid, 26 enero, 1930.

## Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

1.931. Fernández Amador de los Ríos, José.—*Curiosidades madrileñas. El caballo de bronce*, en *La Libertad*. Madrid, 25 diciembre, 1929.

1.932. Fernández Amador de los Ríos, José.—*La casa duende*, en *La Libertad*. Madrid, 28 febrero, 1930.

1.933. Huarte, Amalio.—*El mesón del Toro*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, VII, págs. 81-83.

1.934. Larrubiera, Alejandro.—*Evocaciones del antiguo Madrid, II*, en *La Libertad*. Madrid, 24 diciembre, 1929. V. núm. 1883.

1.935. Larrubiera, Alejandro.—*Estampas madrileñas. El ocaso del simón*, en *La Libertad*. Madrid, 28 febrero, 1930.

1.936. López Núñez, Juan.—*La antigua Puerta del Sol*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 5 de marzo, 1930.

1.937. Pérez Capo, Felipe.—*Los viejos pregones madrileños en las estampas y en los sainetes*, en *Heraldo de Madrid*, 7 febrero, 1930.

1.938. Prado, Fidel.—*Los antiguos cafés madrileños*, en *Heraldo de Madrid*, 5 febrero, 1930.

1.939. Prado, Fidel.—*El viejo ombligo madrileño. La Puerta del Sol*, en *Heraldo de Madrid*, 21 enero, 1930.

1.940. Ruiz Llanos, Francisco.—*El primer tranvía que circuló por Madrid*, en *Heraldo de Madrid*, 12 diciembre, 1929.

1.941. San José, Diego.—*Rincones del Madrid viejo. El arco de Cuchilleros*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 8 de enero, 1930.

1.942. San José, Diego.—*Las tertulias públicas del Madrid viejo*, en *El Imparcial*. Madrid, 2 marzo, 1930.

## Instituciones nacionales en Madrid

1.943. Castro, Luis N. de.—*Las instituciones sanitarias. El Hospital Provincial de Madrid*, en *La Libertad*. Madrid, 31 diciembre, 1929.

1.944. Prado, Fidel.—*Una fecha destacada y gloriosa. Inauguración del Ateneo madrileño*, en *Heraldo de Madrid*, 19 febrero, 1930.

## Planos y guías. Obras y proyectos

1.945. Ayuntamiento de Madrid.—*Información sobre la ciudad*. Memoria [Madrid, Imprenta Municipal, 1930], 192 págs., con láms. y planos, 33 cm., folio.

1.946. Caballero de Gracia, El.—*La nueva plaza de Benavente en la confluencia de las calles de Atocha y Carretas*, en *La Libertad*. Madrid, 20 febrero, 1930.

1.947. Casares, Francisco.—*El antiguo y el moderno alumbrado de la Villa*, en *La Voz*. Madrid, 22 enero, 1930.

1.948. Castrovido, Roberto.—*El centro de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 15 enero, 1930.

1.949. García Iniesta, César.—*Lo que debiera ser Madrid: La gran ciudad de los niños*, en *Heraldo de Madrid*, 21 diciembre, 1929.

1.950. Larrubiera, Alejandro.—*La desaparición del Viaducto*, en *La Esfera*. Madrid, 28 diciembre, 1929.



---

IMPRESA MUNICIPAL